

**MANUELA, BY EUGENIO DÍAZ CASTRO, THE NOVEL ABOUT THE
COLOMBIAN FOUNDATIONAL IMPASSE**

by

Sergio Escobar

A dissertation submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy
(Romance Languages and Literatures: Spanish)
in the University of Michigan
2009

Doctoral Committee:

Professor Javier C. Sanjinés, Chair
Assistant Professor Katharine Miller Jenckes
Assistant Professor Daniel Noemi
Lecturer Julie A. Skurski

**MANUELA, DE EUGENIO DÍAZ CASTRO, LA NOVELA SOBRE EL
IMPASSE FUNDACIONAL COLOMBIANO**

por

Sergio Escobar

Una disertación presentada en cumplimiento parcial
de los requerimientos para el grado de
Doctor de Filosofía
(Lenguas Romances y Literatura: Español)
de la Universidad de Michigan
2009

Comité Doctoral:

Profesor Javier C. Sanjinés, Presidente
Profesora Asistente Katharine Miller Jenckes
Profesor Asistente Daniel Noemi
Lector Julie A. Skurski

© Sergio Escobar 2009

A la memoria amada de mi madre, Rosa Elvira Osorio, y de mi amigo César Augusto Rojas.

AGRADECIMIENTOS

A Javier Sanjinés, por enseñarme a pensar “desde abajo” con tres ojos y a escribir con tres manos desde la distancia; a Daniel Noemi, quien me dio apoyo y confianza en este trabajo cuando más lo necesitaba; a la hermosa Kate Jenckes, que aceptó con generosidad trabajar conmigo sin conocerme; a Julie Skurski, por el soporte de su lectura y por el ejemplo de su investigación sobre las élites hispanoamericanas; a nuestra querida y nunca suficientemente estimada secretaria del Departamento, Mindy Niehaus-Fukuda, sin cuya paciente ayuda y cuidado muchos estudiantes, como yo, habríamos fracasado; a mis ex compañeras, Amalia Guerrero y Adriana Figueroa, cuerpo y sombra de este cuerpo y de esta sombra; a mi esposa, Elisa Convers, luz de estos ojos y azúcar de estos días; a Jairo y Rosa, los hermanos que hicieron posible mi llegada a los Estados Unidos, facilitando con ello ponerme a salvo de la pobreza y de la violencia de mi hermosa y tremenda tierra, Colombia; a Lorenzo, el hermano que me enseñó a amar los libros; a Adriana García-Dávila, tutora y consejera memorable del City College; a la Universidad de Michigan, que hizo realidad este doctorado gracias a su generoso sistema de becas para estudiantes minoritarios, the Rackham Merit Fellowship; a los colegas de español del Departamento de Lenguas Clásicas y Modernas de Truman State University, que me aceptaron generosamente como miembro de su universidad, permitiéndome así terminar esta disertación sintiéndome como en mi casa; y finalmente, a Felipe Barón, el amigo, el hermano y el maestro del alma desde los veranos de camia de Cali.

Mi madre murió penosamente hace dos años, haciéndose así imposible mi sueño de compartir con ella la culminación de estos estudios. Asistió a unos pocos años de primaria, teniendo que pasarse el resto en lucha permanente contra la adversidad, el alcoholismo de mi padre, la pobreza económica de mi familia y la tarea enorme de criar y alimentar a doce hijos. Estudié porque ella lo quiso, de lo contrario, mi suerte habría sido la de cualquier campesino colombiano, dura, brutal, injusta. Una vida como la que le tocó a mi madre, llena de trabajos y dificultades, suele arruinar el espíritu de la mayoría; pero esta suerte no hizo vacilar jamás el fundamento moral que mi madre recibió, siendo niña, de mi abuelo, don Sebastián Osorio. Con el espíritu templado por las enseñanzas de este campesino tejedor de cobijas, que tuvo por único tesoro la bondad, la honradez y el silencio, todo lo hizo mi madre, y todo lo que pudo hacer lo hizo desde su casa y desde su cocina. A lo largo de su vida, tuvo como cosa sagrada no faltar jamás a los deberes de su casa, de su familia, de su esposo y de su credo. Cumpliendo así, tendió sobre la mesa de la cocina un mantel de cilantro y sobre él sirvió un pan de silencio, de medida y de piedad tan venerable, que me inclina a veces su recuerdo a sospechar que no estaba del todo equivocada cuando creía en la existencia de un dios que un día pasó por el mundo, pobre y descalzo, multiplicando el pan de los desheredados mientras les dejaba un verbo sagrado para cuidar de faltas más graves y mayores.

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|--|------------|
| DEDICACIÓN..... | ii |
| AGRADECIMIENTOS | iii |
| ABSTRACT..... | vi |
| CAPÍTULO | |
| I. Introducción..... | 1 |
| II. El discurso sobre el proyecto de construcción nacional en Colombia durante el periodo del liberalismo radical, 1848-1860 | 25 |
| III. Factores del proceso de descanonización de <i>Manuela</i> | 52 |
| A. El contexto histórico | 51 |
| B. El estado del campo literario..... | 54 |
| C. Características intrínsecas de la novela..... | 74 |
| IV. La representación de las distintas narrativas envueltas en la lucha por consolidar una hegemonía del Estado nacional durante la década de 1850..... | 105 |
| V. Tadeo, el fantasma de lo popular en <i>Manuela</i>..... | 149 |
| VI. Conclusión..... | 195 |
| TRABAJOS CITADOS | 206 |

ABSTRACT

***MANUELA*, BY EUGENIO DÍAZ CASTRO, THE NOVEL ABOUT THE COLOMBIAN FOUNDATIONAL IMPASSE**

by

Sergio Escobar

Chair: Javier C. Sanjinés

This dissertation approaches Colombian national consolidation and nineteenth-century literature from a subaltern/post-colonial studies perspective. Its starting point is to explain why and by what means Eugenio Díaz's *Manuela* (1858), the Colombian novel that best addressed the nation-building problems, was displaced during its time from the literary canon and replaced with Jorge Isaac's *María* (1867). Although *María* was a novel that did not deal with any of the key nation-building problems of the day, it was paradoxically accepted as the national romance of Colombia. In seeking an explanation for this paradox, this research analyzes Colombian history, literature and culture of the 1850s. One of its principal findings is that the lettered city (Rama 1984) turned to the conservative pole of the field of literary production (Bourdieu 1993) as a political reaction to the growing popular liberal insurgency of the decade.

Controlled by conservative grammarians, the Colombian lettered city not only assumed the task of expunging all colloquial, folk and popular language from the official narrative, but also attempted to exclude it from literature as well. This sequence of events accounts for *Manuela*'s marginalization because of the novel's opposite divergence from the grammarians' aim. Throughout its pages, the novel not only (re)presents and emphasizes the value of local, oral, and popular discourse, but also portrays obstacles to national consolidation from the perspective of the dominated classes.

To demonstrate the way in which those obstacles were credited by the novelist to the elite's attitude toward subalterns is the goal of the present study. It argues that in attempting to turn around the elitism of the lettered city of his time, Díaz subtly alerted the Colombian lettered city that the nation-state building process would be continuously delayed by leaving the majority of the population out of the nation-building project. This argument is substantiated by the examination of a number of important writings of the time and a comparison of them with Díaz's novelistic depiction of both mainstream and marginal narratives involved in the struggle for hegemonic dominance of the nation-state.

CAPÍTULO I

Introducción

La división entre los partidarios de construir un Estado-nación basado en los ideales de una civilización cristiana y aquellos que preferían el de una modernidad secular y liberal, adoptó en el caso colombiano un grado de polarización, violencia y duración no visto en otras repúblicas hispanoamericanas, al grado de que fue la única que no logró consolidarse como Estado-nación, ni todavía lo ha logrado, de acuerdo a algunos de los mejores estudios recientes (Palacios and Safford 2002; Busnell 1996). Gran parte de esta violencia tuvo su origen, antes y ahora, en el deseo de los sectores privilegiados de fundar el Estado sin incluir la nación. La diferencia entre el siglo XIX y el XXI, para ser exactos, es esencialmente de matiz militar y colonial. Ahora, el débil gobierno cuenta con un ejército armado por los Estados Unidos a través de El Plan Colombia; por el contrario, en el siglo decimonónico no había crédito para endeudarse con préstamos ofrecidos por las potencias neo-coloniales para armar el ejército y poder, así, controlar la violencia e imponer definitivamente el proyecto de las élites y de las neocolonias por encima y en contra de la mayoría de la población nacional.

La denegación, según Freud, es un mecanismo psicológico de defensa que afronta las experiencias demasiado traumáticas del pasado, o del inmediato presente, negándolas, ignorándolas o transformándolas. Para el caso del siglo XIX, los signos del trauma fundacional experimentado por la dirigencia colombiana se perciben en el simple hecho

de haber consagrado con *María* como romance nacional una narrativa que ignora los problemas fundacionales: *María* no quiso hablar del impasse fundacional. Una actitud similar a la del siglo XIX frente al rompecabezas de la consolidación nacional, se manifiesta, todavía, en el discurso del actual presidente de Colombia, quien insiste, contra toda evidencia, en afirmar que en Colombia no hay guerrilleros, paramilitarismo ni conflicto armado, mientras asegura que el país marcha hacia el progreso, etc. ¿De qué país habla? ¿Cuál es el que marcha hacia el progreso?

Mientras se glorificó con *María* una narrativa que fundaba la nación a partir de la (de)negación, se desplazaba con la descanonización de *Manuela* una propuesta narrativa de la época que adoptaba una actitud totalmente opuesta. *Manuela* reclamaba hablar sobre la posibilidad de construir un Estado realmente democrático e inclusivo, tal como el movimiento de los sectores populares insurgentes se lo estaban pidiendo desde 1848 a los señoritos del liberalismo. Pero no fueron atendidos ni escuchados, sino aplastados militarmente y satanizados simbólicamente a través del discurso oficial.

Hablar de ello propone, también, *Manuela*, una novela que palpa con un acierto no igualado durante el siglo XIX los factores que impedían la consolidación del Estado-nación. Su impecable acierto en advertir sobre los peligros de querer consolidar el Estado-nación marginando económica, política, cultural y socialmente a la gran mayoría de la población rural, popular, se confirma ante el panorama de un país que se desangra en la violencia, se fragmenta y desinstitucionaliza cada vez más, aunque la narrativa oficial, como la de *María*, siga insistiendo en negarlo. En los capítulos que siguen a continuación, estas dos respuestas narrativas, la de *María* y la de *Manuela*, se van a

contextualizar en la historia del siglo XIX, aunque haciendo hincapié en la que fuera reprimida y en la opción de Estado-nación al que le diera resonancia.

Desde el punto de vista de los estudios subalternos, la presente disertación se propone, entonces, explicar cómo fue posible que *Manuela*, la novela colombiana que mejor trató los problemas de fundación nacional de su tiempo, fuese marginada del canon, a pesar de tener todos los ingredientes para haberse consagrado como la novela nacional, de acuerdo a los criterios de la época, para canonizar en su lugar como el gran romance fundacional a *María*, una novela que paradójicamente no cumplía en absoluto con esos criterios pues dejó prácticamente excluidos de su historia los neurálgicos problemas que afrontaba la fundación del Estado nacional.

La explicación que ha encontrado la presente investigación a esta pregunta es que tanto la canonización de *María* como la marginación de *Manuela* fueron acontecimientos, que, de forma homóloga y combinada le dieron expresión en el campo cultural a las presiones estructurales del campo político y del campo social, en el momento histórico en el que distintas fuerzas y sectores estaban chocando por consolidar diversos modelos de Estado nacional. En *Manuela* aflora el modelo de un Estado-nación popular liberal, cuya posibilidad desplazó, reprimió, silenció y deformó la ciudad letrada; en *María*, por su parte, se ve articulado el modelo que históricamente triunfó hacia la década de 1880 con el régimen de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, un frente conservador formado por las élites unidas, católico, defensor de la Iglesia, de la pureza del idioma y de la cultura letrada hispanista. El triunfo de estos últimos en el campo político se expresó con la consagración en el campo literario de una novela que satisfacía cabalmente el imaginario de los triunfadores.

Sin embargo, para evitar caer en un determinismo sociológico o en un formalismo interpretativo, la respuesta a la pregunta que guía la presente investigación se ha llevado a cabo analizando la relación entre lo local y lo global, la historia, la literatura y la cultura de Colombia de la década de 1850.

Tener en cuenta lo global obedece al convencimiento de que esa entidad conocida como Estado-nación es un fenómeno producido por la modernidad, es decir, por la trayectoria de los procesos de colonización que se inician con el descubrimiento y colonización de América. Los límites y condiciones que determinan la poca o mucha resistencia local a la modernidad durante el siglo XIX, y por ende, la conformación del Estado-nación, a la hora de comprender sus matices y coyunturas particulares no puede desvincularse del origen colonial que les es común, de España, primero, y de Inglaterra y Estados Unidos después.

En este sentido, en el capítulo II se compara a Colombia con Chile y Argentina por el contrapunto que ofrecen, pues fueron los dos países donde se dio con mayor éxito el proyecto del liberalismo, donde tuvo menos tropiezos y resistencias la modernidad. Lo contrario fue el caso colombiano, que precisamente se caracterizó por la resistencia local a la modernidad y por el rotundo fracaso del liberalismo a manos del conservatismo católico e hispanista.

Una vez cubierta la perspectiva global, el argumento anterior pasa a complementarse estudiando en el capítulo III el caso nacional a su interior. En particular, este capítulo considera la interacción combinada y asimétrica de varios factores objetivos y subjetivos que participaron en las prácticas culturales de canonización y

descanonización dirigidas a marginar la presencia de lo popular, al modo como se manifiesta en *Manuela*. El análisis anterior va a revelar que detrás del supuesto “estilo vulgar” que se achacara a la novela, se encontraba una reacción conservadora coyuntural que se refractaba en varios campos. Por un lado, para contrapesar el dominio del campo político alcanzado por el liberalismo desde 1849, la élite conservadora se concentró en dominar, en alianza con la Iglesia, el campo cultural, apelando a la definición y al monopolio del campo literario así como a la explotación del catolicismo dominante en el país. Se podrá ver que al logro de estos objetivos sirvió de modo trascendente la fundación de *El Mosaico* (a la vez periódico, tertulia literaria y casa editorial), el cual permitió posicionar a los letrados conservadores en el polo dominante del campo. Éstos pasaron a convertirse en los jueces del gusto estético, es decir, quienes decidían qué autores se consagraban literatos nacionales, qué libros se publicaban y qué colecciones se editaban que fueran de provecho al propósito de consolidar una cultura y un Estado nacional.

También se probará que a este progresivo dominio conservador se integró otro factor coyuntural de reacción conservadora originado desde el propio campo político: el golpe político dado por las Sociedades Democráticas después de un movimiento progresivo de insurgencia popular, liderado por las sociedades democráticas de artesanos, produjo la reacción generalizada de las élites, que se unieron en un frente conservador, militar, político y cultural, para reprimir, silenciar y frenar de una vez por todas la ya insoportable visibilización y presencia de lo popular en el campo político. Cuando Díaz llegó a Bogotá con el manuscrito de *Manuela*, la reacción de este frente político y cultural conservador de las élites estaba en pleno furor; en consonancia con los políticos de la

élite y con los gramáticos, que desde aquellos años instauraron una tradición de “limpieza de la lengua” tan fuerte que todavía reina sin mancha en el imaginario colombiano, los letrados conservadores organizados alrededor de *El Mosaico* estaban imponiendo con éxito un régimen de la escritura que, bajo eufemismos como el del estilo correcto o elevado, suprimía sistemáticamente los rasgos orales y las variantes regionales del discurso literario que autorizaban.

El análisis de la relación y el estado de los campos anteriores permitirá concluir que se prefirió canonizar a *María* porque era una novela que estaba por completo exenta de los coqueteos democráticos y de la resonancia popular característicos de *Manuela*. *María* satisfacía cómodamente el deseo, de las élites dominantes, como fantasía conservadora, de una vuelta al pasado (conservador, jerárquico, patriarcal, elitista y católico); al mismo tiempo, apaciguaba el temor a que volvieran a repetirse los desmanes populares que había despertado la apertura popular del liberalismo al comenzar la década de 1850.

Al haber privilegiado tanto en literatura como en política un sujeto (criollo-mestizo, letrado), además de una cultura (cristiano-católica, patriarcal, letrada-eurocentrista), sobre otros sujetos (mestizos pobres, negros, indios, iletrados) y otras culturas (de carácter oral, campesino y popular), se dirá en la conclusión de este capítulo, las fracciones dominantes colombianas cerraron el camino hacia la construcción de un Estado-nación realmente democrático. Ello dejaría su consolidación hundida en un impasse.

En el capítulo IV se analiza el modo como la novela refracta ese impasse al interior de su espacio literario. Ésto se hace con el fin de apoyar la tesis de que el

imaginario antielitista que la representación de la novela conforma haría un recuento inadecuado para el archivo de la historia oficial que estaba delimitando la ciudad letrada que entonces dominaban los letrados conservadores. Entender la predisposición política que la novela manifiesta en el modo en que captura en sus páginas el contexto histórico, atendiendo a las ideas latentes y fragmentarias en el conjunto del relato, permitió identificar tres narrativas claramente diferenciadas, que se correspondían con los proyectos históricos de carácter hegemónico (el liberal), alternativo (el conservador) y contrahegemónico (el liberal popular). En este sentido, se busca en este apartado respaldar la tesis general mostrando que Díaz intentó apropiarse del costumbrismo tradicional para plantear las dificultades de la consolidación nacional según el punto de vista de los subalternos. Una lectura del texto y la historia en que participa como práctica cultural y política, permitirá comprobar que no obstante su vaguedad, su proyecto político, económico y cultural, por la forma como captura esa historia en su representación, se inclinaba del lado del imaginario de las sociedades democráticas.

De esta manera, se hace una lectura que interpreta a Tadeo como un personaje que funciona como un gozne, o tropo, de contigüidad, entre la ficción y la historia colombiana de la década de 1850. Esta lectura permitirá inferir, por un lado, que Tadeo es un personaje a través del cual su autor tiende a buscar, consciente e inconscientemente, exponer los límites de las narrativas comprometidas en la lucha por la consolidación nacional, la hegemónica liberal, su alternativa conservadora así como la contrahegemónica liberal popular.

Por otro lado, se concluirá que Tadeo también le permitió a Díaz representar la ansiedad de la élite por la presión social de los de abajo; dicha ansiedad pudo

interpretarse sintomáticamente como el fantasma de la insurgencia popular, que instaló en el imaginario de los privilegiados la insurgencia de los subalternos durante la década de 1850. El capítulo argumenta que, en este sentido, la novela revela sutilmente la génesis histórica del bandidaje como expresión del desencuentro entre el deseo (de la ciudad letrada) y la realidad (de la mayoría que habitaba los supuestos límites del Estado-nación): al no tener un paradigma para interpretar la petición popular de incluir realmente al pueblo en la república y unificar la democracia en las leyes y en la práctica, la ciudad letrada es incapaz y refractaria a ver en ello la petición social de un sujeto político, recurriendo por ello a la figura de la catacresis para interpretar una cuestión que la rebasa. La catacresis, a propósito de Tadeo, contamina la historia de la novela de modo similar a como la histórica falla de construcción de la república, contaminó de violencia, desinstitucionalización y corrupción el devenir de su identidad.

Igualmente, se concluirá que Tadeo es un pretexto para darle *dis-curso* a la narrativa popular contrahegemónica de las Democráticas, que fue aplastada, criminalizada y satanizada por las élites nacionales durante aquella década. Asimismo, se va a probar que Tadeo es un personaje que, por condensación y desplazamiento, desestabilizaba el límite entre el bandido, el letrado y el político. Reflejando la ambigua identidad y la distancia del actor entre lo que dice y lo que hace en tanto bandido, tinterillo, tiranuelo, político profesional y defensor de la causa del pueblo, se mostrará que Díaz representó a través de este tinterillo el lado oscuro del letrado y del Estado.

Antes de entrar en materia, se presenta a continuación un panorama general del argumento de las dos novelas que aquí se discuten, no sin aclarar que en la presente

investigación *María* es más un punto de comparación para el análisis de *Manuela* que materia de estudio propiamente dicha.

Puesto que se ha dicho al inicio que la presente disertación estudia la descanonización de *Manuela* y la canonización de *María* desde el punto de vista de los estudios subalternos, antes de entrar en materia se hace a continuación una sinopsis del argumento de las dos novelas y se explica la noción de subalternidad que sirve de concepto central a la tesis, para que el lector tenga así una idea general de qué se va a discutir en la disertación y bajo qué marcos conceptuales.

Manuela, de Eugenio Díaz Castro (Soacha 1803 - Bogotá 1865), fue terminada hacia 1856. La primera vez que se publicó (1859), salió en el periódico *El Mosaico*, pero sólo hasta el capítulo 8; se publicó completa en 1867, junto con otras novelas de carácter costumbrista; su primera publicación completa como novela independiente ocurrió en París (1889). Hoy en día la crítica colombiana la considera como la mejor novela nacional anterior a *María*. Su autor fue uno de los mejores narradores de cuadros de costumbres del siglo, además de haber fundado con José María Vergara y Vergara el periódico y la tertulia *El Mosaico*, de importancia central en la conformación del campo literario colombiano de mediados de siglo XIX.

Caracterizada como una novela de corte costumbrista, su historia se localiza en 1856, es decir, en el mismo año en que Díaz terminó de escribirla. La línea de la narración sigue principalmente las peripecias que padece Demóstenes Bermúdez mientras está de visita en un pueblito vecino en el que se desarrolla prácticamente toda la historia. El argumento principal de la novela trata de los desencuentros y dificultades que pasa este hombre de letras, capitalino, en aquella provincia, llamada “La Parroquia X”. El

pueblo se caracteriza por ser de clima caliente, estar a sólo un día de Bogotá, y por pertenecer sus tierras a unos pocos terratenientes que las explotan para producir caña y sus derivados. Dos espacios levemente complementarios de la acción son Bogotá, la capital del país, y Ambalema, pequeña provincia notable durante el medio siglo porque fue el epicentro de la explotación y exportación del primer producto colombiano que experimentó un boom exportador, el tabaco.

Los personajes en la novela están divididos en sectores sociales claramente definidos, el de los calzados y los descalzos. Los calzados están generalmente constituidos por los que poseen capital social, letrado, económico, los dueños de las haciendas, los políticos-letrados de la capital, como Demóstenes, o letrados locales, como el cura de la parroquia. Éstos generalmente tienen una posición política definida, alienados en los partidos tradicionales, el liberal y el conservador, salvo Matías Urquijo, que es un terrateniente amigo y aliado político de Tadeo, quien es ambigualmente Draconiano. Los Draconianos eran el sector moderado del partido liberal, cuando este se dividió hacia 1853 entre radicales, los Gólgotas, y moderados. Los Gólgotas eran partidarios acérrimos de la ideología liberal, ésto es, una economía de comercio sin límites, enemigos de la iglesia como institución y partidarios de la disminución al máximo del ejército y del Estado. Los draconianos eran más propensos a defender la Iglesia, a mantener un Estado y un ejército fuerte, además de mantener las tarifas de impuestos a los productos importados para proteger la artesanía nacional.

Del lado de los descalzos están peones y campesinos, arrendatarios y colonos. Éstos son personajes ideológicamente ambiguos. Entre ellos se habla del partido de los tadeistas, que siguen a Tadeo, y de los manuelistas, que siguen a Manuela. Pero entre

éstos la filiación tiende a darse más por lazos de amistad que por motivos ideológicos. Si bien Tadeo y sus seguidores son nominalmente Draconianos, y dicen defender al pueblo contra los calzados, en la práctica atacan a los manuelistas, quienes son también descalzos y víctimas de los propietarios de las haciendas, que explotan sexual, económica y socialmente sus cuerpos y sus derechos.

Entre los descalzos se encuentran personajes como Demóstenes y el cura Jiménez que poseen capital político, cultural y social, pero no económico; los terratenientes locales, que tienden a gobernar el pueblo a su antojo, concentran el capital en casi todas sus formas, como Don Blas, don Cosme Don, Matías Urquijo y Don Eloy. Estos carecen sólo del capital jurídico, que es el que convierte a Tadeo, el tinterillo local, en la única amenaza de su cómoda vida de señores seudofeudales, quienes disponen a voluntad de los campesinos y campesinas pobres empleados en sus haciendas.

Entre los descalzos hay ciertos matices. Manuela, por ejemplo, pertenece a una familia conformada por mujeres solamente; éstas tienen una vida más o menos independiente pues no dependen para sobrevivir del trabajo como arrendatarias sino que viven de lavar ropa, han convertido su casa en hospedaje y obtienen entradas por cuenta del contrabando de aguardiente. Un subgrupo femenino en el extremo de la explotación, la dependencia y la pobreza lo conforman muchachas como Estefanía y sus hijas Rosa, Antoñita y Matea, que padecen incluso el abuso de los hombres de su propio sector social. El tema del abuso, la desigualdad y el maltrato que tienen que sobrellevar la mayoría de estas campesinas arrendatarias hace que predomine en la novela una tendencia mayoritariamente feminista. Otro subgrupo lo conforman las señoritas hijas de

los hacendados que no dejan de plantearse la desigualdad entre hombres y mujeres, y de cómo las que la padecen peor son las mujeres más pobres.

La mayoría de ellas, especialmente las más pobres, se parecen a Manuela en cuanto a su capacidad e iniciativa de trabajo, y su lucha contra la adversidad y sus persecutores. Las hijas de los hacendados, a su vez, como Clotilde y Juanita, se hacen cargo de las haciendas de sus padres cuando es necesario. Una de las campesinas, La Lámina, que ha caído en la prostitución a causa de los abusos sufridos a manos de los hacendados, se va a Bogotá, y allí vive de vender aguardiente, preparar almuerzos y fabricar soldados de plomo. También, en esta historia son las mujeres, como Cecilia y Manuela, las que salvan a los hombres y no viceversa.

A pesar de predicar la tolerancia, Demóstenes se muestra intolerante hacia lo que considera rezagos coloniales, como las fiestas locales que han adaptado y transformado el culto católico; y durante toda la historia permanece disgustado con su novia de Bogotá, Cecilia, porque ella practica el catolicismo, rezando y yendo a misa. Típico representante del credo liberal de los Gólgotas, que llevaron las ideas liberales al extremo de prácticamente disolver el Estado para permitir que las fuerzas del mercado impulsaran el progreso, su apego a los esquemas letrados, de un utopismo extremo, lo lleva a creer, como sucedió en la historia nacional, que para consolidar el país, crear el orden y lograr la igualdad social que su socialismo liberal suele predicar, no había sino que cambiar la Constitución.

Esta tendencia a ser un personaje que busca ver calcada en la realidad el esquema del mundo idealizado por los letrados en los libros, es llevada por el narrador a un punto caricaturesco. Su anacronismo letrado y el permanente desencuentro que genera, es

bastante similar al de Alfonso Quijano, el personaje que ha simbolizado en Iberoamérica al sujeto enajenado por las letras. Por ejemplo, como hombre de letras, capitalino, trata a las campesinas como damas, a las criadas como señoras, lo que no produce sino equívocos de su parte y risas de las alabadas. Su oralidad contaminada por los libros es tan formal y alienada que no logra identificar ni diferenciar a sus interlocutores, produciendo confusión en los intercambios lingüísticos con los campesinos a quienes habla con el mismo lenguaje de tecnicismos y extranjerismos que emplea entre los señores de su propio nivel sociocultural. Esta alienación cultural tiene en un momento de confusión cumbre el epítome que su tema propone cuando en una de las fincas en que está de visita, Demóstenes confunde el libro de anotar la sal y las cuentas de la finca con los álbumes de poesía dedicados a las mujeres que los distinguidos letrados solían llenar en la capital cuando estaban de visita.

Al llegar al pueblito, Demóstenes se hospeda en casa de Manuela, una campesina adolescente, que sabe leer, es bonita, inteligente, graciosa y muy trabajadora, como lo muestra el hecho de rebuscarse el sustento de varias maneras, tanto con la producción y la venta de aguardiente de contrabando como con la migración a Ambalema para trabajar como asalariada en las fabricas de tabaco. Manuela está comprometida con su novio Dámaso Bernal. Este proyecto de la muchacha, llamada por el narrador “La hija del pueblo”, tiene un solo problema: Tadeo Forero desea tenerla como concubina, y trata de someterla a como de lugar, acostumbrado como está a perseguir y someter a sus caprichos a las campesinas pobres de la parroquia. Este personaje comparte con Demóstenes y Manuela el protagonismo de la novela.

Tadeo representa al típico tinterillo de pueblo, una suerte de letrado autodidacta en cuestiones de derecho, que gracias al conocimiento que ha llegado a obtener de las leyes manipula a su antojo los negocios relacionados con el gobierno local, alterando y falsificando documentos, comprando falsos testigos, manipulando las elecciones, etc. Éste, de quien dicen los personajes que por su conocimiento jurídico es el que más sabe del pueblo, tiene la capacidad de destruir la honra, la libertad y la propiedad de quienes se constituyen en sus enemigos, aunque en realidad tiende a ejercer todo este poder especialmente contra los pobres.

En general, Tadeo saca provecho de las leyes para su beneficio privado o el del grupo de sus amigos y seguidores, los tadeistas. Por los problemas que le plantea a la gran mayoría de los habitantes del pueblo, acoso sexual a las mujeres, cárcel para los campesinos que se resistan a sus artimañas, y por su capacidad de intriga política entre los miembros de la élite local, con quienes compite por el poder local, Tadeo es en la práctica el personaje más importante de la novela desde el punto de vista de su influencia en la dinámica del relato. De ahí que el acoso y la pasión con que persigue a Manuela y el modo como ella lucha y se resiste, constituye el asunto central del relato.

Otros de los personajes importantes es el cura Jiménez, el más asiduo y favorito contertulio de Demóstenes por su cultura. Políticamente defiende las ideas conservadoras de una república cristiana aunque esto no estorba el que mezcle los paradigmas del crucifijo con los de la ciencia, pues sabe más de botánica que el mismo Demóstenes.

En cuanto a las acciones de la novela, se inician con la llegada de Demóstenes de Bogotá al pueblo y terminan casi inmediatamente después de su partida. Cuando llega la pueblo, se hace acompañar de un perro de raza llamado “Ayacucho” y de un indígena,

José Fitatá, que le sirve de criado. Su equipaje se destaca por estar conformado básicamente de ropa y libros, que lee obsesivamente. El narrador nunca deja en claro cuál es la razón de aquel viaje, pero en la práctica Demóstenes lo usa de varios modos: para llevar a cabo, junto con el cura, viajes de observación de la naturaleza local; complementariamente, para observar la población local y describirla documentando sus costumbres y tipos en cuadros de costumbres, que practicaban todos los letrados de la época. Por supuesto, como letrado que se respeta, anuncia que también está buscando votos para lanzarse al senado después de haber cumplido su servicio como representante a la Cámara.

Mientras se hospeda en casa de Manuela, nace una gran amistad entre Demóstenes y su hospedera, motivo por el cual el congresista liberal se ve obligado a intervenir en su defensa para evitar la persecución y los abusos de Tadeo y sus seguidores, los tadeistas. Estos últimos son en su mayoría sectores subalternos campesinos que han establecido con el tinterillo distintas formas de solidaridad, son sus protegidos, sus cómplices, y a veces son sencillamente campesinos y campesinas que tienen que servirle para evitar que éste los persiga o los embauque y meta a la cárcel. Una excepción es la solidaria complicidad entre Tadeo y Matías Urquijo, un miembro de la élite, propietario de un trapiche y amigo de Tadeo. Cuando Demóstenes trata de defender a Manuela de Tadeo y sus seguidores, las cosas empeoran para la muchacha por el resentimiento que los tadeistas muestran hacia el encumbrado letrado y político de la capital. Después de muchas peripecias para defender a Manuela de las patrañas de los tadeistas, el congresista se resigna a aceptar que lo mejor que puede hacer para no perjudicar más a Manuela es volver a Bogotá, resignándose a dejar la muchacha a su

propia suerte. Un poco después de la salida de Demóstenes, la novela concluye con un desenlace trágico: a punto de casarse con su novio, el 20 de julio de 1856, día exacto en que se celebra el Aniversario de la Independencia de Colombia, Manuela muere en la misma iglesia que ha sido incendiada, se sospecha, por Tadeo, su celoso enemigo, para evitar que se consuma el matrimonio de “la hija del pueblo”. Agonizante, el cura la casa con Dámaso y esta muere en el instante en que el cura declara el matrimonio consumado.

María, la novela cumbre de Jorge Isaacs (1837 - 1895), fue publicada en 1867, y gozó inmediatamente de consagración nacional. Isaacs la escribió mientras ocupaba el humilde empleo de inspector de caminos, en las selváticas riveras del río Dagua, encargado de dirigir el trazado del camino que uniría a Cali con Buenaventura. Este trabajo se vio obligado a tomarlo desde 1864 cuando ya no pudo seguir soportando la ruina en que lo dejaron las reformas liberales de medio siglo. Fue conservador mientras tuvo propiedades, pero una vez arruinado giró hacia posiciones del liberalismo en el que militó el resto de su vida.

El narrador de la novela en primera persona es el mismo protagonista, Efraín. Éste cuenta los amores con María, su prima adolescente, en la hacienda El Paraíso, de propiedad de su padre. Localizada en el hermoso valle que acompaña al río Cauca en su paso por Cali, en el actual Departamento del Valle del Cauca, la casa y la hacienda configuran un paisaje edénico, apenas propicio para afirmar el carácter del amor entre los protagonistas. Siendo una niña de tres años, su padre, un judío que vivía con ella en Jamaica, apesadumbrado por la ruina económica, física y moral luego de la muerte de su esposa, decide dársela en adopción a su primo Salomón, para que la lleve a Colombia y la bautice por lo cristiano y le de el nombre de María en lugar de Ester. Entre ella y Efraín,

4 años mayor, se forma una estrecha amistad infantil que florece en un romance y sublima cuando llegan a la edad de la adolescencia.

La relación entre los dos se enmarca felizmente en la hacienda y la familia patriarcal. No hay duda del orden estricto que gobierna entre la familia, con el padre siempre sentado en la cabecera de la mesa de comer, la madre a su derecha, el hijo a su izquierda y el resto de las hermanas de mayor a menor sentándose de acuerdo a su posición en la estructura familiar. Sus amoríos se verán interrumpidos por los viajes que Efraín debe realizar, de niño y de adolescente, para educarse de acuerdo a los deseos de su padre. Sin embargo, el desarrollo en sí del argumento se centra, básicamente, en la relación amorosa una vez Efraín vuelve ya hecho un hombrecito después de haber terminado sus estudios de secundaria en Bogotá, y encuentra a su amiguita convertida en una hermosa mujer; su partida para Londres, a estudiar medicina siguiendo los deseos de su padre, más bien sirve para acelerar el desenlace de la historia, con la muerte de María, que no puede seguir viviendo sin su amado. Lo manda a llamar, pero vuelve tardíamente para encontrarla ya enterrada.

En la primera vuelta, le enseña a María y a sus hermanas algo de lectura, mientras se desenvuelve hasta florecer un amor entre los dos, sublime, delicado y etéreo. Lloran leyendo el *Atala* de Chateaubriand. El llanto, el diálogo de las miradas, de las flores, le dan el tono a un amor vigilado impecablemente por el manual de las buenas costumbres consagrado entre las familias patriarcales y conservadoras como la de este dueño de una hacienda esclavista en el Valle del Cauca. El romance transcurre entre el ocio de los señores que cazan y se visitan entre las haciendas y el bordado, el rezo y los cuidados de la casa, y las necesidades de los hombres encomendados a las mujeres.

Una vez se han declarado los dos adolescentes su sublime amor, siguen los planes de casarse. Pero el padre intercede y trata de impedirlo al principio, argumentando que María ha heredado la misma enfermedad mortal de su madre, aparentemente una epilepsia, y que a causa de esta enfermedad María puede llevar a Efraín a la ruina. Sin embargo, parece que su enfermedad no es tal, y el padre hace convenir a sus protegidos que los dejará casarse finalmente pero a condición de que esperen hasta que Efraín haga sus estudios de médico en Londres. Los protegidos no se sienten dignos de cuestionar en absoluto las buenas intenciones de este padre supremo, aunque en el fondo no las compartan. Un ave negra aparece dando malos presagios. Justamente, estando en Londres, Efraín recibe la petición suprema de su amada, de que regrese pronto, pues si no lo hace ya no la encontrará viva, como en efecto sucede.

El viaje de vuelta de Londres, los paseos de casa por el campo, las visitas a los campesinos y hacendados vecinos, son pretextos para exponer al modo costumbrista las distintas clases sociales y costumbres de la época, así como también para describir la naturaleza. El punto de vista del narrador protagonista privilegia la mirada patriarcal, jerárquica, sobre todas las cosas que describe; es el centro del amor, del reconocimiento y del cariño de quienes lo rodean y le sirven, dándole al lector la impresión de que todos estos sentimientos positivos son producto de su belleza, buena educación y nobleza, y no consecuencia del capital simbólico, social y económico que ha heredado de su padre.

Las relaciones sociales que describe este señorito, mimado por el destino de los capitales heredados al nacer, son totalmente jerárquicas e idealizadas, teniendo a Salomón en el centro de la estructura familiar de la casa y de la localidad. Respetado y amado casi como un señor feudal, su autoridad es suprema entre su familia, sus esclavos,

e incluso entre los colonos vecinos (José y su familia) y hacendados (Carlos y Emigdio, vecinos y ex compañeros de estudio de Efraín en Bogotá). Como contraste complementario, las mujeres que ocupan la hacienda en la novela (María, su madrastra y sus hermanas), son figuras perfectamente representativas de la mujer piadosa, sometida, humillada; su recato y virtudes cristianas las delinea como seres irreprochablemente virginales a los ojos del varón conservador. En pocas palabras, viven entregadas a las necesidades domésticas del varón y de su casa, al modo como lo prescribían los letrados de aquel tiempo a través de los manuales de buenas costumbres.

La novela también narra otros amores, de colonos y esclavos, como el de Tránsito y Braulio, Bruno y Remigia, Nay y Sinar, Salomé y Tiburcio, que son marginales y sirven más bien para darle un aire de superioridad y distinción al amor que florece entre las puestas de la gran hacienda patriarcal y esclavista. Este aire de decoro cristiano, cultura y distinción aristocrática de los habitantes de El Paraíso no encuentra competencia ni siquiera en las familias de las haciendas vecinas, que comparten el mismo nivel social de los que viven en El Paraíso. Carlos, que pretende alguna vez a María, es frívolo, tiene poco educado el gusto por los libros y la música, y tiene un padre que habla en el comedor con la boca llena; Emigdio, es demasiado campechano, y piensa casarse con una mujer socialmente inferior, para que nadie lo mande.

Finalmente, debe mencionarse que en la novela se han identificado muchos elementos biográficos entre Efraín, el narrador protagonista, e Isaacs. Ambos son escritores de recargada vena poética. El padre de Isaacs y el de Efraín eran ambos judíos, de origen inglés, que habían vivido y tenido negocios en Jamaica. Ambos terminan estableciéndose en Colombia y convirtiéndose al catolicismo para poder casarse con

criollas locales. Ambos se establecen en el Valle del Cauca y obtienen haciendas con el mismo nombre, “El Paraíso”. También Isaacs fue enviado de niño a Bogotá por su padre para que estudiara, y así mismo pensaba enviarlo a estudiar a Londres, proyecto que fracasó por el empeoramiento de la situación económica de la familia y por las tantas guerras civiles.

En la presente disertación, no obstante, estas novelas no se han leído como creaciones estéticas de un genio. Se ha intentado leerlas como prácticas culturales insertas en un conjunto de narraciones que competían por una versión de la historia, por un modelo de estado. Para ello, se ha recurrido a algunos de los conceptos fundamentales que presenta la teoría de Ranaj Guha en “Las voces de la historia”, La prosa de la contrainsurgencia”, “Algunos aspectos de la historiografía de la India colonial y “Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India colonial”, artículos todos compilados en la versión en español Las voces de la historia y otros estudios subalternos (2002).

En “Algunos aspectos de la historiografía de la India colonial” Guha dice que bajo el término “elite” subsume a los grupos y sectores dominantes. A pesar de su pluralidad, industriales, terratenientes, burócratas, éstos tienen en común el hecho de estar ejerciendo alguna forma de colonialidad sobre otros grupos. El “subalterno” es para Guha un concepto sinónimo de “Pueblo”. A este grupo pertenecen aquellos que, para decirlo en las palabras de Pierre Bourdieu, no poseen capital, además de no estar comprometidos en mantener o reproducir el privilegio de los dominantes. Generalmente el pueblo tiende a ser la gran masa que trabaja para vivir y que es explotada, los estratos medios y bajos de la sociedad. Pero estas categorías no son estáticas ni esencialistas. Un subalterno, por ejemplo, se puede convertir en un miembro de los grupos dominantes si decide actuar en su favor, a defender su causa. Esta posibilidad de localizarse y relocalizarse, de relación, es lo que determina entonces su posición, política, a favor o en contra

de los dominadores. Teniendo, entonces, por base, su relación de identidad en estructuras de trabajo y explotación, Guha divide la sociedad políticamente en una política de la elite y una del pueblo. Esta última se identifica, a pesar de la gama y variabilidad, por la idea de resistir, de enfrentar a las elites (37).

Además de basarse en los conceptos anteriores, esta investigación siguió el método propuesto por Guha de “leer en reversa”. Tomando como punto de referencia para su campo de estudio las sociedades coloniales o postcoloniales, de los estados nacionales, en “Las voces de la historia”, Guha hace un llamado a preguntarse por el relato de la historia que produce la narrativa oficial. Afirma, entonces, que ultimadamente, la historia, y todo ese cuerpo de relatos que acompañan y complementan la historiografía (historias, novelas, etc.), es contada por quienes tienen el poder para escribirlas e institucionalizarlas, esto es, las elites coloniales o sus aprendices y aliados, las elites nacionales.

Típico de esta narrativa oficial es la voz monológica, que suele dejar por fuera de su relato la historia de la mayor parte de las voces de la sociedad civil, las personajes que, para el que cuenta, no son importantes, los que no tienen poder, los dominados. Si hablan de los dominados es cuando deben relatar sus actos de rebeldía, que por supuesto distorsionan bajo la prosa de la contrainsurgencia. Guha invita a escuchar esas voces, a poner atención para captarlas entre el ruido, entre la distorsión, entre las contradicciones y sinsentidos de la voz oficial que esa prosa elabora. Este es el método de leer en reversa para reescribir la historia. Implica, pues, un proceso de deconstrucción y reconstrucción.

Primero, revisando los relatos de la historia oficial, interrumpiendo el hilo de su relato, desmontando la univocidad de su argumento, el monologismo de este discurso, desarticulando sus paradigmas, su epistemología, el orden de sus prioridades, su lógica y sus jerarquías. Segundo, reintegrando al relato de la historia lo que expresaron en su momento los dominados, su modo de

ver y entender el mundo, sus expectativas, entendiendo que no son meros instrumentos de una minoría que los domina, como quiere hacerlo entender la elite que escribe la historia oficial, sino que pueden ser dueños de sus propios actos, con sus propias expectativas y proyectos de vida.

Este cuerpo conceptual, pues, ha sido muy apropiado para llevar a cabo el trabajo de lectura de una novela que como *Manuela*, escrita a mediados del siglo XIX, relata una ficción poscolonial en la que busca representar los problemas de fundación nacional. En la deconstrucción de la novela, adelantada en el capítulo III, donde se ha observado que en los intersticios de la representación del discurso oficial, cuya narrativa se dividía entre conservadores y liberales, surge otra narrativa, ignorada hasta el presente por la crítica, que ha solido ver en *Manuela* una versión conservadora de la historia. Esta otra narrativa es distinta de la que expresa el discurso de los dominadores, incluso está dirigida en su contra. Por eso, se la caracterizado como narrativa contrahegemónica popular, concepto que se explica en detalle al principio del capítulo IV. Baste decir por ahora, que su tendencia es generar una dinámica de resistencia, de desconfianza hacia la ideología liberal o conservadora, contra las estructuras de poder vigentes, dentro y por fuera del Estado.

El relato superficial de un congresista liberal que viaja de la capital a la provincia localizada en los extramuros de Bogotá, la ciudad letrada, termina siendo un pretexto para hacer el recuento de muchas pequeñas historias, de pobres del campo. La mayoría de los relatos son de mujeres, pero también hay un indígena, un negro, una prostituta, toda una gama social muy ejemplar de personajes en posiciones de marginación y sometimiento. Más que articular un discurso coherente de ataque al Estado, estos personajes se quejan de ser explotados, de luchar muy duro por su vida. Al tratar de reconstruir que modelo de estado nación siguen, que política, se encuentra en su conjunto algo similar a lo que Guha llama una política del pueblo, pues básicamente se opone a la política de la elite.

Esta se identifica por la idea, que es contraria a las elites, de querer vivir en un mundo donde haya más igualdad, que los personajes pobres de *Manuela* llaman, como se vera, “la república verdadera”. Lo más importante, estos pobres no ven con buenos ojos a la elite, a los dirigentes, a los promotores del progreso y de la formación del cuerpo nacional, sino que consideran como explotadores, mentirosos, inconsecuentes, manipuladores, opresores. Esta visión, esta negación, es lo que constituye, según Guha, al subalterno políticamente, es lo que hace diferente su actividad política de la de la política de los dominadores (36-40)

En la reconstrucción, se lee la novela como una práctica cultural que compite con otras muchas de estrategia distinta, por una versión de la historia. Se ha encontrado que el imaginario político de esa narrativa está diseñado con una matriz política similar a esa política del pueblo que cohesiono el movimiento de insurgencia popular más importante que ha tenido Colombia en su historia, el de las sociedades democráticas. Histórica e imaginariamente, ese movimiento esta en el trasfondo de la novela. ¿Quiere decir esto que Díaz representa en *Manuela* al subalterno de ese movimiento de insurgencia? ¿Es un reflejo de la época? ¿Era el escritor consciente de que estaba mediando para que se incluyera en la novela ese discurso? ¿intentó ser un mensajero o un mediador de la causa popular?

No es fácil saberlo. Sí y no. A veces, parece que ese discurso insurgente, como efecto de su impacto en el horizonte histórico del medio siglo, ha terminado colándose, imponiéndose en la novela. La hipótesis que a lo largo de esta disertación se sostiene, es que por la experiencia de vida, y por una actitud democrática en lo cotidiano, Díaz era propenso a simpatizar con los de abajo antes que con los de arriba. Por lo menos, hacia allá apunta el testimonio dado por sus contemporáneos. En este sentido, no se ha dicho que representa al subalterno en su novela, pero sí que le da resonancia a su discurso, lo repite como en una suerte de rumor. Es un discurso bastante similar al que se alcanza a captar en los periódicos del movimiento de los artesanos y en la prosa

de contrainsurgencia de las memorias y libros que la elite escribió sobre la experiencia de los años que rodearon el golpe de Estado de 1854.

En sus clubes de las Democráticas se daban entre los mismos artesanos clases de lectura, escritura y matemáticas. Participaron del proyecto liberal radical de los Gólgotas, que había prometido una democracia verdadera, etc. Tenían, pues una idea de que el estado, y otros dispositivos como la escritura, podría servir para establecer mas igualdad. Los periódicos de las sociedades democráticas fueron parte de la lucha para resistir la propuesta de cultura y de economía que les lanzaba la modernidad por vía de la elite liberal local. Fue, además, un movimiento que contó con el liderazgo y la alianza de letrados de las capas medias y altas venidos a menos, como Ramón Mercado, citado varias veces en esta disertación, que terminaron identificándose con posiciones populares contrahegemónicas, y que, incluso, lucharon hasta morir por esa causa. ¿No puede el subalterno hablar a través de la escritura? ¿Acaso la política del pueblo de la novela no es una continuación de la política que los artesanos practicaban en los periódicos? Por lo menos, la experiencia de leer esta novela en su contexto histórico, obliga a afirmar, que la respuesta a esta cuestión depende del contexto histórico y de la coyuntura así como de la característica de sus actores.

CAPÍTULO II

El discurso sobre el proyecto de construcción nacional en Colombia durante el periodo del liberalismo radical, 1848-1860.

Este capítulo, se concentra en caracterizar los factores históricos de corta y larga duración, (coyunturales y estructurales), que influyeron para que en Colombia la divergencia y la dinámica por la lucha hegemónica, entre élites de conservadores, liberales y sectores populares, no fuese finiquitada ni por consenso ni por fuerza, condenándose la consolidación nacional a un callejón sin salida. Lo anterior se hace con la intención de poner en la perspectiva histórica local-global el argumento que aquí se defiende, de que Díaz ilustra con Manuela el impasse fundacional.

Luego se identifican como funcionaron estos mismos factores de manera diferente en Argentina y Chile para que se consolidaran como estados nacionales antes y más sólidamente que las demás repúblicas de la región. En la parte final de este capítulo se establece de qué modo esas condiciones objetivas y coyunturales afectaron el modelo de novela fundacional de Argentina, Chile y Colombia, bajo el postulado de que el campo literario, en tanto participa como proyecto sociocultural del proceso de consolidación nacional, refracta homológamente, en el sentido de Bourdieu (1993), el resto de los factores locales, o campos, que condicionan el proyecto del Estado-nación. Así, se concluirá que el liberalismo triunfante de Argentina consagra con *Amalia* una novela afín al Víctor Hugo romántico y liberal; Chile hace suya con *Martín Rivas* la novela burguesa

de Balzac, para celebrar el progreso y la unidad de que disfrutaba; Colombia, en cambio, tras la temprana y definitiva derrota del liberalismo, (a la que siguió, una revolución anti-moderna, cuyo objetivo era reinstaurar el hispanismo cultural de la Colonia), vendría a glorificar con *María* el lamento, acriollado, de Chateaubriand por el mundo aristocrático que la modernidad desplazaba (Sommer 1991).

-A mí me encanta la multiplicidad de religiones. Si usted viera en los Estados Unidos...

-A mí lo que me gusta es la unidad, la conformidad, la regularidad, como que es la tendencia general de nuestra sociedad. Es un hecho que la unidad de nación, idioma, partido y raza, es una ventaja reconocida: ¿Por qué le gusta a usted únicamente la desunión religiosa?

-Desengáñese usted: mientras que en esta parroquia no haya unas cinco sectas diferentes, no puede haber ningún progreso.

- ¿Y por qué habían de ser cinco y no quinientas? Rota la unidad de la Iglesia católica, y con la facultad de interpretar las escrituras, cada hijo de vecino puede tener su religión por separado. Mire usted, don Demóstenes; aplaudo la idea de asegurarle a cada secta las prácticas de su culto en donde los legisladores hallaron la población compuesta de emigrados de todas las creencias; pero repruebo los esfuerzos de los que desean dividir aquí la unidad en que la transformación política nos halló, para igualarnos a los Estados Unidos; este prurito, para darles leyes adecuadas y justas, es la causa de las guerras que estamos experimentando (Díaz 1998: 218-9).

Este fragmento de *Manuela*, la novela cumbre de Eugenio Díaz Castro, ilustra fielmente la falta de consenso de las élites colombianas hacia 1848 cuando se cristalizaron los partidos políticos liberal y conservador. Como en la mayoría de los países hispanoamericanos, hacia la segunda mitad del siglo se dividieron los sectores dominantes y gran cantidad de la población del país en por lo menos dos modelos de construcción de cultura nacional, uno inspirado en los ideales de una civilización cristiana-conservadora y otro en los de un modelo secular liberal. En Colombia, este disentimiento floreció en numerosas guerras civiles y regionales producidas por razones tan diversas como la discrepancia política, social, económica, educativa o religiosa. Tanta

violencia y disentimiento fue sin duda sintomática de un vacío de poder que debieron sortear sin éxito quienes pretendieron consolidar históricamente el Estado-nación a todo lo largo del siglo XIX. Pero ¿qué factores de corta y larga duración, estructurales y coyunturales hicieron que en Colombia la divergencia que ilustra Díaz Castro en *Manuela* no fuese finiquitada ni por consenso ni por fuerza como si pasó en Argentina o Chile, los casos hispanoamericanos donde más pronto y mejor se consolidó el Estado-nación? ¿Cómo se expresó esta situación en la fórmula narrativa de las novelas que Doris Sommer ha llamado “romances fundacionales”?

Para explicar por qué Colombia no pudo consolidar su estado nación durante el siglo XIX es insuficiente una sola explicación o hipótesis dada la variedad de factores estructurales y coyunturales que intervinieron para que no pudiera llevarse a feliz término la fundación de este país. Una tendencia de la historiografía tradicional, asumiendo un punto de vista cercano al que tuvieron los contemporáneos de los hechos, ha solido atribuir el problema a la división radical y violenta de la élite sobre las relaciones que el Estado y la Iglesia deberían tener en la incipiente república. Otra tendencia ha sido la de la teoría de la dependencia, que atribuye a factores macroeconómicos una influencia fundamental en el modo, grado, consolidación y desarrollo de los estados nacionales que emergen de los fragmentos del imperio español en América. Explicaciones más recientes han tendido a relacionar los alineamientos políticos con las estructuras sociales y económicas que caracterizaron particularmente la república salida del antiguo Virreinato de Nueva Granada. En su conjunto, estas interpretaciones tienden a complementarse unas a otras considerando distintos factores que de manera combinada y desigual afectaron el fenómeno errático de la consolidación nacional del estado colombiano durante el siglo

XIX. Pero lo que sí ha sido seguro es que el caso del débil Estado nación colombiano sigue siendo todavía una suerte de rompecabezas sin armar. Con esta salvedad, brevemente se consideran a continuación las explicaciones del impasse de fundación nacional de Colombia tomando de estas distintas hipótesis lo que se considera más relevante para el propósito del presente capítulo: comparar el caso colombiano con Argentina y Chile, aquellos donde la consolidación nacional y el liberalismo tuvieron mayor éxito.

Bajo la premisa de la dependencia, Hernán Vidal afirma que “la cultura de las zonas sometidas al imperialismo económico capitalista no tiene una dinámica de transformación propia, de acuerdo con intereses y necesidades económicas de clase nacionales. La iniciativa y modo de cambio es exógeno, según la dictan las naciones hegemónicas centrales que las hacen zonas periféricas” (1976: 16-7); es decir, comparado con los países hispanoamericanos durante el siglo XIX, el grado de articulación macroeconómica fue un factor estructural determinante del modo como estos países cambiaron o se resistieron culturalmente a pasar de sociedades tradicionales a sociedades más modernas, conformadas institucionalmente en estados nacionales. Siguiendo la premisa de Vidal, el comercio internacional fue fundamental para proveer de finanzas a los gobiernos con el impuesto de aduana, dándoles la capacidad material de monopolizar la violencia e imponer un determinado orden. Se examinan a continuación los factores que frenaron o favorecieron el librecambio en Argentina, Chile y Colombia.

Tulio Halperin afirma que más que el tipo de producto fue la facilidad para su comercialización lo que explica el éxito de la economía de exportación en unas áreas y el fracaso en otras (216). Por ejemplo, el éxito de la exportación de la ganadería argentina

frente a la de la vertiente del Pacífico en Centroamérica. Pero la geografía por sí sola no explica que unos países fuesen más exitosos que otros en su macroeconomía. Safford y Palacios matizan el asunto cuando tratan de responder a la cuestión de por qué en Colombia no se aprovechó la correa de la costa atlántica para exportar cacao mientras sí lo hicieron Venezuela en el Atlántico y Ecuador en el Pacífico (2002: 13-4). Para tratar de responder a esta paradoja recurren a la hipótesis de la historia colonial. La colonia española explotó y estimuló exclusivamente el comercio del oro en Nueva Granada, inhibiendo las prácticas y los conductos de explotación de productos tropicales, al contrario de lo que sí hizo en Venezuela y Ecuador. Dada la alta explotación y soberanía del oro como producto de intercambio de los granadinos, los comerciantes españoles durante el siglo XVIII sólo aceptaban pagos en oro por sus productos. En aquellas áreas donde se formarían Venezuela y Ecuador habían sido estimulados por España la explotación y el comercio diversificado de productos agrícolas, especialmente cacao y café. La exportación de estos productos fue lo que le dio un aire vital a sus respectivas economías en los neurálgicos primeros años como repúblicas independientes. Colombia no contó con ese motor de estabilidad y desarrollo. Lo anterior, pues, ilustra la necesidad de matizar la teoría de la dependencia teniendo en cuenta otras variables particulares.

En todo caso la localización geográfica y la topografía fueron factores muy importantes en la vinculación y el desarrollo de las economías nacionales e internacionales. La cercanía de las capitales, Santiago y Buenos Aires, a circuitos comerciales influyó para que éstas hubiesen podido concentrar a la vez capital político y económico, favoreciendo su imposición sobre el resto de las ciudades y regiones. Ese fue el caso de Chile, que concentró la élite comercial y política en el área correspondiente al

valle central donde están Santiago y Valparaíso. En el caso de Argentina, el conflicto independentista había perjudicado sobre todo a las provincias del litoral (Entrerriós, Corrientes y Santa Fe), que además eran menos prósperas económicamente, mientras contrariamente había fortalecido el puerto y la Provincia de Buenos Aires gracias a la presencia de los comerciantes ingleses. Cuando las provincias del interior empezaron a recuperarse de los efectos de la guerra, encontraron a un Buenos Aires ya muy fuerte y “decidido a monopolizar el comercio, la navegación y las aduanas, y a dictar una política de libre comercio” (Lynch 269).

Al igual que el valle central chileno que enmarca a Santiago y al puerto de Valparaíso, la provincia de Buenos Aires se prestaba para trazar caminos, montar líneas de ferrocarril y transportar mercancías más, rápido, fácil y a un precio más barato que las empinadísimas cordilleras colombianas. Según Collier, desde mediados de los años cuarenta se podía viajar a Europa desde Chile en 40 días. Eso mismo se demoraba un viaje entre Bogotá y la Costa Atlántica a través del Magdalena. La primera línea de ferrocarril chilena se completó en 1851, y la línea Santiago-Valparaíso se terminó en 1863. En 1882 Chile tenía construidos 2000 kilómetros de vías férreas. En Argentina se tendieron 2000 kilómetros de ferrocarril entre 1857 y 1870 con préstamos o inversión directa de los británicos. Hacia 1868 gracias al desarrollo de la navegación a vapor, el viaje a Inglaterra se acortó a 22 días en barcos de poco peso.

Colombia, en cambio, llegó a terminar los dos mil kilómetros de ferrocarril a mediados del siglo XX. La construcción de vías férreas se inicia en Colombia sólo hacia 1870 y al finalizar el siglo se contaban con apenas 350 millas (500 kilómetros), dispersas y desconectadas). Éstas llegaron a 700 millas en 1915, a 1694 en 1930 y sólo se aumentó

la pírrica cantidad de 217 millas entre 1930 y 1948. Ese año el sistema colapsó debido a las dificultades del terreno, la falta de fondos, el despilfarro, la mala planificación, la corrupción y el desacuerdo político entre las regiones sobre cuáles deberían ser las prioridades del trazado nacional de los ferrocarriles de Colombia. Desde mediados del siglo XX el país se resignó a conectarse y a transportar sus mercancías por carreteras y avenidas, quedando las máquinas del sistema ferroviario reducidas a piezas de museo y motivos de filatelia (Barnhart 265-306).

Así que la navegación a vapor fue el único medio de transporte moderno propiamente dicho con que contaron los neogranadinos hasta mediados del siglo XX. Pero este todavía seguía siendo un medio muy caro. Cuando se empezó a regularizar la navegación a vapor por el Magdalena a mediados del XIX, Safford calcula que a consecuencia de las dificultades geográficas y las malas vías de comunicación, el transporte por tonelada de una mercancía costaba de 24 a 38 centavos cuando hacía buen tiempo, entre 1848 y 1861, mientras en Estados Unidos costaba de 2 a 4 centavos. Cuando hacía mal tiempo o había guerras civiles o revoluciones, que no eran poco frecuentes, el costo se doblaba, y podía fluctuar entre 38 y 102 centavos tonelada por milla. Por eso Agustín Codazzi estimaba que era más barato transportar una mercancía de Europa a Colombia que entre las regiones interiores (IV: 301).

De Bogotá se llegaba al Magdalena por Honda. A pesar de la corta distancia, el camino era tan malo que recorrerlo en buen tiempo llevaba entre cinco y seis días a lomo de mula, y el transporte costaba de 38 a 120 centavos por tonelada entre 1820 y 1860. Tampoco el Magdalena era un río fácil. Su corriente es sumamente rápida, así que en invierno, frecuente en esta zona del trópico, se volvía demasiado peligroso; y en verano

dejaba de ser navegable en muchas partes. Subir el Magdalena a contracorriente para llegar por Honda a Bogotá era para los extranjeros y la clase alta una de las peores experiencias de sus vidas. Este recorrido, al iniciarse la navegación a vapor, en las mejores condiciones tomaba quince días, pero generalmente implicaba embarcarse entre uno o dos meses a través de un exceso de humedad, mosquitos y lluvias torrenciales. Lo peor, sin embargo, llegaba cuando los viajeros dejaban el río y se internaban por las vías que conectaban al interior con el río Magdalena, todas en pésimas condiciones.

¿Por qué había tan malas vías de comunicación? Todos los especialistas en la Colombia del siglo XIX concuerdan en que la explicación puede encontrarse en factores estructurales de carácter geográfico, topográfico y económico. La topografía impidió, por ejemplo, que desde adentro se formaran las bases para una economía nacional, dado que en una corta distancia de media hora se puede pasar de un clima caliente a uno cálido y en otra media hora a uno paramuno. Puesto que las distintas regiones tendían a contar con todos los climas térmicos indispensables para cultivar la variedad de alimentos necesarios para autoabastecerse no había para qué recurrir al difícil y caro comercio con otras regiones. Tal situación desestimuló la construcción de vías y la integración del comercio interregional (Melo 150-6; Palacios and Safford 2002: 161). Como resultado, dicha economía de archipiélago sólo empezó a superarse a mediados del siglo XX cuando el sistema de transporte por carrera conectó finalmente las regiones que tan abruptamente separaban los ramales andinos.

A diferencia de Chile y Argentina, seccionados por la cordillera justamente en su línea limítrofe, los Andes cruzan a Colombia por todo el centro, dividiéndose de sur a norte en tres ramales que zanzan el territorio en tres grandes regiones, la oriental, la

central y la occidental. Estas grandes regiones se subdividen a su vez en zonas montañosas, sabanas, valles, llanos y comarcas costeras. Se forman así bloques regionales (como la costa atlántica, la costa pacífica, la región andina meridional, Antioquia, Tolima y Huila, Cundinamarca y Boyacá, Santander del Norte y Santander del Sur, los Llanos orientales y la Amazonía), los cuales presentan diversificaciones determinadas por factores geohistóricos tan diversos como la tradición colonial, el grado de población y la naturaleza económica y cultural (Jaramillo 2002: 92-99).

Safford y Palacios le dan la razón a Melo afirmando que un mercado nacional propiamente dicho sólo vino a establecerse a mediados del siglo XX, cuando el país se conectó finalmente a través de las carreteras y avenidas (2002). Éstas terminaron siendo la mejor alternativa para cruzar unas cordilleras sumamente empinadas, cuya estructura requiere de un terreno poco inclinado para poder tender líneas de ferrocarril. Porque el gran problema de las tres cordilleras que dividen a Colombia no es su altura sino su inclinación: en una distancia de sólo 48 millas, la Central, por ejemplo, se levanta a 7.800 pies de altura. Todavía hoy día, cuando se transita en autobús el paso del Quindío que atraviesa la Cordillera Central, en el término de menos de una hora el viajero pasa del clima templado de la sabana al paramo de la alta montaña, descendiendo luego a los calores del valle del Tolima. Esta difícil geografía derrotó definitivamente los sueños de quienes imaginaron que con las líneas de los ferrocarriles nacionales llegaría el progreso y el desarrollo a todos los rincones de la república.

No obstante, la falta de estímulo interno para crecer y las dificultades estructurales del terreno pudieron haberse transformado con inyecciones de capital extranjero, pues como ya se mencionó, la sola localización geográfica no explicaría el

éxito de la economía argentina. El capital británico llegó y se estableció primero y con mayor fuerza en Buenos Aires que en cualquier otro lugar de Suramérica. Ya desde las primeras décadas de la república, la flota británica transportaba el sesenta por ciento de las mercancías hacia y desde Buenos Aires (Lynch 273). La experiencia de los comerciantes ingleses fue capitalizada por la oligarquía estanciera a través de Rosas. Configurando una economía local que favorecía fundamentalmente el comercio de la ganadería, de 1837 a 1851 se doblaron las exportaciones de Argentina a Inglaterra, mientras sus importaciones superaron durante el mismo lapso al de los otros países juntos. De 1861 a 1865 se crearon sociedades anónimas con capital inglés destinadas a financiar el desarrollo de los ferrocarriles y la banca para mejorar la eficiencia y producción del mercado ganadero. También, desde 1860, el gobierno argentino empezó a negociar préstamos con Londres para mejorar la infraestructura. Desde entonces y a lo largo del siglo, este flujo de capital inglés hacia la Argentina se haría permanente.

Es claro, pues, que para que las ventajas de la geografía local se explotaran se necesitó la agencia global. Como señala Halperin, tanto la liberación del mercado de importación como el flujo de capitales británicos a Hispanoamérica ocurrieron primero en el Cono Sur. Esta coincidencia de condiciones locales, necesidades y agencia foránea definió más o menos la tendencia y el perfil de las inversiones del capitalismo inglés en América; permitió que el circuito de comercio desde el Atlántico Norte privilegiase la consolidación y desarrollo de aquellas avenidas donde ya había tenido éxito el librecambio y las inversiones del capital en lugar de aventurarse a comenzar en otros lugares y países institucionalmente más inciertos (16). Algo muy distinto debe decirse del medio geográfico, la localización de la ciudad capital, la concentración de poder, del

intercambio comercial y del flujo de capitales al territorio de Nueva Granada.

En primer lugar, ni la inversión ni los préstamos ingleses tocaron prácticamente a la república de Colombia durante el siglo XIX. Como miembro de la Gran Colombia, esta república había heredado junto a Ecuador y Venezuela la enorme deuda externa contraída con Inglaterra para poder financiar las guerras de independencia libradas por los ejércitos de Bolívar. Interesada en desplazar a España para colonizar los territorios americanos, Inglaterra apoyó con soldados, barcos y dinero las luchas independentistas. A pesar de la deuda, 6.750.000 de libras esterlinas, todavía hasta 1826 hubo préstamos a la Gran Colombia, aunque infinitamente desventajosos para una nación que arruinada por la guerra no estaba en condiciones de negociar los términos de los empréstitos (Palacios and Safford 111). Pero ese año, a consecuencia de la crisis financiera del mercado de Londres, cuyo coletazo hizo perder a la Gran Colombia 400.000 libras en bonos de depósito que tenía en el mercado inglés, el país tuvo que suspender sus pagos de la deuda externa, perdiendo el crédito internacional. Por eso, ya como repúblicas independientes, en vano Colombia, Ecuador y Venezuela intentaron obtener préstamos internacionales. Entonces, la pérdida del crédito se agregaba a la inestabilidad política. Venezuela vino a reanudar préstamos en la década de 1860 gracias a las gestiones de Guzmán Blanco. Así, pues, Colombia no contó con un factor exógeno, en forma de inversiones y préstamos, que empujase el desarrollo económico y la transformación cultural a formas más modernas (Palacios and Safford 112).

Para dar una idea del grado de marginalidad del comercio internacional, en una tabla comparativa de exportaciones por cabeza entre 1850 y 1912, Colombia se mantuvo ocupando el antepenúltimo lugar, superando sólo a países pequeños como Paraguay y

Guatemala (Palacios and Safford 14). Safford observa que, en su reporte económico como ministro de hacienda en 1871, Salvador Camacho Roldán ofrecía el dato desalentador de que Colombia recolectaba una cantidad de impuestos equivalente a 1/6 de los de Argentina y Costa Rica, 1/5 de los de Chile, 1/4 de los de Venezuela y 1/3 de los que obtenía México (13). Por lo tanto, la debilidad del comercio internacional e interno se traducían en pobreza del Estado cuyas finanzas se obtenían en su mayoría de los impuestos de aduana. Así mismo, la pobreza económica impedía comprar armas y sostener un ejército que al menos permitiese gobernar por la fuerza, como si sucedió en Argentina con Rosas y en Chile con Portales. Así que independientemente de cuál fuera el partido o el proyecto de Estado, los gobernantes colombianos del siglo XIX no estaban en capacidad para gobernar, siendo que entonces gobernar era en lo fundamental ejercer el monopolio de la violencia y del territorio, tener el poder de someter a la sombra del Estado las fuerzas centrífugas regionales.

A causa de los factores anteriores Bogotá no fue capaz de detentar el poder político soberanamente como cabeza de Estado. El resultado fue que en lugar de haber un antagonismo entre la capital y las provincias, como en Argentina y Chile, la contraposición de Colombia se convierte en “el contrapunto de ocho o diez regiones bien configuradas desde sus orígenes coloniales” sin que ninguna fuera lo suficientemente fuerte para imponerse a las demás (Jaramillo 2002: 95). El comercio lo dominaba Cartagena. La explotación del oro, principal producto de exportación del país hasta 1870, la monopolizaba Antioquia. El boom del tabaco, único en el siglo, se concentró en Ambalema. Es decir, a diferencia de Buenos Aires, Santiago, Lima o Caracas, en Bogotá no coincidieron la concentración del capital político y económico. Los poderes regionales

y las fuerzas centrífugas se mantuvieron a lo largo del siglo sin imponerse uno a otro, condenando el proyecto del Estado nación a un impasse permanente.

Por lo tanto, dado que Colombia fue un país marginal para los intereses de las naciones que dictaban la economía de comercio global, su dinámica de transformación cultural no contó con el tipo de iniciativa y de cambio exógeno, siguiendo a Vidal, que sí experimentaron franjas sometidas de forma más directa y fuerte al imperialismo económico inglés, como Chile y Argentina. Ello trajo como consecuencia que la dinámica de la lucha hegemónica, de imponer a la mayoría unos intereses y un punto de vista particular sobre el modelo de estado nacional, tendió a estar más fuertemente influenciada por factores nacionales, internos y locales.

Precisamente, muchos autores coinciden en que la cuestión de la Iglesia Católica y la supervivencia de instituciones heredadas de la colonia fue un tema que jugó un papel bastante importante en la variación y en el carácter de la configuración política nacional de países en donde, como México y Colombia, una vinculación económica débil al mercado del Atlántico se combinó con una herencia colonial fuerte (Williamson 259-60; Palacios and Safford 156; Lynch VIII). Para Williamson, en estos países el sector de la élite liberal señaló fanáticamente como agentes del estancamiento a las instituciones heredadas del sistema colonial, especialmente a la corporación de la iglesia católica, que entonces era la poseedora de un porcentaje bastante alto de las mejores tierras. Éste no fue el caso de Argentina ni Chile. Allí la Iglesia fue débil política y económicamente porque no había sido éste un virreinato importante. Por lo tanto no representó una competencia para la soberanía política y económica del estado y las élites interesadas en la consolidación nacional. En parte debido a esta debilidad, los gobiernos de Portales y

Rosas aprovecharon para manejarla, manipularla y fortalecer más que nada sus propios intereses de poder estatales (Lynch VIII). En el Cono Sur, además, los estados no sólo eran más fuertes sino también más ricos que la Iglesia, gracias a que, como ya se mencionó, estos países habían establecido desde muy temprano fuertes lazos comerciales con el Atlántico Norte. Definitivamente, la estabilidad de las economías nacionales tendía a implicar la estabilidad de los gobiernos, independientemente del tipo de propuesta, de gobierno y de consenso.

¿Cómo se explica el fenómeno de Rosas? Para John Lynch (264-315), el gobierno de Rosas se produjo por una interacción de condiciones sociales y económicas locales e internacionales. Fue una coyuntura en la que lucharon por el poder sectores con capital político pero sin capital económico importante (la ciudad letrada, a la que pertenecían Sarmiento, Echeverría, José Mármol, entre otros; también aquellos sectores de quienes habían dirigido la independencia y monopolizado el ejecutivo, políticos profesionales, militares, burócratas, todos los cuales vivían de sus sueldos como miembros del Estado) contra sectores con capital económico pero sin capital político, la oligarquía terrateniente formada por los antiguos comerciantes de Buenos Aires. Éstos acumularon su dinero comerciando durante la independencia y los primeros años republicanos, y habían reinvertido sus ganancias en las estancias hasta llegar a formar la oligarquía estanciera de la provincia de Buenos Aires. Luego, decidieron retomar el poder político y económico de Buenos Aires cuando se vieron desplazados por la élite política que se había concentrado allí, en su mayoría liberal, tornándose inapropiada para sus intereses.

Rosas llega al poder porque fue identificado por sectores de la oligarquía estanciera, fracciones conservadoras, e incluso del liberalismo, como el significante (en el

sentido de Ernesto Laclau 2005) que podía cubrir el vacío de poder generado por los liberales durante la década de 1820. Bajo el lema de religión o muerte, desde un régimen conservador que usa de aliado a la Iglesia, Rosas impone económica y políticamente a Buenos Aires sobre el resto de las provincias, echando mano de la fuerza, la coacción y el terror. Es decir, Rosas capitalizó la institución que le daba más cohesión a algo así como un cuerpo político de carácter nacional en la antesala de la consolidación del Estado-nación. Combinar la explotación política del capital simbólico de la Iglesia con el control de la violencia le permitió a Rosas forjar las bases de la unidad sobre la que subsecuentemente los liberales habrían de levantar el Estado-nación y gobernar después del medio siglo. En palabras de Lynch, lo único que si no cooptó fue la libertad de comercio, pues siendo miembro del sector de los estancieros, dicha política económica estaba en relación directa con su interés como estanciero de poder vender los derivados del ganado argentino. De este modo, los intereses de la oligarquía estanciera local encabezada por Rosas coinciden con los intereses internacionales del capitalismo inglés.

Al leer a Sarmiento, Echeverría o José Mármol, se observa que la élite argentina partidaria del liberalismo romántico desde el exilio, y que habría de implementar luego el proyecto del Estado liberal, no se limita a culpar a la Iglesia de los problemas de construcción nacional. La encajan del lado de las formas de cultura y sociedad reacias y diferentes a la civilización europea, desarrolladas en los desiertos de América a raíz de la inapropiada colonización española.

Chile también contó con unas condiciones similares a las de Argentina. Fue una zona periférica durante la colonia. Tuvo también la ventaja de tener concentrada en la misma área, el Valle Central, a la élite de mayor peso político y económico. Además, la

disputa entre liberales y conservadores se había inclinado a favor de los últimos, con Diego Portales a la cabeza. El éxito de Portales se explica porque acertó a encontrar una fórmula que combinaba pragmáticamente el autoritarismo colonial con el constitucionalismo del siglo XIX (Collier 240). Dicha combinación le permitió centralizar el poder desde un ejecutivo fuerte, como lo atestigua el nombramiento consecutivo de cuatro presidentes conservadores posesionados por diez años cada uno.

Como fue característico, la élite gobernante conservadora mantuvo muy buenas relaciones con la Iglesia, a la que manipuló fácilmente para que sirviera sus intereses, de modo similar a como lo hizo Rosas en Argentina. La fuerte consolidación del ejecutivo y del ejército demostró el control del poder y la violencia durante las guerras civiles de 1851 y 1859. El único problema que tuvo el Estado chileno con la Iglesia tuvo lugar en el año de 1871 a propósito de la libertad de enseñanza durante la presidencia de Federico Errazuriz Zañartu. Pero esto para nada puso en peligro al Estado, cuya consolidación se había iniciado desde el 30. De hecho, la Iglesia católica permaneció unida al Estado sin más problemas hasta 1925, año hasta el que rigió la constitución del 33 sin problemas. Lo anterior prueba que sin duda la Iglesia ha sido un aliado clave en la cohesión y consolidación de los proyectos coloniales tanto de los Estados coloniales como de los Estados nacionales¹.

En cambio este aliado no fue ganado por el liberalismo colombiano durante las décadas siguientes al medio siglo, cuando su proyecto político y económico tuvo tanta acogida en la mayoría de los países hispanoamericanos. A pesar de que suele atribuirse

¹ Colombia también reconfirma esta hipótesis. Antioquia, la región que más acumulación de capital y desarrollo capitalista adoptó, tanto en la explotación de la tierra, la industria y el comercio, fue junto con Popayán el principal bastión del conservatismo y de la Iglesia en Colombia.

principalmente a factores económicos la división de la élite entre conservadores y liberales², importa recordar que para sus protagonistas colombianos éstas fueron atribuidas al carácter intolerante y radical que adoptaron los desacuerdos culturales sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Liberales radicales como José María Samper (1946 I: 249) y conservadores tradicionales como Sergio Arboleda (346) señalan en sus escritos que el choque entre clero católico y las ideas modernas de la revolución francesa de 1848 fueron las causas principales del fraccionamiento de la élite entre conservadores y liberales. Aunque la división de la élite colombiana exhibe hasta aquí características similares a las que se presentaron en muchas de las otras jóvenes naciones de América, su peculiaridad empieza a notarse cuando son consideradas las variantes de la coyuntura histórica local.

El fenómeno de esta dicotomía se manifiesta a todo lo largo de la década de 1840 y alcanza su punto de cristalización durante la siguiente década. Cuatro sucesos particulares lo configuran: una guerra civil (la “Guerra de los Supremos”, 1839-1841)³, a la que sigue el establecimiento de un gobierno conservador intolerante por parte de los triunfadores del conflicto, la colusión de ese gobierno con la juventud de los colegios de

² Una excepción es el estudio de Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX* (2001), muchas de cuyas ideas han servido de inspiración para el presente capítulo. Dicho en pocas palabras, por la dicotomía entre civilización y violencia, Rojas entiende lo que el discurso postcolonial tan bien organizado por Walter Mignolo ha aparejado como modernidad/colonialidad. Rojas se concentra en argumentar que la violencia generada en Colombia, en mucho se debió a la misma violencia simbólica, además de la física, generada cuando el proyecto civilizador dejar por fuera de la representación a los grandes sectores populares de la población nacional.

³ Nombre que se le dio para significar su tendencia caudillista pues fue una rebelión contra el gobierno central encabezada por algunos de los caudillos militares que todavía tenían una fuerte influencia en el ámbito regional, y que se declararon “jefes supremos” de sus respectivas regiones. Nótese que se habla aquí de tendencias caudillistas y no de “caudillos”, pues en Colombia muy particularmente no se dio el fenómeno del caudillismo tan común en las naciones hispanoamericanas del siglo XIX (Jaramillo Uribe 1994: 40-1).

la élite de Bogotá que recibía el impacto de la revolución europea de febrero de 1848, y finalmente, la conformación de un bloque hegemónico entre éste y grandes sectores populares (artesanos, esclavos, manumisos y mestizos pobres) que se habían identificado con los postulados más democráticos del liberalismo.

Para Fernán González, el fanatismo religioso que mezclaron los conservadores a las políticas civilizatorias del Estado después de la “Guerra de los Supremos”, convirtió, finalmente, la posición frente a la iglesia “en frontera entre los dos partidos” al provocar finalmente una reacción no menos fanática de la juventud liberal de Bogotá a finales de la década (*Para leer la política* 221)⁴. En ello coincide con conservadores como Sergio Arboleda, quien consideraba estos desacuerdos como un asunto de lucha estrictamente religiosa.

El proceso de agudización se cristalizó cuando los liberales, aliados al sector de los artesanos alcanzaron el poder político por primera vez con el gobierno de José Hilario López (1849-1853). Inmediatamente, iniciaron la separación de la iglesia y el estado así como el desmonte de las riquezas, privilegios y el poder ideológico de la iglesia, en un proceso que durante el predominio liberal (aproximadamente entre 1850 y 1880) tendría su punto más alto en los siguientes actos legislativos: libertad total de enseñanza en 1850, fin del patronato y separación de la iglesia y el estado en 1853, expulsión de los jesuitas en 1861 y expropiación de los bienes de la iglesia durante la presidencia del general Mosquera en 1862. Al verse atacada en sus privilegios, en su jerarquía y separada del

⁴ Más que a una identidad política o incluso de clase, la apropiación del partido conservador de la causa de la Iglesia se convierte en el elemento de identidad clara entre partidos; esto sucede de esa manera dadas las relaciones y formas de sociabilidad tradicionales que preponderaban en la Colombia de mediados del siglo XIX: “La pertenencia a un partido determinado, los vínculos políticos se fundaban en la filiación por lealtades personales, por nacimiento, parentesco o vecindazgo” (Cevallos 2005: 35).

Estado por los partidarios del librecambio, la iglesia tomó partido abierta y apasionadamente por los abanderados del conservatismo⁵.

Al comparar el proceso político colombiano con el argentino o chileno en lo que tiene que ver con el asunto de las relaciones entre Estado e Iglesia así como al sistema de gobierno que se debía instaurar, se puede adelantar la hipótesis de que en términos pragmáticos los liberales colombianos coyunturalmente empeoraron la situación estructural ya de por sí mala. Por un lado, torpemente convirtieron su oposición a la Iglesia casi en una guerra santa debido a la radicalidad de las reformas liberales con que pretendieron neutralizarla. No calcularon que se iban a tropezar con la resistencia de una iglesia local históricamente. Por otro lado, olvidaron totalmente las advertencias de Nariño durante la Patria Boba, de que no se podía fundar una república con un gobierno federal cuando ni siquiera se había consolidado su Estado nación.

Los liberales colombianos de medio siglo pensaban que en adición a sus privilegios económicos, las prerrogativas y la jerarquía de la iglesia en la vida privada y pública, constituían una continuidad del Estado colonial que debía suprimirse para consolidar definitivamente el Estado- nación. Cuando tuvieron el poder, de 1848 a 1880 aproximadamente, pusieron sus ideas a la práctica mediante los siguientes actos legislativos: libertad total de enseñanza en 1850, fin del patronato y separación de la iglesia y el estado en 1853, expulsión de los jesuitas en 1861 y expropiación de los bienes

⁵ Como lo ilustra suficientemente Díaz Castro en *Manuela*, el carácter casi religioso que adoptó esta falta de consenso al nivel de las élites locales colombianas se manifiesta a través del tema del “lamentable espíritu de partido” y la “intolerancia”, asunto que se repite sintomáticamente aproximadamente desde mediados de siglo en las memorias, cuadros de costumbres, discursos políticos y ensayos como los que se estudian en el presente capítulo. José María Samper, por ejemplo, aseveraba que el “espíritu de partido” y la “intolerancia” se habían vuelto como una segunda religión (*HA III: 80*). Y Sergio Arboleda afirmaba que ultimadamente la lucha entre conservadores y liberales era una cuestión religiosa (*RA: 225*).

de la iglesia durante la presidencia del general Mosquera en 1862. Al verse atacada en sus privilegios, en su jerarquía y separada del Estado por los partidarios del librecambio, la iglesia tomó partido abierta y apasionadamente por los abanderados del conservatismo, y desde entonces boicoteó abiertamente el proyecto laico liberal. En contraste con una élite nacional históricamente débil y dispersa, con un ejército y un ejecutivo pobres y débiles por la poca actividad comercial local e internacional, lo único fuerte propiamente hablando a nivel nacional era la Iglesia. Haberla atacado el liberalismo tan radicalmente en lugar de haberla ganado para la empresa colonial del Estado nación, fue condenar el proyecto liberal al fracaso, como efectivamente sucedió.

Al desacierto anterior, hay que sumarle el descalabro del federalismo. Después de ganar la guerra civil de 1861, los liberales plasmaron su ideario radical en la Constitución de 1863 que creó el Estado federal de los Estados Unidos de Colombia. Con esta Constitución gobernaron entre 1863 y 1876, periodo en el que prácticamente disolvieron el ejército y redujeron el ejecutivo al mínimo. Su idea era dejar libres las leyes del mercado para que, según imaginaban, llegara el desarrollo y el progreso. Con esta medida, en realidad, resultaron dándole carta política a las fuertes tensiones centrífugas regionales que habían generado los factores estructurales arriba mencionados (la geografía, la topografía, la dispersión y debilidad de la élite, la ausencia de una integración económica local y global). Mientras otros historiadores, como Jaramillo Uribe, han atribuido a desatinos del liberalismo radical tanto la adopción como los excesos del régimen federal, Tirado Mejía ha dicho con más argumentos sociológicos que el federalismo, dado que ninguna región, élite regional o ciudad logró imponerse sobre las otras, “fue la manera más adecuada que encontraron las oligarquías regionales para

disponer en su beneficio del patrimonio nacional sin entrar en confrontación general” (49)⁶. Aceptando que ambas hipótesis se complementan, lo cierto es que la adopción del sistema federal que prácticamente dividió al Estado en nueve pequeñas repúblicas sumó una variable más a las que habrían de perpetuar el impasse de fundación nacional.

A ello hay que sumarle el hecho de que, como lo muestra Sanders (2004), sus aliados populares se les salieron cada vez más de la manos, lo que los conservadores solían llamar el reino de la anarquía sembrado por las ideas y prácticas del liberalismo anticristiano. La agencia de los sectores populares liberales generó un comportamiento conservador incluso en el liberalismo de los sectores dominantes mismos. Así, pues, los factores coyunturales generados por la forma particular que las élites liberales le dieron al proyecto liberal en Colombia (como la enemistad cuasi religiosa con la Iglesia, más la implantación del federalismo sin ni siquiera haber consolidado un Estado-nación propiamente dicho), disparó las fuerzas centrífugas de los latifundistas, caciques y líderes regionales, debilitando descomunadamente al gobierno, ya de por sí bastante débil.

Como consecuencia de la falta de pragmatismo del liberalismo colombiano, muy pronto, hacia 1876, su capital político estaba devaluado. Buscando recuperar el poder que perdían cada vez más, un sector importante del liberalismo giró gradualmente hacia la derecha, hacia prácticas menos democráticas y más violentas de disciplinización de los

⁶ A propósito de la relación entre federalismo y élites regionales, en *The Pinguin History of Latin America* (1992), comenta Edwin Williamson que “Federalism could appeal to conservatives as much as to liberals, depending on the political complexion of the elites in the national capital against which the providences were reacting” (241). Dada la complejidad del caso colombiano, en donde ninguna élite regional logró imponerse a las otras a causa de la abundancia y debilidad de las mismas, el federalismo fue visto por todas, independientemente de sus colores políticos, como la opción más conforme con sus intereses de dominio regional, según Tirado Mejía.

sectores populares, perdiendo cada vez más su apoyo (Sanders 153-184). Finalmente, se decidieron por pactar un bloque conservador para mantenerse aunque fuese parcialmente en el poder con Rafael Núñez. Éste, junto con el gramático ultraconservador Miguel Antonio Caro, redactó la Constitución de 1886, que regiría con puño ultraconservador a Colombia hasta 1991. Núñez reversa fundamentalmente todas las iniciativas democráticas y revolucionarias que hasta esa fecha habían podido conquistar los partidarios del credo liberal, iniciando la configuración de un proyecto anti-moderno que reinaría cronológicamente hasta 1930. Este proceso se habría de expresar homológamente en el campo cultural, caracterizando desde entonces una tendencia conservadora en el arte y la literatura. Pero este régimen represivo y ultraconservador tampoco era la solución para el problema de la fragmentación del frágil sistema republicano, como lo prueban las revueltas del ala popular del liberalismo y la Guerra de los Mil Días con que termina la centuria, que dejó a un país en ruinas, descuadrado, e impotente para evitar la pérdida de Panamá.

Dado que un proyecto de Estado es, al mismo tiempo, un proyecto sociocultural, además de económico y político, los problemas, paradigmas, la inestabilidad y las crisis del proceso de consolidación es también observable, de modo homologo, en el campo literario respectivo de cada país. Ello explica que, por ejemplo, en Argentina y Chile la novela fundacional hubiese estado más enmarcada en el proyecto romántico predicado por Víctor Hugo (línea que siguen *Facundo*, “El matadero” y *Amalia*) o en un análogo a la línea de novela de costumbres burguesa balzaciana (como en la obra de Blest Gana). Estos estilos eran difíciles de progresar en Colombia, país en el que triunfa un romanticismo criollo conservador, más propicio a heredar el lamento de Chateaubriand

por el desplazamiento de la aristocracia y el triunfo de la modernidad (Sommer 1991). La élite liberal argentina tenía claro que el proyecto a seguir era desplazar a Rosas y a los sectores populares del poder, para fomentar la fundación del país, civilizar a la población y poblar la tierra con cultura e inmigración europea, como en efecto sucedió. En el texto que le dio las bases institucionales al Estado liberal posterior a Rosas, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República de Argentina* (2007), Alberdi lo decía claro, poblar era civilizar a la argentina con la inmigración europea.

En cuanto a Chile, si el país estaba marchando por la senda del progreso, cómo no reforzar ese progreso con el relato de la literatura, que para Blest Gana era claramente un medio de construir la nacionalidad, de mejorar y educar al pueblo, de construir al ciudadano. Para Blest Gana la literatura nacional debía corresponder con el progreso del país, reafirmarlo⁷. Eso es lo que hace en *Martín Rivas*. La novela, acorde con la poética de Blest Gana, dramatiza las bases culturales de la identidad chilena, según los postulados del Movimiento Literario de 1842. Efectivamente, en uno de los textos fundadores de aquel movimiento y de la disciplina del campo literario chilenos, el “Discurso de incorporación”, se lee la propuesta de Victorino Lastarria, que Blest Gana lleva a la práctica. Afirmaba Lastarria que la literatura moderna debía seguir el impulso que le comunicaba el progreso social (13); por eso, los escritores debían ser razonables, “razonados”, dice Lastarria, y escribir una literatura útil y progresista que completase en la superestructura de las ideas la prosperidad económica y la estabilidad política orgullosamente alcanzada por Chile por encima del resto de las naciones de América.

⁷ “Debemos establecer con satisfacción el hecho de que Chile”, escribe Blest Gana en 1861, “puede tener una literatura propia, que corresponda a los progresos en cuya vía se encuentra lanzado”; en “Literatura chilena: Algunas consideraciones sobre ella”. Citado por Sommer (1991: 207)

Claro que esta definición de progreso y utilidad como su asentamiento en la memoria escrita, de la historia y de la literatura nacional, implicaba una amnesia, como ya advertía Ernest Renán en su ensayo acerca de la nación (8-22). El progreso económico y la estabilidad política del Chile de mediados del XIX, que une las élites de la aristocracia de Santiago (Leonor) con la burguesía ascendente minera de las provincias del norte (Martín) se dio gracias a la represión de las opciones liberales y populares de un Estado-nación diferente, como el que impulsaron intelectuales liberales y socialistas como Bilbao en la “Revolución de 1851” a través del movimiento de la Sociedad de la Igualdad.

Este último evento es incorporado en *Martín Rivas* a través de Rafael San Luis, pero en su recuento se transforma el sentido revolucionario y popular que tuvo históricamente. Para instaurar en la conciencia nacional que buscaba fundar una gran dosis, la novela lo menciona haciendo de bulto al romance central, sugiriendo que San Luis participa en la lucha social por un mundo más igualitario y liberal por puro romanticismo, por puro despecho en los eventos históricos del país. Así que el sentido de este evento histórico se sacrifica por el bien de una historia que celebra las nupcias de la provincia minera y la capital conservadora aristocrática, del mismo modo que los personajes populares de la historia se sacrifican por los de la élite, Edelmira se desposa con el militar que no ama por la amistad que le inspira Martín (Sommer 204-221).

En todo caso, la tendencia es que no hay en la literatura fundacional argentina y chilena un tema central pro o anticlerical o anti-español. Ni la Iglesia ni los curas ni el legado de la colonización española hacen parte central de los agentes envueltos en el problema que tienen que resolver los personajes del relato literario. No eran un asunto

que amenazase históricamente su lucha por el poder y por eso no aparecen en *Martín Rivas* o *Amalia* como el enemigo o el mal de la construcción nacional. En cambio, el romance fundacional colombiano, exalta ya desde el título, *María*, el trasfondo cultural de mayor tradición y efectos coloniales, el de la religión judeocristiana. Precisamente, allí donde la inmigración europea y la inversión del capitalismo internacional habían estado prácticamente ausentes, la literatura consagra la ficción de la virgen judeocristiana que, apoyada en las comodidades que ofrecían la familia patriarcal y la hacienda criollo-esclavista, disfruta y recrea las nostalgias de Chateaubriand por el mundo de la aristocracia que se desvanece. Era una fantasía muy a tono con una república en la que el proyecto del estado liberal iba a ser derrotado definitivamente en la década de 1870 por la guerra santa que le declararan la Iglesia y el conservatismo. El mundo novelesco que simbólicamente consagra *María* es doblemente antimoderno y anacrónico al igual que lo fuera el régimen de Núñez.

La otra novela que pudo haber sido el romance fundacional de un proyecto de Estado-nación alternativo, el moderno, fue desplazada para dar lugar a *María*, del mismo modo que la Regeneración desplazó la posibilidad de consolidar un Estado-nación laico liberal. El mundo novelesco de *María* mira hacia el pasado de una arcadia patriarcal, para desentenderse fantasiosamente del insoportable impasse fundacional del presente; satisface el sueño gamonal que habitaba el pecho de la élite colombiana (e hispanoamericana, lo que explicaría hasta cierto grado la consagración continental de la novela). Del mismo modo Núñez retorna todas las propiedades confiscadas a la Iglesia, la indemniza, le devuelve el control absoluto de la educación, el registro de los nacimientos, defunciones y matrimonios; acaba con la gran mayoría de reformas de corte democrático

instauradas durante el periodo liberal, e instaura un régimen represivo que cierra periódicos, encarcela o expulsa periodistas. Todo ese vuelco institucional y político al pasado estuvo dirigido a negar y denegar la demanda de los subalternos por un estado nacional más democrático, popular y representativo.

El costumbrismo de *Manuela*, desde un lugar de enunciación adverso a los proyectos hegemónicos de la élite, manifiesta una actitud ambigua, conservadora hacia la cultura y liberal hacia la economía. Esta ambigüedad más que un titubeo cultural e ideológico del novelista es fiel a la forma de ser cultural de los sectores populares, como lo ha estudiado Guha (1997). Y pese a que en *Manuela* no se articula una alternativa institucional popular clara o sólida, dígame de una república popular, es con estos sectores y en contra de los de arriba con quienes en todo caso su literatura claramente simpatiza.

Pero de todos modos, el romance central de *Manuela* también es frustrado por los conflictos políticos, económicos y sociales, no esbozando su discurso un futuro alentador ni una solución positiva al problema fundacional. No se avizoraba una evidencia histórica para que fuera de otro modo por la combinación de circunstancias locales retrogradadas: Las élites políticas locales, por un lado, a través del patronazgo, la corrupción y la violencia, cooptaban el Estado, pobre y débil, para proteger sus intereses privados; las élites nacionales, por el otro, legislando desde una torre de marfil, muy poco podían hacer para unir una república fragmentada por la geografía, la falta de caminos y el limitado comercio intrarregional.

¿Cuál podía ser la solución para tantos males? No la pudieron ofrecer los principales dirigentes de aquel proceso en el resto del siglo XIX ni en el siglo XX. Por eso *Manuela* es fiel al rompecabezas de un país imposible de armar, hasta hoy, a causa de

tantos y difíciles factores de fragmentación y división. Por coherentes que sus propuestas fueran, las alternativas que proponían las élites eran inapropiadas, argumenta Díaz en *Manuela*, para consolidar la unión del Estado y la nación. No sólo porque no eran consecuentes con sus idearios, sino también porque aquellos letrados dirigentes no tenían el capital, el ejército y las armas para implementar e imponer sus proyectos de estado nacional. Un impasse fundacional era lo que había, y *Manuela* es fiel al expresarlo de ese modo en su relato de un mundo novelesco sin salida. Por eso es la novela del impasse fundacional de Colombia, una nación a pesar de sí misma.

Los capítulos siguientes cobijan el análisis de los aspectos restantes que apoyan el argumento principal de la tesis, según la cual los factores locales, del campo político y social, inmiscuidos en la dinámica de la consolidación nacional de mediados de siglo, afectaron, hacia posiciones conservadoras, el campo cultural, en particular, el de la literatura, generando una agresiva marginación y represión de lo popular, tanto en lo político como en lo cultural, de la que no escaparía *Manuela*.

CAPÍTULO III

Factores del proceso de descanonización de *Manuela*

Este capítulo examina las condiciones nacionales, internas, de lucha por la consolidación del Estado nación, que propiciaron la descanonización de *Manuela*. Establece la correlación de los factores básicos que, combinadamente, marginaron el tipo de práctica cultural popular expresada y defendida en *Manuela*: el contexto histórico en que se libraba entre las élites la lucha por el dominio hegemónico, el estado del campo literario dominado por los letrados conservadores y la posición no elitista que con relación a éstos guarda la novela desde el punto de vista de sus propias características internas. El resultado del análisis de los factores anteriores va a permitir sacar conclusiones que respaldan la tesis de que la marginación de *Manuela*, simultánea a la canonización de *María*, fue un evento cultural vinculado a una coyuntura de polarización social, motivada por la intensificación de la colonización interior durante el medio siglo; su marginación fue producto del dominio cada vez mayor del frente conservador en el campo literario, en el que se unieron las élites de ambos partidos para frenar la cada vez más creciente agencia de los sectores populares tanto en el embrionario Estado-nación como en la llamada república de las letras.

En diciembre de 1858 se empezó a publicar *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro, en el periódico *El Mosaico*. En su historia, Demóstenes, un congresista del liberalismo radical, y típico letrado de alto tono de mediados de siglo, viaja de Bogotá a un pueblo de

provincia vecino llamado “X”. Después de hospedarse en la casa de Manuela, una muchacha de pueblo que apenas sabe leer, surge entre los dos una amistad en virtud de la cual Demóstenes termina comprometiéndose a defender a la muchacha de los avances de don Tadeo, una mezcla de tinterillo y bandido que abusando de su conocimiento de las leyes azota al pequeño pueblo. Éste pretende separar a Manuela de su novio, Dámaso, para convertirla en su amante.

José María Vergara, el agente principal del incipiente campo literario de la época, acogió la novela con un prólogo en el que la declaraba como la primera gran novela nacional. Pedía, sin embargo, condescendencia con las faltas de estilo y descuidos de forma, teniendo en cuenta que la novela era el producto de un escritor campechano, que a falta de un capital económico no tuvo la oportunidad de adquirir un capital cultural importante en Bogotá, el centro cultural y político del país. Un año más tarde la publicación de la novela fue suspendida en el capítulo octavo, diría después Vergara, porque aparentemente el escritor no quiso seguir corrigiendo ni poniendo en limpio los originales. Haciendo eco del prólogo de Vergara, que fue la figura canonizadora más importante del campo literario de aquel tiempo, la élite letrada continuó considerando la novela como una obra “plagada de defectos”, “descuidos idiomáticos”, “lenguaje incorrecto”, “estilo vulgar” y “disertaciones trivialísimas”, atribuidas todas obviamente a la falta de letras del autor así como al mal gusto que no tuvo oportunidad de cultivar en la ciudad letrada.

Más tarde, cuando se publicó completa en 1866, no independiente sino como parte de una colección de cuadros de costumbres, *Manuela* no causó ningún impacto ni comentario en los círculos literarios, siendo finalmente desplazada del canon, un año

después, por la *María* de Jorge Isaacs. A propósito de estas circunstancias, se preguntaba Elisa Mújica en el “Prólogo” a las *Obras completas* de Díaz, publicada por primera vez en 1985: “¿Por qué no obtuvo esa obra, repleta de aciertos psicológicos, de extraordinaria riqueza ambiental y lexicográfica, esclarecedora de dolosos y significativos episodios de la historia nacional, el eco que merecía?” (12-3).

Antes que nada, debe aclararse en qué sentido se usan algunos de los conceptos que fundamentan el análisis del presente capítulo. Algunas veces se dirá que el modelo de cultura nacional de la élite liberal es resistido, refutado o negado por los sectores de la élite conservadora y los sectores populares. Pero otras veces, se hablara de “modernidad colonial” para referirse parejamente a los proyectos de dominio cultural de las élites, tanto el liberal como el reformista de los conservadores. ¿Por qué modernidad colonial?

Dicha expresión se empleada para tener en cuenta la perspectiva teórica propuesta por Walter Mignolo en “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” (2005: 55-85). Mignolo argumenta que el mundo que conocemos emerge como sistema/mundo moderno desde el momento en que se inicia el circuito comercial del Atlántico Norte, en el siglo XVI, el cual contribuyó fundamentalmente a la autodefinición de Europa y a la formación del capitalismo. Retomado más tarde y transformado por Inglaterra y Francia en el proyecto de “una misión civilizadora”, este proceso tiene un lado oscuro que, para Mignolo, ha solido dejarse por fuera de las consideraciones del capitalismo y de la modernidad, y es que ambos fenómenos están ligados indisolublemente al imaginario de un proyecto colonial europeo, para el que la periferia de Europa es naturaleza y barbarie.

En consecuencia, tanto la misión cristiana, iniciada con el descubrimiento y conquista de América, como la misión civilizatoria, que reemplaza la hegemonía de la misión cristiana en los siglos siguientes y prepara la emergencia de Inglaterra y Francia como los nuevos poderes imperiales, son dos momentos del mismo proceso de colonización de la modernidad (2000: 280-1). Usando la expresión “modernidad colonial”, se quiere entonces resaltar en el presente capítulo la complicidad con la colonización de la modernidad europea por parte de los proyectos de unificación cultural adelantados a nivel local por las élites tanto liberales como conservadoras.

Igualmente, se usará aquí el concepto de “campo” de acuerdo a Pierre Bourdieu, para referirse a un “universo social relativamente autónomo”, sea cultural, político, científico, social o del poder. Dentro de este marco teórico se emplea también el concepto de “economía” como “economía denegada”, muy típica del campo artístico y científico; igualmente se aplica el concepto de “una economía de las prácticas” y de “capital”, que las distintas prácticas invierten en su campo⁸.

A. Contexto histórico.

De forma similar a como sucedió en muchos países hispanoamericanos, la colonización del interior junto con el abanderamiento del credo liberal de Colombia se intensificaron enormemente después del medio siglo. Las élites locales generacionalmente más jóvenes, de tendencia especialmente liberal, creyeron llegado el momento de consolidar y modernizar definitivamente el Estado-nación. Al igual que

⁸ Ver. Pierre Bourdieu, *The Field of Cultural Production* (1993), *Language & Symbolic Power* (1991), *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción* (1994) y por último *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (2001).

había sucedido en Chile y Perú (Palacios and Safford 2002: 80-81), la débil y joven élite liberal, que fue la que lideró este proceso de consolidación, había buscado atraerse a los sectores populares, especialmente el artesanado, para poder reforzar sus posibilidades de alcanzar el poder político del Estado-nación⁹.

Entre 1848 y 1850 aproximadamente, la joven generación de la élite liberal comenzó a cortejar y, luego, a formar políticamente a los sectores subalternos que se habían organizado en las *Sociedades Democráticas*. Les prometían que si llegaban al poder realizarían una serie de reformas democráticas que coincidían en muchos aspectos con las expectativas populares, insatisfechas desde la fundación de la república. La posibilidad de una apertura democrática entusiasmó a los sectores populares, que en poco tiempo fundaron más de un centenar de sociedades democráticas a lo ancho y largo del país entre 1849 y 1852 (Sowell 87).

Los sectores populares organizados en las *Sociedades Democráticas* llevaron efectivamente la élite liberal al poder en el 49 y la sostuvieron como soldados desde *La Guardia Nacional* durante la guerra civil del 51 en la que los conservadores pretendieron derribar el primer gobierno liberal. En este proceso no fueron simple carne de cañón, sino sujetos que lucharon a cambio de ver realizadas por el gobierno liberal múltiples reivindicaciones democráticas, como la libertad de la esclavitud, la abolición del estanco al tabaco y al aguardiente, la abolición de los diezmos, la supresión de la pena de muerte, del impuesto indirecto, de la prisión por deudas, el sufragio universal, el derecho a la

⁹ Esta convocatoria al pueblo, como se recordará, era una táctica cíclica y utilitarista de los grupos dominantes, ya fuera para obtener la independencia o para fundar la verdadera república. Desde la independencia, generalmente los sectores de élite débiles, cuando querían ganar poder, intentaban seducir a las masas, ofreciéndoles, por ejemplo, la libertad de la esclavitud a los negros si luchaban a su lado durante la guerra de independencia, como lo hicieron los independentistas o el general Obando durante la Guerra de los Supremos.

tierra, enmarcados toda esta serie de cambios en los abstractos pero significativos lemas de la revolución francesa.¹⁰

Sin embargo, en la medida en que la élite liberal empezó a gobernar, se dividió entre moderados (Draconianos) y radicales (Gólgotas) a causa de diferencias culturales e intereses económicos, resquebrándose al mismo tiempo la alianza con los sectores populares. Los moderados, conformados especialmente por militares, la generación mayor y sectores populares de artesanos, no estaban de acuerdo con la propuesta del ala radical de instituir una libertad de comercio absoluta y de eliminar drásticamente las tarifas aduaneras, reducir el ejército y el ejecutivo y desamortizar los bienes de la Iglesia. Por supuesto la libertad total de comercio y la eliminación de las tarifas de aduana afectaban directamente los intereses económicos del artesanado, que organizado especialmente en la *Democrática* de Bogotá ejerció una influencia clave en el movimiento popular nacional.

Ya desde el 53 el coqueteo democrático de la élite liberal¹¹ con los sectores subalternos venía convirtiéndose en cosa del pasado, y el fantasma de una revuelta popular se sentía en el ambiente. Sus temores se cumplieron cuando ya exasperados por lo que consideraban la traición de los jóvenes radicales, los artesanos de la *Sociedad Democrática* y la *Guardia Nacional* se aliaron con los draconianos y lideraron el golpe

¹⁰ Sowell 2006: 103-142; Aguilera Peña y Vega Cantor 1998: 89-141; Gutiérrez Sanín 1995: 127, 130-1, 155; Pacheco 1992: 17; Sanders 2004: 2; Escobar Rodríguez 1990: 110-211.

¹¹ Amantes del orden y la disciplina que aseguraban las desigualdades de poder, economía y status social, el miedo de los sectores conservadores hacia los sectores populares no modificó mucho durante este período el concepto que se les tuvo durante la primera mitad del siglo como “vil canalla”. Los liberales transformaron ese concepto en “pueblo sufrido” y “pueblo soberano” durante su acercamiento hacia los de abajo y su apertura democrática de medio siglo; pero desde la ruptura de su alianza que desemboca en la toma con Melo el discurso se modera hasta volverse mera retórica e incluso caer en la misma terminología despectiva de los conservadores.

de estado que en abril de 1854 instauraba el gobierno revolucionario del general José María Melo. La reacción de los radicales fue aliarse con la élite conservadora para bloquear las transformaciones sociales que demandaban los sectores subalternos. Unida en un frente militar bipartidista, la élite retomó el poder a escasos ocho meses de vida del gobierno revolucionario popular y nombró un gobierno bipartidista bajo un vicepresidente conservador al que le seguiría otro, el de Mariano Ospina, el principal cuadro ideológico y político del partido conservador.

Este bloque bipartidista localizado en el polo derecho del campo político logró desarticular las demandas y aspiraciones populares de igualdad social y participación política en el momento cumbre de su movimiento de ascendencia (1854). Después de esta fecha, el fantasma de la insurgencia popular se instalaría en el trasfondo del imaginario de la élite liberal, tal como lo representa la prosa de la contrainsurgencia presente en *Manuela*¹². Como parte integral de este giro general del conjunto de las élites hacia la derecha del campo político puede leerse la emergencia entre 1858 y 1872 de la tertulia, la imprenta y el periódico *El Mosaico*. La política cultural de éste será objeto de análisis a continuación dado que dominó el campo cultural de la ciudad letrada de la época, siendo por lo tanto fundamental en el proceso que desplazó a *Manuela* a la periferia del canon.

B. El estado del campo literario

El Mosaico apareció en diciembre de 1858 y desapareció con la muerte de José María Vergara y Vergara en 1872. No sólo duró mucho para la época, cuando lo usual era la corta duración, sino que estableció literalmente un monopolio del incipiente campo

¹² Se usará aquí el concepto de “prosa de la contrainsurgencia” en el sentido en que lo ha articulado Ranajit Guha (2002).

literario colombiano, con todos los procedimientos de rigor, de producción, selección, recepción y consagración, con oficiantes, mentores, autoridades e incluso mecenas más o menos definidos. Congregó durante este periodo a los principales críticos, productores, mediadores y consumidores letrados del país interesados en apostarle a la fundación y consolidación de una historia, una literatura y una cultura oficiales que, supuestamente mas allá de los credos políticos, ayudara a la urgente tarea de consolidar simultáneamente la unidad y la modernización del Estado-nación, ansiosamente emprendidos desde el 48. Tuvo en el siglo XIX una agencia protagónica que autorizaba, habilitaba y legitimaba las obras y autores que entrarían a hacer parte del patrimonio cultural nacional, como Isaacs y José Asunción Silva.

De la política editorial del periódico publicada en el primer número, escrita por Vergara, interesa destacar para el propósito del presente capítulo cuatro aspectos elucidarios de la posición del periódico: a) Sus fundadores declaran la voluntad de convocar al reducido público letrado para asumir la responsabilidad de construir juntos una cultura nacional; b) se disocian del siglo del egoísmo, del oro y del positivismo; c) se proponen establecer “la aristocracia de la virtud y el talento” en el pensamiento nacional; d) y finalmente, quieren ilustrar y convencer a la opinión pública de nacionales y extranjeros sobre la progresiva trayectoria material y moral de la civilización en América del Descubrimiento hasta la República. Considérese punto por punto.

a). El primer punto revela que no es un espíritu democrático sino jerárquico y aristocratizante, el que inspira la actividad cultural del periódico porque invita abierta y exclusivamente a los mayores poseedores de capital letrado a participar en la

construcción de la cultura nacional. Era dicha acumulación, se entiende, lo que les daba el poder/saber necesarios para llevar a cabo la construcción oficial del Estado-nación, pues éste debía fiarse, como dirán complementariamente los editores en el número 18, a la inteligencia atesorada por un reducido grupo de la población nacional a través de la educación, de la filosofía y del cristianismo (“Bibliografía”, No.18, abril 25, 1859). Esta invitación excluyente implica realizar en el campo de la cultura una exigencia homóloga a la que la ciudad letrada estaba haciendo en el campo político, la de poseer capital económico y social para tener derecho a la ciudadanía y al voto, y poder de este modo participar en la construcción del Estado-nación.

Distante de la posición de periódicos liberales de corte popular que anhelaban escribir con claridad para la gente común¹³, y cercano al imaginario, elitista, aristocratizante y conservador de los periódicos conservadores de la época¹⁴, para el principal agente de *El Mosaico*, Vergara, se trataba de producir un periódico que unificara los conceptos y el modelo de cultura que la minoría ilustrada debería diseñar, administrar e imponer desde arriba sobre el resto de una nación analfabeta y rural. Era,

¹³ Como *El Artesano*, *El Demócrata*, *El Socialista*, *El Amigo de los Artesanos*, *El 17 de abril*, *El Aviso*, *El Alacrán*, *La Alianza* o *El Sentimiento Democrático*. Este último, por ejemplo, hace explícita la voluntad de dirigirse en un lenguaje claro y sencillo a sus lectores, pues no pretendía, dice, escribir para sabios sino para gente sin educación y sin medios para vivir (“La verdad desnuda”, No. 13, 28 de junio).

¹⁴ Como por ejemplo el *Ariete*, periódico conservador de Cali que combatía el proceso de insurgencia popular de las Sociedades Democráticas. De entrada, el periódico simboliza la distinción aristocratizante de los productores y consumidores para y por quienes se produce su labor de representación adoptando como lema una frase de Tácito, *Incorruptum fiden professis, nec amore quisquam et sine odio descendunt est*. Tener acceso al latín como bien cultural implicaba tener un capital educativo acumulado que a su vez tendía a implicar un grado importante de reserva de capital social y económico poseído por muy pocos en aquel país de mediados del XIX. De manera que el lema es un marcador de identidad del poder/saber detentado por y para la exclusiva clientela a quien se dirige su discurso.

pues, una empresa que de entrada excluía la posibilidad de armar una cultura nacional conformada dialógicamente con las diversas voces, opiniones, expectativas y tendencias de una nación de clases, etnias y regiones altamente heterogéneas; o mejor, era algo así como plantearse construir el Estado sin la Nación.

En el contexto de las tensiones sociales de la época, al anunciar la voluntad de establecer una cultura nacional en la cual primara “la aristocracia de la virtud y el talento”, *El Mosaico* no sólo desestimaba las intensas demandas liberales populares de las Sociedades Democráticas de construir un Estado-nación basado en el pacto social y en la inclusión de las mayorías pobres e iletradas; su elitismo implicaba en la práctica un llamado a cerrar filas contra la posibilidad de ese proceso de apertura democrática; implicaba también herir la susceptibilidad de los sectores populares, hondamente resentidos no sólo por las múltiples formas de desigualdad, de exclusión y explotación practicadas por un proyecto de Estado-nación que había prometido igualdad y libertad para todos, sino también por la costumbre de las élites de atribuir al analfabetismo y a la pobreza los vicios, la falta de talento, la pereza y el delito de las mayorías populares; asimismo, calificaban de inmoralidad y barbarie las demandas populares¹⁵.

b). En el segundo punto de su política editorial, *El Mosaico* también proyecta disociarse del siglo del oro, del egoísmo y del positivismo. Como lo estudió Gordillo (230-9), éste es un asunto casi monotemático en los copiosos relatos cortos, cuentos y

¹⁵ Este rechazo popular a la demonización de que eran objeto los pobres por parte de la ciudad letrada se puede observar extensamente en “El Vago de Casaca” (17/05/1849) y “Ensayo descriptivo” (17/05/1849), del ya mencionado *El Sentimiento Democrático*.

artículos costumbristas de tendencia crítica, para no mencionar la enorme cantidad dedicada a la religión católica, que poblaban ansiosamente el imaginario de aquella comunidad de productores y consumidores del periódico. Si bien negar cualquier interés en las apuestas estrictamente económicas es una actitud típica de los productores del campo artístico (Bourdieu 1991), en el contexto histórico local nacional era equiparable al desprecio que por el *materialismo*, *egoísmo* y el *positivismo* adoptaron en el campo político y cultural los partidarios conservadores del modelo de república cristiana.

Desde una perspectiva inversa a la adoptada por los sectores populares, la generalidad de los colaboradores de *El Mosaico* tendió a subsumir los temas anteriores en una división imaginaria del tiempo entre un “antes” positivo y un “ahora” negativo. El “ahora” en cambio era percibido como positivo por los sectores populares¹⁶, gracias al espacio socio-político conquistado desde el medio siglo en el orden del Estado- nación¹⁷.

La impresión de amplios sectores populares de que con el ascenso del liberalismo al poder en 1849 había llegado una nueva época para el pueblo como sujeto político (que ese nuevo gobierno, como fruto de su apoyo, les brindaría la posibilidad establecer

¹⁶ Debe aclararse que para respetar la variedad de matices políticos e ideológicos, la composición social y el grado de radicalidad que adquirieron en las distintas regiones de la nación las numerosas Sociedades Democráticas, este argumento se aplica más que nada a las del Gran Cauca, que a diferencia, por ejemplo, de las de Bogotá, estaban más orientadas a conflictos raciales y de clase, que a conflictos en torno al tipo de economía, de protección o librecambio, como lo estaban las de Bogotá, constituidas predominantemente por sectores del artesanado. En este sentido, para las Democráticas de Bogotá, mayoritariamente artesanales, el pasado era mejor que el presente, es decir, el pasado anterior a la transición hacia la economía de libre cambio que introdujo el liberalismo. Esa valoración del tiempo era de signo contrario para las Democráticas de Cali, conformadas en su mayoría por antiguos manumisos, esclavos y libertos a quienes había favorecido el presente impulsado por los liberales partidarios tanto de la abolición de la esclavitud como de la economía de comercio.

¹⁷ Por supuesto que esta afirmación necesita ser moderada, recordando que tal presencia e injerencia en el Estado-nación fue y sería esporádica a lo largo del siglo, y nunca se repetiría con la fuerza y la trascendencia que tuvo entre 1848-1854. Pero el impacto del protagonismo de los abajo en estos años se haría sentir a lo largo del siglo.

finalmente los principios de una democracia popular), se expresa claramente en *El Sentimiento Democrático*, vocero de la Sociedad Democrática de Cali. Este periódico establece por una división del tiempo entre un antes y un ahora:

Es por tanto la actual época del todo diferente a las pasadas, porque no se trata de guerrear por buenos o malos hechos de personas, porque no se trata de reprimir arranques de anarquía o de despotismo, sino de entronizar en el corazón de todos y cada uno de los neogranadinos los sacrosantos títulos de libertad, igualdad y fraternidad, con que cada ciudadano tiene derecho a exigir se mire por él, i se le haga participe como hermano de los bienes que reporta esta asociación” (*El Sentimiento Democrático*, No. 17, agosto 2, 1849).

El saludo de esta nueva época esta acuñado simbólicamente en el lema del periódico:

“Levantad vuestra cabeza: porque la hora de la redención ya llegó”. El espíritu y el contexto que anima la práctica cultural del periódico están sintetizados en un fragmento del número 17, que dice,

Las clases pobres y honradas de la sociedad se hallan hoy en toda Nueva Granada animadas de un jenio activo, que tiene sus tendencias bien definidas por mejorar su condición, adquiriendo conocimientos, importancia y valor, i tomando a su cargo la vigilancia que exigen el goce de sus propios derechos y las satisfacciones de sus necesidades sociales: esto no es una suposición, es un hecho positivo i notorio (26 de julio).

En cambio, para los mosaicos “el presente” era lamentable porque estaba desplazando las virtudes cristianas opuestas al egoísmo y al materialismo, como la fraternidad, la piedad, la caridad y el honor de la palabra empeñada. Un caso ejemplar lo constituye el artículo “Antes i ahora” (105-6). Su emisor se identifica como miembro de la generación de los próceres de la Independencia, que hacia el 59, fecha de publicación del artículo, debía ser un hombre bastante mayor, un patriarca. El mensaje está dirigido a las “Queridas lectorcitas del Mosaico”, a quienes demanda aceptar la verdad del argumento, todo pasado fue mejor, con un “Ah! Picarillas! . . . os reís. . . i yo sé por qué!”

(106). En el imaginario del autor, presumiblemente Vergara, estos menores de edad, las mujeres, de ahí los diminutivos con que se las denomina, no pueden resistir ni refutar la autoridad de su verbo, y como María ante el padre de Efraín, el patriarca emisor se figura arrancar de sus cuerpos no la voz disidente sino la sonrisa sumisa ante una mirada a la que nada se esconde. El “Ah! Picarillas! . . . os reis. . . i yo sé por qué!” supone la potestad de mensaje y mensajero ante la cual el subalterno no tiene más opción que una sonrisa mezclada de vergüenza, de reconocimiento y de humillación.

La misma voz patriarcal, por un lado, se lamenta de algunas de las costumbres buenas del pasado que se habían perdido, como la forma de vestir de las señoras cuando iban al teatro, a los paseos, a los bailes (105); e incluso considera que ciertas costumbres gastronómicas eran mejores¹⁸. De otro lado, examina las nuevas y malas costumbres. Es entonces cuando deja escapar sin disimulo el tono ultra-conservador que sirve de fondo al artículo: condena desde la conversación y el baile entre los jóvenes hasta la forma de reír, mirar y caminar de las muchachas¹⁹.

¹⁸ Como la sustitución del chocolate por el té o la panadería de origen español por la francesa. (105-6).

¹⁹ Dice,

El baile era baile en mis tiempos, i no orjía; eran pasos concertados con la música, i no danzas indecentes, toleradas por los padres babieca, que aplicando el sistema de Bentham a las poleas i schotises de sus hijas, hallan en ellas mayor suma de placeres que de pena, i esto es bastante para que autoricen aquel desenfreno coreográfico./ No creo yo que sea una ganancia en la cultura y buen tono la costumbre de hablar en secreto con los jóvenes, ni la de recibir las visitas en el balcón o ventana, armando la tertulia con uno, dos, tres, cuatro o diez cachacos que están en la calle. Ni esto ni las risas descompuestas, ni los gritos aturdidores, ni los dengues afectados, ni las miradas de inteligencia, ni el volver la cara a cada paso para ver lo que queda atrás, pueden ser costumbres de la buena sociedad; pero si esto se usa en otras partes, digo que allí no se conoce la cultura; i si esto se usa ahora, no se usaba en tiempos antiguos, digo que en esos tiempos habían lo que se llama buen tono (106)

Para este discurso moralista, conservador y autoritario, la mujer está generalmente comprometida en las costumbres degenerativas del presente, afirmando tácita o explícitamente que su vanidad, falta de virtud, minoría de edad o su debilidad congénita por la pasión es uno de los factores de los males del presente:

En los tiempos que corremos, cuando el lujo i la exageración de las modas invaden nuestra sociedad; cuando la poca cultura unida a la manía de ostentar hacen de nuestras bellas el tipo más contradictorio, puesto que donde quiera se ve a una niña ricamente vestida, pero pobre de modales cultos... (“Esto sí es raro” 101).

Este señalamiento contra la mujer revela la ansiedad contra el subalterno en su dimensión más íntima. En cierta forma, funciona como puente de los males privados/públicos en el estrecho círculo de la sociedad de alto tono, siendo una constante del discurso de la ciudad letrada conservadora.

Su equivalente en el campo social y político lo constituían los mestizos pobres, los indios, los negros. Como ellas en lo privado, ellos en lo público eran culpados de ser la causa directa o indirecta de los males sociales en general, de las dificultades para consolidar y modernizar el Estado. Esta actitud contra la mujer, el pobre, el indio y el negro, típica de los mosaicos que controlaba la ciudad letrada, no hay que olvidarlo, debe ser interpretada como un síntoma claro de la ansiedad despertada por la insurgencia de los subalternos y por los cambios sociales, económicos, políticos y culturales producidos por la llamada revolución liberal del medio siglo. Lo anterior puede observarse de manera concentrada en uno de los tópicos favoritos de los mosaicos, la condena del materialismo en las nuevas costumbres sociales.

Particularmente, en un artículo como “El lujo” (146) se establece claramente una correspondencia de causalidad entre éste y la economía de comercio. Se dice allí que los

comerciantes se aprovechaban de la vanidad, la imbecilidad, la ceguera y el deseo de exhibir de un sector de la sociedad para obtener ganancias hasta del 500 por ciento sobre los artículos de lujo,

Véase, pues, que nuestro lujo es ruinoso por el abuso escandaloso de los comerciantes, sin que obste el que ellos digan que el que quiere o puede lo gasta i el que no, pues ellos mui bien saben que el padre de familia ha de vestir a sus hijos con tal cual decencia i es preciso que vaya a caer en sus garras, quiera o no quiera, so pena de no poder dar saya i mantilla a sus hijas (147).

La extraña lógica que atribuye los perjuicios del lujo no a las costumbres sino a los comerciantes, oculta, en realidad, el mensaje de fondo, esto es, el trasfondo político de la discusión culturalista sobre el egoísmo, el materialismo, el lujo, la moda e incluso los neologismos²⁰: atacar el modelo de economía en tanto cultural que le daba fundamento al proyecto de la república secular y liberal.

Por todo lo anterior, la política de la diferencia con la que el periódico prometía situarse supuestamente mas allá de las posiciones partidistas, revela que al rechazar los cambios sociales y culturales relacionados con el predominio de una nueva forma de economía, la de comercio, estaba optando en la práctica por el modelo de Estado estático y cerrado social y políticamente que más deseaban los sectores cómodamente situados en la pirámide de las desigualdades vigentes.

c). Sobre el método que se proponen emplear para establecer “la aristocracia de la virtud y el talento” en el pensamiento nacional.

Otro de los puntos centrales de la política editorial de *El Mosaico* consignada en su primer número es el método que planeaban utilizar para lograr establecer la anhelada

²⁰ Solían condenar las galicismos y anglicismos pero aceptaban los americanismos (Deas 1993)

cultura nacional; su *modus operandi* puede verse en la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, terminada en 1868 y publicada en 1872. Con esta obra, Vergara aspiró a mostrar, según dice, el progreso del espíritu en la Nueva Granada (“Bibliografía neogranadina”, No.47, nov. 26, 1859, *EL Mosaico*). Producto de la colección bibliográfica hecha por Vergara para *El Mosaico*²¹, y significativamente la primera historia literaria del país, diría Vergara en el prólogo:

porque una vez que conocí la historia de la literatura española hasta nuestros días, quise conocer la historia especial de la literatura americana para completar en mi memoria el desarrollo de las letras españolas, con el cultivo que de ellas se hubiera hecho en este Continente (1974 [1872] 18; I).

Al manifestar abiertamente el motivo que ha gobernado el orden de los libros, el del establecimiento de la continuidad entre las letras españolas y la literatura nacional, Vergara traiciona el propósito de ser un literato por encima del bien y del mal de las posturas políticas, como lo había anunciado en su política editorial del primer número de *El Mosaico*. En el contexto de la lucha hegemónica por un modelo de cultura para el incipiente Estado-nación, esta construcción de la historia literaria estaba en contravía del discurso nacionalista liberal, que precisamente buscó validarse deslindándose de la tradición española.

En este sentido, es muy dicente la imagen que emplea Vergara para justificar dicha continuidad:

Al remontar en mis investigaciones la corriente de los tres siglos que constituyen nuestra historia, he visto el paisaje al revés, sin perspectiva y sin explicación. Los materiales que iba encontrando me servían de piedras miliare para saber que ése y no otro era el camino. Pero una vez que estuvieron arreglados metódicamente y que descendí desde 1538 hasta 1820, encontré todo explicable; vi el paisaje al derecho (24; I).

²¹ Esta apareció en los números 2, 8, 18, 22, 20, 32, 47 y 49 de 1859.

Esta descripción representa el intento de afirmar una tradición de la cultura enmarcada más en la tradición colonial que nacional, en un río histórico que nace en la lengua y en la cultura cristiano-española. En este sentido debe aclararse que, como se observó al principio de este capítulo, el proyecto de cultura nacional esbozado en *El Mosaico* sigue una línea conservadora, más reactivo hacia la triunfante ideología del liberalismo que proyectivo, al estilo de este último. Es la misma idea que estructuraba el discurso de los principales cuadros de la extrema derecha del partido conservador, Miguel Antonio Caro, Mariano Ospina y Sergio Arboleda, y que sería el mismo que se impondría desde 1886 con la *Constitución de 1886* y el *Régimen de la Regeneración* de Rafael Núñez.

Por supuesto que en el método y en el objeto de la investigación arqueológica ya está implícito el resultado, como se ve a continuación:

El lector encontrará al repasar las paginas que he trazado, una cosa que le sorprenderá...: mi libro no viene a ser sino un largo himno a la Iglesia... Quise escribir solamente una historia literaria... Mas, ya que lo que buscaba, las letras, lo encontré siempre en el seno de la Iglesia misma, no tenía para que negar que me es muy grato reunir las glorias de la Iglesia a las de la patria. Desearía que todas mis obras estuvieran al servicio de la causa católica, y me parecía perdido el tiempo que no emplease en tal objeto... Así, pues, si el lector, que tome este libro, no gusta de escritos católicos, debe abandonarlo desde esta página... Cristiano, trabajo para mi religión; ciudadano, trabajo por mi patria (24).

El matrimonio entre cultura y política se declara aquí sin ambages. Era poco probable que Vergara escapase además a la concepción que gobernó la mentalidad letrada del siglo XIX, según la cual, la literatura debía contribuir a la construcción del Estado mediante la consolidación de la cultura nacional. La ambigüedad de Vergara y los mosaicos en este punto, entonces, puede interpretarse parcialmente como determinada

por las condiciones objetivas del periodo, de independencia del campo literario del campo del poder, en el sentido en que lo plantea Bourdieu cuando estudia la sociología de la cultura²².

Un factor importante a tomar en cuenta es que en la Colombia de la década de 1850 tomar partido por la Iglesia equivalía a defender al partido Conservador y viceversa. Ambos se unieron para contrarrestar el ascenso del liberalismo al poder del que antes disfrutaban. Incluso, conservadores como Mariano Ospina expresaron abiertamente la idea que la alianza con la Iglesia (1969) le daría a los conservadores la oportunidad de explotar de un solo golpe, por decirlo así, el enorme capital simbólico acumulado por ésta. La reposición que ganaron con este movimiento en el tablero de ajedrez de la contienda política fue enorme, ya que retomarían el poder en 1886 para detentarlo por medio siglo no sin dejar convertida definitivamente a Colombia en un país bajo la tutela de gramáticos y conservadores, con María como el romance fundacional, tal como lo habían querido Vergara, Caro o Carrasquilla.

Por lo tanto, la práctica y la producción cultural de *El Mosaico*, que incluía la imprenta el periódico y la tertulia literaria, como máquina de producción de una política

²² Del mismo modo que sucedió en la gran mayoría de las repúblicas que se formaron a la caída de la Colonia en América, a mediados del siglo XIX colombiano no se había dado un grado importante de división y especialización del trabajo, de las disciplinas, de los campos, de los agentes. Como lo declaraba Samper en su autobiografía *Historia de un alma*, los profesionales no podían vivir solamente de sus profesiones; para ello era normal que abogados, médicos, ingenieros, científicos, recurrieran al profesorado, al comercio, a la agricultura y a los puestos públicos (I: 205). Así que era poco probable que los literatos no se mezclaran en los negocios públicos en una época en que la empleomanía, en el Estado, era uno de los medios a los que acudían los letrados generalmente para obtener su sustento. Adicionalmente, desde el medio siglo, al enfrentar la tarea de consolidar de una vez por todas el Estado-nación, el conjunto de la sociedad se hallaba extensa y agudamente politizado, dominado por lo que sus contemporáneos solían llamar “el espíritu de partido”. En este contexto, la política era una actividad que permeaba forzosamente todos los subcampos sociales, incluido el literario. Así, pues, la actividad de *El Mosaico* podía permanecer ajena a estos condicionamientos históricos y sociales sólo desde un punto de vista utópico.

cultural, debe contextualizarse en las tensiones del campo literario con los demás campos comprometidos en la disputa por el dominio del cuerpo social, durante el periodo en que se pensaba era la hora de definir el convulso proceso de consolidación del Estado-nación. De ello da testimonio José María Samper en su autobiografía *Historia de un alma*. Dice Samper que durante el periodo aquí estudiado, la literatura española se enfrentaba en el campo cultural a la literatura francesa de corte social (al estilo de Hugo, Lamartine, Dumas y Sue) tanto como se oponía en el campo político la república católica a la república laica liberal afín a las ideas de la revolución francesa (Samper 1946 [1881] 186; D).

Es en este contexto de posturas ideológicas agudamente enfrentadas en los distintos campos que se explica mejor el mensaje con el que Vergara concluye la *Historia de la literatura en Nueva Granada*:

Por lo que hace a la literatura, podemos hacer algunas profecías. El cultivo de la literatura francesa nos matará al fin. Debemos buscar por la literatura española el camino de la nuestra, hasta encontrar nuestra verdadera expresión nacional” (219).

Este fragmento sirve para ilustrar cuanto difiere el proyecto de los mosaicos del proyecto romántico liberal, al estilo del exhibido en Argentina. Vergara efectivamente había buscado darle expresión material a ese ideal produciendo y reproduciendo la historia literaria que habría de fundar el canon nacional cimentado sistemáticamente sobre la tradición de la Iglesia y sobre las necesidades de una república cristiana. Con ello logró darle una legalidad enorme a las categorías de percepción y valoración del modelo de Estado que los conservadores buscaban imponer, propagar y legitimar en el campo político, el de república de tradición hispánica, católica y conservadora, continuadora del

proyecto civilizatorio iniciado por la Colonia en el Nuevo Mundo²³. Esta inclinación cultural al polo conservador del campo político, liderada por Vergara y compartida por el grueso de letrados organizados en torno al proyecto de *El Mosaico*, puede explicarse por factores objetivos.

Vergara, como la gran mayoría de letrados de la época, descendía directamente de españoles. Se educó con los jesuitas en Bogotá, que eran precisamente los detestados por las sociedades democráticas. Siempre consideró a los españoles como “nuestros padres” y a España como a la madre patria. Tanto su biografía como sus tomas de posición política, inevitables para la época, obligan a concluir que fue un ultraconservador a la manera en que lo fueron Juan León Mera, Juan Zorrilla de San Martín o Manuel de Jesús Galván (Sommer 1991). Como éstos, tuvo periodos de ferviente militancia a favor del catolicismo conservador pro-hispánico, fundando periódicos²⁴ y trabajando para lograr institucionalizar la cultura española en América (como cuando gestionó la fundación de sucursales americanas de la Real Academia Española). *Historia de la literatura de Nueva Granada* fue su trabajo más ambicioso tendiente a establecer una tradición de continuidad nacional con la lengua, la cultura, la literatura y, sobretodo, la religión de España.

²³ Sergio Arboleda, por ejemplo, en el *Ensayo*, consideraba que en lo político, al igual que Vergara en lo literario, la religión católica, traída por una misión providencial a América por España, había sido y era el principal factor de cultura y civilización en América (38: 194, 216). Afirma que “La fiel aplicación de las doctrinas católicas a lo político, será el medio seguro de consolidar la República en esta América española, nacida y educada en el catolicismo” (174), “Las creencias religiosas de los pueblos ... son su principio de razonamiento y la única base de sus opiniones morales y políticas” (184).

²⁴ En Popayán fundó *La Matricaria* y *El Sol*, para defender su credo católico y conservador. Cuando los liberales expulsaron a los jesuitas en el gobierno de José Hilario López, Vergara hizo parte de la revolución conservadora de 1851, que se produjo como resultado de esa expulsión. En 1868, fundó *La Fe*, en 1871 *La Unión Católica* y, cuando retornó a dirigir *El Mosaico* en 1872, durante su última etapa, le dio una política editorial francamente conservadora y católica.

d). Todos los propósitos del periódico hasta aquí mencionados confluyen en la estrategia de fondo anunciada por el periódico en su política editorial: convencer a los círculos letrados locales y metropolitanos de la existencia de una tradición de progreso moral y material, en el sentido conservador, de la civilización americana desde el Descubrimiento hasta la República²⁵. Legitimar e institucionalizar dicha tradición fue el objetivo central de los mosaicos, de ahí que hubiesen buscado y conseguido el reconocimiento de la Real Academia Española de la lengua para fundar su primera filial en América, la Academia Colombiana de la lengua, cuyo reconocimiento ante España corrió a cargo de Vergara en 1871. Así mismo, mediante la imprenta de *El Mosaico* publicaron la primera *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867) e imprimieron y publicitaron una serie de historias que ataban la tradición nacional al catolicismo, como la *Historia de la Compañía de Jesús* (J.J. Borda) y la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* (J.M. Groot).²⁶

²⁵ Es el mismo objetivo que se habían fijado en el campo político Sergio Arboleda o Miguel Antonio Caro.

²⁶ La imprenta también publicó obras literarias de autores granadinos del pasado y del presente, elaborando sistemáticamente un orden de los libros, autores y acontecimientos que de acuerdo a su criterio constituían la biblioteca ejemplar neogranadina. El periódico solía reproducir documentos históricos y científicos representativos de momentos claves de la formación de la nacionalidad, como la lista de granadinos fusilados por Pablo Morillo o los escritos del científico Francisco José de Caldas, así como la biografía de sus “Barones ilustres”, que usualmente corrían a cargo del mismo Vergara y Vergara, como la biografía de Rufino Cuervo y el Arzobispo Mosquera entre otros muchos. En el periódico fueron recogidas la mayor cantidad de relatos, cuentos y cuadros de costumbres producidos en el ámbito nacional en Hispanoamérica. Aunque éstos tenían supuestamente la intención de hacer conocer el patrimonio, cultura, costumbres y habitantes típicos del ser nacional, tendieron a rebajar y subvalorar en su representación a los habitantes y fenómenos culturales afines o reacios al blanco europeo, al tiempo que exaltaban en sus representaciones como el tipo ideal del neogranadino al colono y al letrado criollo- mestizo, de habla y tradiciones más hispánicas y conservadoras. Ver Rosa Emma Jara de Cobos, *Índice general del periódico de El Mosaico*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1993

El sentido político de esta labor cultural de institucionalización constituyó en la práctica, material y simbólicamente, un argumento incontestable para el liberalismo, que había volcado sus inversiones en el estricto campo político, utilizando un discurso nacionalista que se limitó a culpar a la Colonia y sus rezagos de todos los desencuentros culturales enfrentados por su proyecto. Haber apostado, pues, a la invención de la tradición cultural construyendo una “Biblioteca ejemplar”²⁷, tal vez no arrojara directamente dividendos económicos, como lamentara Vergara, pero con ello los conservadores obtuvieron ganancias enormes a largo plazo en el campo político y en el campo del poder.

Debe recordarse que para la ciudad letrada conservadora que congregaba en Bogotá alrededor de *El Mosaico*, especialmente el dominio de la gramática y del latín, además de la forma de vestir, de hablar, de comportarse, la posesión de títulos profesionales, la publicación de artículos de periódico y de libros, la redacción de textos escolares (de historia, gramática, geografía o idiomas), constitucionales, de educación religiosa, cívica y moral²⁸, constituían en su conjunto formas de acumulación combinada

²⁷ He aquí algunos ejemplos de la historia producida por los mosaicos para la Biblioteca Ejemplar: Ortografía castellana (J.J. Marroquín), *Historia de la Compañía de Jesús* (J.J. Borda); *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* (J.M. Groot); *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada* (J.M. Samper), *Estudio sobre el utilitarismo*, *Gramática latina* (en colaboración con Rufino José Cuervo), *Obras de Virgilio* (tres tomos), *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* (M.A. Caro).

²⁸ Véase a continuación someramente el catálogo de los productos de esta ciudad letrada congregada por *El Mosaico*. José Manuel Marroquín escribió un famoso tratado de ortografía, además de haber sido cofundador de la Academia Colombiana de la Lengua; José Joaquín Borda escribió una *Historia de la Compañía de Jesús*; José Manuel Groot redactó la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*; José María Samper, a quien se le han inventariado 520 obras, escribió los *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada* (1853) y el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas colombianas (Hispanoamericanas)* (1861); Rafael Núñez, presidente varias veces, redactó con Miguel Antonio Caro (también Presidente) la Constitución de 1886, que habría de regir al país hasta 1991; Caro, cuya obra completa consta hasta la fecha de once tomos, realizó con Rufino José Cuervo los estudios de filología, gramática y lingüística más importantes del siglo en Colombia; Manuel Ancizar, como miembro de la Comisión Corográfica, colaboró en el levantamiento del primer mapa completo de la república, y escribió *Peregrinación de Alpha*, uno de los principales relatos sociológicos de la época;

de capital (social, cultural o burocrático) que les permitían invertir sus creencias con muchas mayores opciones de ganancia en el intercambio de los bienes simbólicos²⁹.

Cuando Díaz llegó a Bogotá con el manuscrito de *Manuela*, justo se iniciaba el periodo en que la ciudad letrada había comenzado a ser dominada por la élite de tendencia conservadora. Sintomático de este dominio fue el capital simbólico acumulado que empezaron a explotar los gramáticos mediante la producción y reproducción de gramáticas. Los letrados, por su parte, en consonancia con los gramáticos, iniciaron la practicar de una literatura que suprimía sistemáticamente las variantes regionales, huellas y rasgos de oralidad del discurso literario. El predominio de esta política cultural conservadora, purista y cristiana, reinaría sin rival hasta 1930, y el éxito de su normatización del lenguaje y de la cultura fueron tales que todavía subsiste el predominio de la Iglesia católica así como el complejo nacional de que el español hablado en Colombia es “el más puro de América”.

Salvador Camacho Roldán fue el principal sociólogo colombiano del siglo XIX; Aníbal Galindo escribió uno de los más importantes estudios económicos del siglo; Soledad Acosta de Samper fue la escritora más prolífica e importante del siglo colombiano; Ezequiel Uricochea, uno de los principales científicos y lingüistas del siglo, publicó en 1871 la *Gramática, vocabulario, catecismo y confesionario de la Lengua chibcha*.

²⁹ Para no mencionar la posesión mucho más obvia de capital económico que servía de soporte a la educación o al posicionamiento en sectores sociales de privilegio. Los Samper, por ejemplo, (José María y Miguel) tuvieron éxito como abogados y como comerciantes de tabaco; los hermanos Cuervo (Ángel y José Rufino) fueron industriales de éxito al fundar la cervecería más importante del país, cuyas ganancias les permitió retirarse de por vida a escribir en París. Al mismo tiempo, Miguel Samper fue el teórico del liberalismo económico más sólido de la época; José María escribió el ensayo de reflexión más sistemático y completo sobre la filosofía del liberalismo radical del medio siglo; José Rufino, como ya se ha dicho, fue el gramático más importante que ha dado Colombia, y ya en su época era reconocido como una autoridad mundial. Por otro lado, los Caro siempre fueron pobres, pero eso no impidió que Miguel Antonio fuera presidente y vicepresidente.

Una ciudad letrada de estas características, cerrada, purista y conservadora, tenía que ser necesariamente refractaria a la política cultural implícita en *Manuela*, novela que, como se verá en el capítulo siguiente, critica insistentemente las prácticas elitistas, mientras reivindica el derecho de los sectores populares a ser incluidos en el proyecto de Estado-nación, al tiempo que defiende apasionadamente la identidad y la riqueza del lenguaje oral y la cultura popular, reivindicando su derecho a existir y a diferir de la ciudad letrada. Por eso, el eufemismo con que Vergara califica de incorrecto el uso que Díaz hiciera del lenguaje literario se entiende mejor a un nivel macroscópico cuando se consideran las palabras de quien fuera su correlato mayor, el máximo juez de la forma y el buen decir de su tiempo, el colombiano Rufino José Cuervo.

Cuervo, que era el gramático de mayor reputación local e internacional, decía en el prólogo a sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*:

Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, por medio de la palabra o de la escritura, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido: de ahí el empeño con que se recomienda el estudio de la gramática (1939[1867-72]).

Se infiere de esta afirmación que la relación entre hablar bien y mal, entre el lenguaje culto y el chabacano, se correspondían, según Cuervo, con el nivel de las clases sociales, del mismo modo que la fortuna social se pertenecía con la natural.

En este punto, Cuervo comprueba el argumento de Bourdieu, de que los gramáticos tienden a consagrar un uso particular de la lengua, el de los sectores dominantes, “fijando una lengua censurada y depurada de todos los usos populares”

(1985:17-39)³⁰. Afirmaba, también, en otro lugar del mismo “Prólogo”, que la gente culta y bien nacida de las clases elevadas estaba destinada por sus altas dotes a mejorar el lenguaje chabacano de las clases populares³¹. Puede notarse aquí el eufemismo con el que se refiere a las distintas formas de capital acumuladas por los sectores dominantes bajo el criterio de “altas dotes”.

Es bajo la influencia de este marco mental conservador, cuyo monopolio del campo cultural se ejercía principalmente a través de *El Mosaico*, que Vergara pide a los lectores de *Manuela* indulgencia con las incorrecciones del lenguaje cometidas por Díaz. Éstas se explican, dice Vergara a sus lectores, al reparar en el origen social humilde y en la escasa cultura escolar y literaria del autor³². Hombre de mejor cultura, clase, y dotes, Vergara se siente con el derecho y la autoridad de pedir y esperar que el humilde escritor campechano “limpiara” de su lenguaje literario los giros, voces y registros populares en

³⁰ “Estos gramáticos”, afirma Bourdieu,

. . . que pueden encontrar aliados entre los escritores institucionalizados en las academias, y que se atribuyen el poder de erigir normas e imponerlas, tienden a consagrar y a codificar, «razonándolo» y racionalizándolo, un uso particular de la lengua; así, contribuyen a determinar el valor que los productos lingüísticos de los diferentes utilizadores de la lengua pueden recibir en los diferentes mercados –y en particular los más directamente sometidos a su control directo o indirecto, como el mercado escolar–, *delimitando* el universo de las pronunciaciones, de las palabras o de los giros aceptables, y, especialmente, de los más recientes (1985:17-39).

³¹ Cuando decía que

En Bogotá, como en todas partes, hay personas que hablan bien y personas que hablan mal, y en Bogotá, como en todas partes, se necesitan y se escriben libros que, condenando los abusos, vinculen el lenguaje culto entre las clases elevadas, y mejoren el chabacano de aquellos que, por la atmósfera en que han vivido, no saben otro ((1939[1867-72] “Prólogo”).

³² “. . . i ahora que ya escrito la rápida noticia que antecede”, dice, esto es, sobre los rasgos generales de una vida humilde de campesino, “¿quién se atrevería a inculparle el poco culto que dé a la diosa de este siglo literario, a la Forma?” (“Prólogo” 1858).

la medida en que sometiera su pluma a la “benigna influencia” de la ciudad letrada bogotana:

La sociedad que cultiva en Bogotá hace esperar ésto: ligado íntimamente con los muy estimables escritores Carrasquilla y Borda, estimado por nuestros literatos renombrados los señores Ortiz, y animado sin cesar por la obligante y bondadosa cortesía con que el señor J. Arboleda lo distingue, el señor Díaz irá bien lejos (“Prólogo” 1958).

La violencia simbólica del letrado de la élite asume aquí los eufemismos de una figura magistral y paternal. Este maquillaje de la violencia es el que caracteriza las relaciones privadas y públicas en *María*, la ficción que satisfizo pronta y plenamente el imaginario conservador, autoritario y patriarcal, de la ciudad letrada afincada en Bogotá.

En “El Paraíso” donde viven y aman Efraín y María, el dueño de la tierra y de los cuerpos esclavizados, gobierna como padre y patrón con un cariño irreprochable. De un modo irónicamente similar, la ciudad letrada que gobernaba el paraíso de la cultura nacional contaba con miembros muy semejantes social y económicamente al padre de Efraín, como Julio Arboleda. También gran terrateniente esclavista del Cauca³³, nadie mejor que Arboleda podía representar frente a Díaz el hablar y el escribir de la gente culta y bien nacida, característico de aquella sociedad de rasgos seudofeudales, que, como el alter-ego de Jorge Isaacs, ansiaba perpetuarse en el paraíso de sus privilegios. Directo heredero de la más rancia aristocracia criolla colombiana, la de Popayán, y uno de los peores enemigos políticos y militares de las Sociedades Democráticas del Valle del Cauca, nadie mejor que Arboleda para impedir que el subalterno, cuya ingreso al Estado

³³ El Estado de El Gran Cauca estaba formado entonces por lo que son hoy los departamentos de El Valle del Cauca y Cauca.

estaba impidiendo con las armas, entrara con *Manuela* por la puerta de la literatura nacional a contaminar de democracia la ciudad letrada.

Por ello, tanto para Cuervo como para Vergara, hablar de la diferencia de estilos, de un lenguaje correcto frente a uno incorrecto, implica hacer referencia a las diferencias sociales eufemizadas bajo la cuestión del buen o mal gusto³⁴. El estilo culto, altamente formal, de la gente bien nacida (su modo de hablar, de escribir, de comportarse, su saber) expresa, reproduce y legitima de manera concentrada la distribución desigual de las distintas formas de capital (económico, cultural, lingüístico, pedagógico, burocrático, etc.)³⁵. El mismo Vergara lo reconoce casi de manera expresa cuando el “Prólogo a los lectores” les pide que perdonen el lenguaje incorrecto del autor de *Manuela* teniendo en cuenta su falta de recursos sociales y económicos.

C. Las características de la novela.

Cuando Vergara desautoriza el lenguaje oral empleado por Díaz en *Manuela*, está queriendo reprimir en el espacio simbólico de la literatura la representación vigorosa y

³⁴ Tal como decía Pierre Bourdieu en *¿Qué significa hablar?* (1985), “. . . la estructura del espacio de los estilos expresivos reproduce en su orden la estructura de las diferencias que objetivamente separan las condiciones de existencia” (17-39).

³⁵ Observaba Bourdieu que

hay que distinguir el capital necesario para la simple producción de un habla *corriente* más o menos legítima y el capital de instrumentos de expresión (que suponen la apropiación de los recursos depositados objetivamente en las bibliotecas, los libros, y en especial los «clásicos», las gramáticas y los diccionarios) necesario para la producción de un discurso escrito digno de ser *publicado*, es decir, oficializado. Esta producción de instrumentos de producción tales como las figuras gramaticales y de pensamiento, los géneros, las maneras o los estilos legítimos y, más generalmente, todos aquellos discursos destinados a «crear autoridad» y a ser citados como ejemplo del «buen uso», confieren a quien lo ejerce un poder sobre la lengua y, a través de él, sobre los simples utilizadores de la lengua y sobre su capital (1985:17-39).

positiva del sujeto subalterno en la literatura del escritor. De un modo homologa a como los letrados conservadores del *Ariete* o *La Civilización* estaban empeñados en frenar la presencia y la agencia popular en el campo político, el principal agente de *El Mosaico* repele bajo el eufemismo de un gusto sin formación, de desmaño formal, el ingreso metonímico del pueblo a la República de las letras. Difícilmente habría de aceptar la ciudad letrada una novela en donde las huellas de la oralidad popular se habían colado a través del costumbrismo en boga, ya no para mostrar al otro interior de la élite como algo exótico o folclórico, sino para hacer una cartografía social de la nación; no podía consagrar una novela que sacrificaba a su diosa del siglo, la forma, para privilegiar la oralidad de los sectores subalternos, reivindicar a la nación no letrada, menospreciada por la ciudad letrada y el Estado, mientras armaba un romance que le daba contenido a sus reclamos de igualdad, justicia e inclusión en el Estado-nación. ¿Qué ingrediente corrosivo presentaba la oralidad de *Manuela* que la hizo altamente inapropiada para la ciudad letrada al punto de impedir con eufemismos estéticos su publicación definitiva y su consagración canónica?

Para responder a esta pregunta es importante recordar que el costumbrismo fue el género que primó en la época, y sobre todo en Colombia. Este género se caracterizó, en parte, por intentar captar las formas de habla regionales. En ello *Manuela* no ofrece novedad, y la crítica oficial siempre ha considerado a Díaz como uno de los máximos exponentes del costumbrismo nacional. De este género se sirvieron la mayoría de los letrados del siglo para hacer una cartografía entre exotista y folclórica de lo nacional, mostrando el atraso de los villorrios y la población rural como resultado de la ausencia de la mano civilizadora del Estado y de sus amanuenses, los letrados.

El problema de los mosaicos con *Manuela* era que su oralidad estaba inscrita en la novela de forma polifónica, en el sentido en que lo conceptualiza Mijaíl Bajtín (1986, 1989). En su estudio sobre la poética de Dostoievski, Bajtín contrapone la novela polifónica, como la de Dostoievski, a la novela monológica, como la de Tolstoi. Bajtín habla de polifonía, cuando el texto se construye en un diálogo interactivo de múltiples conciencias y matices lingüísticos, heteroglosia, en contraste con aquel otro tipo de narración, monológico, que tiende a subsumir, disolver en una consciencia y un discurso dominante las otras conciencias y registros lingüísticos. Mientras Tolstoi confina la subjetividad de sus personajes en su propia visión del mundo, Dostoievski, con una actitud dialógica plasmada en el propio estilo de su escritura, abre el entramado del texto para que puedan “escucharse”, por decirlo así, la pluralidad de las voces y conciencias, sin que ninguna sea subalterna ni objeto de dominación moral o intelectual de las otras. Así que en la novela polifónica, las pluralidades chocan, dialogan, discrepan, o se ponen de acuerdo, pero sin devorarse unas a otras. Por esta razón, cada personaje conserva su heteroglosia en el marco de la representación, es decir, su subjetividad, sus ideas, su punto de vista del mundo, según su condición social, personalidad y experiencia sin estar atado necesariamente a los criterios estéticos y axiológicos del propio autor.

Precisamente, la presencia de lo oral en *Manuela* debe su corrosivo vigor al hecho de que abre el espacio literario, monológico, de la república de las letras, a una perspectiva contrahegemónica y popular, permitiendo que haya diálogo, acuerdo y desacuerdo entre personajes representantes de la élite y personajes representantes de los subalternos, entre letrados e iletrados, hombres y mujeres, ricos y pobres, tendiendo a respetar la pluralidad de las voces, conciencias, puntos de vista y registros lingüísticos.

Deja así escuchar, sobre todo, las pequeñas voces que la ciudad letrada solía silenciar, marginar o hacer objeto del punto de vista dominante de los letrados civilizadores.

Esta voluntad dialógica es un tema que se escenifica explícitamente en los capítulos XV, “Junta de notables”, y XXIX, “El Archivo de don Tadeo”. En “Junta de notables” el narrador observa que se han dado cita todas las tendencias de la Nueva Granada, lo que efectivamente se corrobora con la posición que defienden los diversos personajes allí presentes a quienes el narrador les concede el discurso directo. En “El Archivo de don Tadeo” se encuentran una serie de cartas que, según el narrador, representan las opiniones de todas las tendencias políticas de Nueva Granada. El narrador incluye en la historia fragmentos de cada una para ilustrar al lector sobre esos distintos puntos de vista. Estos capítulos constituyen índices de que el novelista ambicionaba escribir una novela que recopilase, como en un gran capítulo, los problemas históricos de consolidación del Estado-nación. En este sentido, puede leerse a *Manuela* como una suerte de novela- archivo sobre las dificultades y desencuentros afrontados durante el proceso de consolidación del Estado nación, entre la nación oral, campesina, subalterna y el proyecto de la modernidad colonial del Estado adelantado por la ciudad letrada, patriarcal, elitista y eurocentrista.

Ya había sugerido parcialmente Raymond L. Williams la tesis de que *Manuela* era una novela-archivo, en el sentido conceptualizado por Julio Ramos. Además, desde temprano se la consideró una novela de gran valor social e histórico por los críticos del siglo XIX como José María Vergara y Salvador Camacho Roldán; en el siglo pasado, importantes historiadores (Germán Colmenares) y economistas (Salomón Kalmanovitz) especializados en el siglo XIX, hurgaron en ella para corroborar sus análisis de aquel

periodo. Aunque el tema de *Manuela* como archivo será desarrollado en la conclusión de la presente disertación, valga indicarse en este punto, pero a un nivel muy general, que *Manuela* como “archivo de la nación” incluye una cantidad muy completa de aspectos sintomáticos del déficit del Estado- nación y de los problemas que enfrentaba en el proceso de su consolidación: la escasez de caminos y el freno que la oligarquía local imponía a la iniciativa de producción y comercio de la agricultura de los campesinos arrendatarios (61;VIII); ausencia de escuelas y educación pública en las provincias (62;VIII); ausencia de medios de comunicación (17; II); no tener el monopolio de la violencia (65; VIII; 83; X; 115; XIII; 170-1; XVIII) y suplantación del Estado por quienes detentaban el poder local (293; XXVIII); corrupción y comercio del voto (185-7; XIX:); insuficiencia y penuria de recursos económicos no sólo del Estado sino también de la sociedad civil (308; XXIX); desconocimiento o rechazo del Estado, que hacía presencia entre los campesinos pobres e iletrados, el grueso de la nación, más que nada para cobrarles impuestos y para reclutarlos a la fuerza (84; X; 123-4; XIII;170-1; XVIII); y en cuanto a la modernización, la iniciativa era poca o era nula, mostrando que lo común solía ser la renuencia de las élites locales a fundar empresas cuando no a mejorar en algo la anacrónica tecnología local, concentrándose inadecuadamente en engrosar las filas de la ciudad letrada (108-9; XII).

En todo caso, la inclusión dialógica de lo oral en esta novela- archivo es una voluntad comprensible en quien por los accidentes de la vida recorriera, no sin replantear su identidad, el camino de la riqueza a la pobreza, de la ciudad letrada al campo abonado por la ágil oralidad de los jornaleros/as, aparceros/as de tierra caliente. Esta deriva la

enunció Díaz de un modo más o menos consciente cuando en su artículo “Mi pluma”, escribió:

Mi pluma en la escuela fue de *castilla*, de ganso en la sabana, de pava y guacamaya en tierra caliente, de guala en los trapiches, y, por un capricho de la suerte, fue del reino mineral en Ambalema, y del vegetal en un establecimiento de pastales en que la usé de un cañón de pasto de guinea” (*Obras Completas II*: 356).

A estos motivos personales de inclusión dialógica de la visión y la historia de los sectores sociales más humildes y olvidados, se debe añadir el hecho de que Díaz tuvo como modelo principal a *Don Quijote de la Mancha* (Menton 1978)³⁶. La novela de Cervantes fue justamente una de las que más extensa y repetidamente utilizó Bajtín para ejemplificar el surgimiento de la novela polifónica.

La similitud entre ambas novelas es fácil de identificar. Como en el *Quijote*, el eje central de *Manuela* es también el diálogo entre personajes que además de encarnar a los desiguales habitantes de la nación (pobres y ricos, letrados e iletrados, campesinos y habitantes urbanos) expresan perspectivas disímiles y antagónicas sobre los problemas de consolidación nacional. Gracias a esta característica, la novela es prácticamente un diálogo entre la cultura letrada/nacional/eurocentrista y la cultura oral/popular/regional (Ortiz 2002). A lo largo de este diálogo, el discurso de la modernidad colonial predicado por las élites nacionales se encuentra en contrapunto con la negación, la resistencia, el desacuerdo e incluso el odio de los pobres del campo, que a mediados del XIX eran la

³⁶ Un pasaje de *Manuela* que prueba de manera muy clara la influencia de Cervantes es aquel en donde Demóstenes arremete contra los cuadros locales en “La Octava de Corpus” como Don Quijote en la representación de maese Pedro; también, las equivocaciones de Demóstenes que, cegado por la cultura de la ciudad letrada, toma por álbum de poesías la libreta de anotar las cuentas de una hacienda campesina; los diálogos donde hay malentendidos, al modo de Alonso Quijano y Sancho, entre Demóstenes y su criado, escudero, José Fitatá; finalmente, de modo similar a la escena en que don Quijote interrumpe a los galeotes encadenados para preguntarles por qué los llevaban presos, así Demóstenes interpela a los pobres para preguntarles la razón por la que los llevan encadenados como reclutas “voluntarios” para el ejército; etc.

mayoría de la población nacional. En su conjunto, esta polifonía tiende a desestabilizar, invalidar, deslegitimar y neutralizar la voz monológica del Estado, del discurso oficial.

Gracias a esta desestabilización, los discursos de los sectores dominantes, que argumentaron a favor una hegemonía cristiana conservadora o liberal laica, tienden a no convencer ni imponerse sobre los personajes sometidos de la historia, como fuera usual en la gran mayoría de las novelas decimonónicas. En sus versiones más típicas, éstas adoptaban generalmente una actitud monológica al relatar el viaje de difusión civilizatorio del blanco letrado de la capital al interior del país, a las zonas de frontera, cuando no el viaje civilizatorio del indio, del negro o del mestizo hacia centro nacional (Bogotá, Lima, Buenos Aires, Santiago) o del blanco a los centros internacionales (París, Londres, New York). Cualesquiera fuera la versión, el punto de vista del narrador, la gramática del lenguaje en consonancia con la acción, el discurso y los personajes de estas novelas, tendían a validar monológicamente en el receptor del mensaje los argumentos de la razón moderna colonial. En novelas como *María*, el discurso monológico al nivel de la narración, de la historia y del relato construye la diferencia y la identidad de tal forma que, para el lector a quien está dirigido este discurso formativo, la dominación es percibida tan legítima, bella e ideal como la naturaleza que la rodea.

En principio, el carácter monológico de *María* está anticipado por su estructura. El personaje protagonista, Efraín, hijo y heredero del amo de la hacienda esclavista, es también el narrador principal. La novela está diseñada para contarnos la historia del amo de la hacienda esclavista desde el punto de vista del amo. Por esa razón, los significantes de su gobierno y hacienda son organizados en una versión ideal, embellecedora, amada y amable. La historia de la hacienda esclavista se cuenta sobre todo para convencer al

lector de que esa es una comunidad altamente civilizada, un orden ideal de civilización. Ese es el efecto que busca el relato detallado, exhaustivo, de los hábitos, formas de vestir, de las prácticas económicas y privadas, de la forma de ser y del orden que reina en la familia de la gran hacienda esclavista.

Como efecto del contubernio entre narrador y protagonista, la autoridad del amo, que detenta y representa todo el poder en la historia, el padre del narrador, es indiscutible, pero no por ser violenta sino por ser razonable, bella, paternal, sabia. Isaac lo representa acumulando un capital simbólico tan grande que incluso los perjuicios que causa a los miembros de su familia son agradecidos como bondades de “papá” (Sommer 1991). Ese es el efecto de lo que es dicho. Del mismo modo que en la descripción de la naturaleza el narrador recolecta significantes bellos para formar un paisaje paradisiaco del Valle del Cauca, el relato del paisaje humano y social elaborado por el narrador presenta al amo explotando bella e idealmente la plusvalía de los cuerpos y de las voluntades del resto de los personajes de la historia (familiares, esclavos, jornaleros, colonos, arrendatarios, vecinos). En el mundo orgánico de *María*, familia, propiedad y tradición están cementadas como el paisaje por una aureola de belleza, virtud, castidad, armonía e inocencia que impone sobre el lector, católico o no, un sentimiento de partido por la legitimidad y permanencia de la gran hacienda esclavista. Esto es así gracias a que la representación de ese mundo está localizada, monológicamente, en la posición singular del amo.

Pero el exceso de belleza e idealidad con que está pintado el paisaje natural, humano y social en *María* es, sin duda, sintomático de un grado alto de ansiedad. Su autor, heredero de la hacienda esclavista arruinada por las reformas liberales, al crear un

romance en donde el amo gobierna su hacienda sin enfrentar ningún tipo de problema social con sus esclavos, se negaba fantasmáticamente a consentir la realidad del mundo paradisiaco abolido desde hacía un cuarto de siglo. En este sentido, *María* responde sublimatoriamente a la fantasía del escritor. Cuando la estaba escribiendo, Isaacs ya había perdido su hacienda, y trabajaba como Inspector del camino de Cali a Buenaventura, una zona selvática del trópico supremamente inhóspita para la vida humana. En ese espacio tan contrario al paraíso de su hacienda ficticia, Isaacs intenta darle sentido a esa pérdida, sublimarla, mediante la literatura, que lo retrotrae del presente como una fantasía diurna. Para que “El Paraíso”, de la literatura, existiera, tenía que denegar la historia, tanto personal como nacional, donde social, económica y políticamente, todo iba tan mal.

Al nivel de la historia nacional, por ejemplo, el sur de Colombia, entonces Nueva Granada, había sido una de las regiones más afectadas no sólo por la abolición de la esclavitud sino también por la inestabilidad social producida a raíz de la negociación entre la élite liberal y los sectores populares, que se apropiaron de sus ideas y capitalizaron el *momentum* de apertura democrática. El movimiento liberal popular de las Democráticas en el Valle tuvo un grado de violencia racial sin parangón a nivel nacional.

En la medida en que la élite liberal negoció el apoyo de grandes sectores subalternos a cambio de la promesa de derogar la esclavitud, la cárcel por deudas así como la abolición al estanco del tabaco y del aguardiente (prácticas económicas informales de las que sobrevivía la población más pobre), se generó una demanda cada vez mayor al Estado que terminó en brotes de insurgencia de esclavos, manumisos y pobres de Cali y Buenaventura. En intermitentes pero significativos brotes de violencia, la población negra de Cali había flagelado a sus amos con los mismos fuetes que éstos

solían hacerlo, había roto las cercas de las propiedades, echado abajo algunas casas de las grandes haciendas, y en un acto altamente representativo del estilo de la insurgencia popular y había aterrorizado a la ciudad azotando las calles a altas horas de la noche para que el amo de cada casa pensara que estaban azotando al amo de la casa vecina (Pacheco 1992). Los desórdenes del Valle se instalarían fantasmáticamente, en el sentido del temor, en el imaginario de la ciudad letrada hasta convertirse a lo largo del siglo en punto de referencia común cada vez que sus miembros querían recordarse unos a otros los peligros a que podían dar lugar los coqueteos democráticos con el pueblo.

Una de las funciones de la fantasía del fantasma, como se recordara, es la de llenar la distancia o abismo entre el deseo y la realidad, de satisfacer ilusoria o alucinatoriamente el placer por el objeto perdido. El lector decimonónico de *María*, a cuya fantasía apela el romance conservador, aquejado por los múltiples problemas de su historia contemporánea (guerra civil, pobreza, inestabilidad social, política, racial), no pudo evitar dejar llevarse por la idea de vivir en aquel orden por fuera de la historia, donde “El Paraíso” se disfruta en la tierra cuando se hereda la concentración de todas las formas de capital. Ésto permite entender en parte la impresionante recepción inmediata de que fue objeto la novela por parte de la ciudad letrada colombiana³⁷. Al contrario de lo que estaba sucediendo en el realismo de la historia, en un acto típico de denegación psicológica, en *María* no existe ni un disgusto, ni una contradicción ni interpelación por parte de los personajes subalternos hacia sus dominadores, cuyo servicio día a día permite a los hombres de El Paraíso amar a mujeres con manos aristocráticas, cazar, rezar,

³⁷ Este aspecto permitiría entender, por ejemplo, al menos en parte, la enorme acogida que tuvo *María* entre las élites de Hispanoamérica, atrapadas de modo similar, guardadas las diferencias, en la pesadilla de una historia de desencuentro entre el proyecto global de la modernidad colonial y la resistencia e insurgencia de los pueblos locales a ese proyecto.

disfrutar del lujo, las costumbres y las novelas europeas, e incluso viajar a los grandes centros metropolitanos con el fin de importar capital cultural.

Consustancia con el canto a la riqueza de los señores que exalta la historia, Isaacs reproduce simbólicamente el sueño de las acumulaciones al condensar en Efraín, la voz narrativa y el rol de principal protagonista. Equipado, como por naturaleza, con los privilegios monológicos que le ha concedido su creador, Efraín describe a su familia y a sí mismo como entidades que moral, física, cultural y económicamente son superiores hasta para su propio grupo social, como Emigdio, Carlos y sus respectivas familias. En el capítulo XIX, Efraín describe a Emigdio y a su hacienda. Nos muestra lo que ve: La hacienda descuidada y Emigdio y su padre como campechanos sucios, feos, faltos de educación y buenas maneras. Efraín, el señorito de la hacienda que se la pasa leyendo a Chateaubriand, oliendo rosas, cazando y enamorando a su prima, aunque lo menciona de pasada, omite resaltar positivamente el que Emigdio y su padre huelan mal y están sucios porque cuando él los visita están ocupados trabajando, haciendo prosperar su hacienda. Cosa que no se les ve hacer a los señores de El Paraíso, hacienda que, salvo el paisaje, es prácticamente a-histórica.

Efraín tampoco distingue positivamente la independencia de Emigdio cuando éste expresa su deseo de hacer prosperar relaciones sociales más abiertas. Emigdio, por ejemplo, le informa que está enamorado de una mujer del pueblo, “una pachanguita”, con la que se piensa casar. Pero Efraín, en cambio, que aceptaba cerradamente la jerarquía del mundo patriarcal, le pregunta sorprendido “¿Sin consentimiento de tu padre? ... Ya se ve, tú eres un hombre de barbas, y debes saber lo que haces” (34). Este momento es sintomático de una diferencia en cuanto a proyectos sociales al nivel de las élites, si se

tiene en cuenta que ambos personajes habían sido contemporáneos de la adolescencia cuando había estado estudiando en Bogotá.

El monologismo de Efraín narrador disimula muy bien la doble cara social de su mundo cuando en lugar de representar como diversidad los proyectos y prácticas de Emigdio, lo presenta al lector como un personaje de mal gusto, es decir, gusto campechano, así como de dudosa moral. Hipócritamente, llega, incluso, a criticar tangencialmente los maltratos de la esclavitud en la hacienda de Emigdio cuando observa que a un negrito se le había echado a perder una mano por un accidente que tuvo mientras molía la caña (31; XIX). Pero esas son cosas que pasan fuera de El Paraíso, a donde la historia no alcanza. Sin embargo como en toda representación deformada del otro, debe sospechar que debe haber algo más debajo de la falta de clase que Efraín capta en su vecino: Efraín narrador encuentra inapropiado a Emigdio porque está contaminado por formas de trabajo y sociabilidad menos aristocráticas, más avenidas con la modernidad: se ensucia la ropa trabajando y va a casarse con una muchacha de una clase social inferior.

Entre los capítulos XIX y el XXII el narrador presenta a Carlos y a su padre. Don Jerónimo no tiene buenas maneras, ya que habla, dice Efraín, como si estuviera al pie de un río y habla con la boca llena de comida (43; XXII, 47; XXII); en cuanto a Carlos, es vanidoso, fante y pretencioso; es mal estudiante, peor lector y tiene un conocimiento lamentable de idiomas y literatura, como lo demuestra al examinar la biblioteca de Efraín (46; XXII). No obstante, Emigdio le ha dicho a Efraín, y al lector, que Carlos, aunque vanidoso, es un muchacho muy trabajador; cuando Carlos le comenta a Efraín de los progresos que ha hecho, de las mejoras que planea realizar en su hacienda y de sus planes

de comercio, Efraín narrador le sugiere al lector que aquello no es más que una fantochada de quien ha ido a El Paraíso a pedir la mano de María. En conclusión, Efraín narrador incluye en la historia a sus pares sociales con un lente que los deforma y empequeñece en contraste con el incorrupto mundo de Efraín, su padre y El Paraíso, ideales de la hacienda esclavista. La historia cuya versión enmarca los defectos de aquellos resalta las virtudes de éste. Por rasgos como el anterior, *María* afirma monológicamente el mundo de la aristocracia, muy al contrario de una novela como *Manuela*, diseñada polifónicamente para afirmar una democracia de carácter popular.

El narrador describe a Manuela, la heroína de la historia, moral, física y culturalmente igual a sus amigas del pueblo. Mientras el narrador de *María* sigue la historia de Efraín, relator de su propia historia, a todas partes con el fin de exaltarle como modelo ejemplar del señor, el narrador de *Manuela* acompaña a Demóstenes, a los arrieros, a Manuela, a Dimas, en fin, se dispersa en la historia de los de abajo y los de arriba. Al contrario de Isaacs, Díaz deja tendenciosamente mal parados a quienes ocupan y representan los lugares de privilegio. Es, en pocas palabras, una novela mucho más democrática en este sentido.

Si se comparan las dos heroínas, esta tendencia también se mantiene. María no es una mujer, sino una niña, una menor de edad en términos de criterio y razón, un cuerpo-territorio virgen, entregado a la conquista de Efraín. Esta división absoluta del hombre activo y la mujer pasiva, está marcada por esa alegoría colonial de la que tanto disfrutaron los letrados del XIX, la del maestro y la alumna: Efraín le enseña a María, literatura, historia universal, gramática y geografía, las disciplinas más caras, junto con el derecho, a las élites nacionales. De estas lecciones, recalca, celebratoriamente, que

consideraba a María muy inteligente, porque las frases de sus lecciones “quedaban grabadas indeleblemente en su memoria” (18; XII).

Es tanto el sometimiento de María a la autoridad patriarcal que es incapaz de interpelar hasta con la mirada la palabra que le dirigen quienes se regocijan con su inocencia, candidez, recato y humillación. María no tiene la más mínima iniciativa de comunicación o interpelación (64; XXIX:). Cuando los señores de la casa le piden que hable, María suele no terminar el predicado de sus oraciones, las más de las veces balbucea, y lo único que atina a decir sin dificultad es un “sí, señor” o “no señor” (65; XXX); su voz es una suerte de monólogo que confirma la palabra de Efraín o de su padre. Su falta de agencia se corresponde con el rol que el orden patriarcal esperaba que las mujeres ocuparan en la casa. María actúa como una mujer-niña que se resigna y se humilla constantemente frente a Efraín. Para el narrador protagonista, y para el lector a quien pretende seducir con su historia de amo ideal, la resignación y la humillación que adopta María son causa de gran excitación, las cuales comunica a sus lectores bajo el eufemismo del amor y la adoración. Satisface en ella el ideal de poder amar y casarse con la esclava sin tener que cruzar fronteras sociales o raciales³⁸.

³⁸ El partido de *María* por la aristocracia *seudofeudal* y el de *Manuela* por la democracia popular también es evidente desde el punto de vista estilístico. El género que más lejos estuvo de la historia durante el siglo XIX en América fue el poético. Su tradicional preocupación por la métrica, por las figuras literarias, por los temas trascendentales, nobles, inocentes, no históricos, hizo de éste una práctica alejada del contenido histórico. Este fue más bien un asunto de la novela cuando aparecen en Hispanoamérica la novela histórica y los romances fundacionales. Precisamente, la novela de la época que más se acercó al género poético fue el romanticismo sentimental de Isaacs en *María*. Esa voluntad “poética” que inspira la concepción y la factura de *María* se revela a los lectores por una asociación hecha desde la novela misma. En el capítulo XIII, cuando María y Efraín terminan de leer *Atala*, de Chateaubriand, novela que sirvió de modelo principal a Isaacs para escribir *María*, Efraín narrador dice “El sol se había ocultado cuando con voz alterada leí las últimas páginas del poema”. Esta aspiración al modelo de la novela poema también explican en parte la acogida que, según la crítica oficial, tuvo celebratoriamente en toda Hispanoamérica. ¿Cual Hispanoamérica? ¿La india, la negra, la pobre? Su recepción general no sería difícil de explicar si se tiene

Díaz, en cambio, pone al revés todo el esquema patriarcal y aristocratizante de *María*, esforzándose por contar la historia sobre y desde el punto de vista no del amo sino del esclavo, éstos es, los campesinos, agregados y jornaleros que apenas hacen de bulto o completan folclóricamente el paisaje humano de El Paraíso. Lo hace narrando la historia de la hija del pueblo, Manuela, que en la ficción de la novela aprendió a leer aleccionada por sectores de la élite local hasta tomarse la confianza y el valor de recusarlos de modo similar a como había sucedido en el contiguo realismo de la historia entre los liberales populares de las Sociedades Democráticas, La Guardia Nacional y los periódicos, y la élite liberal radical. En la historia de la ficción es muy significativo que sea Manuela quien logra con su dulce lenguaje y sus argumentos transformar la visión que Demóstenes, el personaje que encarna al letrado de la capital³⁹, tenía sobre la provincia y la cultura popular.

Así, en más de una ocasión, el narrador subraya que “La voz de Manuela era dulce y sus frases tenían la fuerza y los adornos de locución de las hijas de los llanos del Magdalena, que expresan mejor una idea que los estudiantes de retórica de los colegios”

en cuenta concreta e históricamente quienes fueron sus consagrantes y consagradores. Es una fábula perfecta para satisfacer la ansiedad de las élites nacionales.

³⁹Le dice Demóstenes a Manuela,

Una feliz casualidad me hizo conocerte. Al principio me sedujeron tus encantos: llegué a pensar que dominaría tu débil voluntad porque te vi tolerante y cariñosa; pero el desengaño de mi orgullo ha seguido la más alta estimación hacia ti. Hoy te respeto como a una señora y vivo agradecido de tus beneficios y de tus consejos y avisos. Yo haré todo lo posible por librarte de los males que te afligen (XIV: 126).

Sin duda, es esta una inversión simbólica de las relaciones de poder, que repite de otra manera la inversión del orden de las cosas de Demóstenes hecha por Manuela al final del “Capítulo X”.

(68; IX). En este mismo sentido, repite en el capítulo XI que Marta, otra de las representantes del pueblo,

. . . sabía leer y aunque era más verbosa y locuaz que Manuela, no tenía la gracia de locución de ésta, que había adquirido por herencia y algún tanto por trato el estilo de las hijas de Llanogrande, que se expresaban por medio de imágenes y figuras rápidas y bellas, y con frases de una naturalidad y sencillez que les ha hecho gozar de bien merecida fama. Sin embargo, la conversación de Marta era entretenida y aún solicitada de los hacendados, de los forasteros y de los estancieros (94).

El mismo tipo de observación la reitera Díaz en *EL Caney del Totumo*, un cuento corto, cuando el narrador menciona a propósito de la hija de un cosechero,

Su voz era blanda y delicada, y su locución tal como la usa la mayor parte de las estancieras y lugareñas pobres de Llano-Grande y otros sitios del valle del Magdalena, que expresan en ocasiones el pensamiento con una frase o con una metáfora más feliz de lo que pudiera un estudiante de retórica de nuestros colegios” (*Obras Completas* II: 283-4).

Los fragmentos anteriores corroboran explícitamente que la enérgica presencia de lo oral en la literatura de Díaz no era necesariamente causa de insuficiencia estética⁴⁰, como tampoco la valoración de la cultura popular era un aspecto aleatorio, sino que más bien cumplían con un gesto de inclusión voluntaria, intencional, de las voces del subalterno.

La estructura del discurso novelesco recalca la intención anterior al afirmar el valor de lo oral popular en contraste con la narrativa de las élites letradas. Así, “La Forma”, diosa de la ciudad letrada, como escribiera con mayúscula Vergara en la primera página de *El Mosaico*, es deslegitimada metódicamente en *Manuela* a través de los malentendidos del hombre de letras, Demóstenes, que pretende leer la cultura local y

⁴⁰ Como ya lo observaba Baldomero Sanín Cano (104-5), pues en muchos otros textos Díaz asume rasgos lingüísticos, retóricos, característicos del gusto y los valores de la ciudad letrada conservadora.

hacerse entender del pueblo acudiendo a los eufemismos del estilo elegante, de la gente culta y bien nacida⁴¹. A causa de su alto grado de alienación en la cultura letrada, eurocentrista, Demóstenes choca, hace el ridículo y fracasa con los personajes locales. Sin duda, el mensaje de la novela, en este punto, es que la ciudad letrada no era apta para la consolidación del matrimonio entre el Estado y la Nación. Esta burla a la forma hacía de *Manuela* una novela inconveniente para las élites. También lo era, y todavía más, el contenido de la historia.

Considérese por ejemplo las ideas de José María Vergara. En “Mujeres, nación y escritura: no hablar ni dar de qué hablar”, Carolina Alzate analiza un texto de Vergara de 1868, “Consejos a una niña”. Este es un manual de buenas costumbres estampado por Vergara en el álbum de la recién bautizada Elvira Silva, la hermana del poeta José Asunción. A la niña que será una mujer, el patriarca la re-bautiza prescribiéndole cómo debería comportarse para llegar a ser una mujer ideal: que viviera en el hogar y lo mantuviera en paz con bendiciones y rezos, sometiera su voluntad irrestrictamente a la del hombre, padre o esposo; en caso de tener talento, lo escondiera; y finalmente, no leyera novelas, pues buenas o malas todas tendían a ser peligrosas (1931[1868]:125, 126,

⁴¹ Por ejemplo:

Don Demóstenes se bebió una totuma llena de un agua no muy buena, y exclamó con todo el fervor de un corazón agradecido:

— ¡Oh! ¡Rosa! Eres como una Egeria consolando a Numa.

— ¿Que le eche otra totuma? ¡¡Apare...!

— No, Rosa, mi sed está mitigada. Ahora conversemos alguna cosa. Mira, estoy curioso de saber por qué vino a colación un don Tadeo, cuando hablábamos de chiribicos (I 14).

129) (Citado por Alzate)⁴². Estos consejos, compartidos más o menos por la gran mayoría de los miembros de la ciudad letrada decimonónica⁴³, dejan traslucir una visión de la mujer harto distinta de la propuesta en *Manuela*.

Precisamente, hay un fragmento de la novela en que Díaz se burla directamente de este manual de buenas costumbres prescrito a la mujer de alto tono, como Elvira Silva, o como el que modela la ficticia heroína de Isaacs:

En la casa de don Alfonso, que era un verdadero convento, se criaban tres hermosas niñas, que fueron educadas según los usos del alto tono y con

⁴² Alzate menciona los siguientes significativos apartes del texto de consejos:

No alces nunca tus ojos sino para mirar al cielo. / Sé dócil a tus padres, en tal extremo, que ellos no tengan la pena de decirte con los labios lo que bastaría te dijese con los ojos. / Obedece siempre, para no dejar de reinar. Dios, tus padres, tu esposo serán tus únicos dueños; el mundo los llama algunas veces tiranos; la felicidad los llama guardianes (1931[1868]: 126).

En otros apartes, Vergara aconseja, “Si tienes talento, escóndelo. / No demuestres tu superioridad sino en la bondad del corazón. / No leas novelas, porque las buenas son peores que las malas y éstas no han perdonado ningún corazón (12); “Las mujeres que tienen miedo no tendrán nunca necesidad de valor” (129).

⁴³ Considérese otro ejemplo muy representativo de la estructura de pensamiento de aquellos agentes del campo literario en que se produjo la propuesta *sui generis* de *Manuela*. La Constitución de 1853, que fue una combinación de centro-federación, autorizó a las provincias a elaborar sus propias constituciones si así lo querían. La provincia de Vélez (en lo que es hoy el departamento de Santander) elaboró una constitución en 1853, en la que, inspirada por el liberalismo de la época, le concedía a las mujeres, por primera vez en Colombia, y en Hispanoamérica, el derecho al voto. Reaccionó a la concesión de este derecho Juan de Dios Restrepo, uno de los miembros menos conservadores de *El Mosaico*, diciendo:

Pero la mujer no necesita, para cumplir un bello y heroico destino, de derechos políticos, ni de esa emancipación e independencia quiméricas e imposibles, que en su favor reclaman los novadores modernos. Adherirse a los seres que sufren, sacrificarse por las personas que ama, llevar consuelo al lecho de los enfermos, inspiraciones de piedad y de virtud al corazón de sus hijos; aceptar de lleno sus graves y austeros deberes de esposa y de madre, ejercer la caridad y la beneficencia en medio de una sociedad materializada y egoísta; dar suavidad a las costumbres y poesía al hogar doméstico con el vago encanto que se desprende de su belleza, de la gracia y de la ternura, he aquí su misión humanitaria y civilizadora, su verdadero destino (*El Tiempo*, número 33, 14 de agosto, 1855).

Esto ofrece una idea, pues, del tipo de mentalidad que caracterizaba a los miembros de *El Mosaico* sobre los derechos de la mujer.

toda la modestia de unas vestales: llamábanse Celia, Felisa y Virginia. La madre que tuvo la dicha de conducir tales hermosuras al punto céntrico de la virtud, por en medio de los peligros de la sociedad, fue la señora Natalia Moreno, muy digna esposa de don Alfonso. El tema de su enseñanza era la piedad y el recato. Ella les recomendaba que se portasen con dignidad y para esto les tenía escrito de su propia mano un manual cuyos principales capítulos eran los contenidos en este catálogo:

- I. No exhibirse demasiado.
- II. No abusar de los privilegios de la coquetería.
- III. No dejarse tratar de sus apasionados, como ellos tratarían a las mujeres de mala nota.
- IV. No reírse sino de lo que es risible.
- V. No quererse distinguir demasiado por el lujo de los trajes (101; XII).

Díaz se mofa aquí de las mismas costumbres con las que Isaacs construye la mujer ideal, la casta y católica María, que aman Efraín, Vergara y que sería consagrada por la gran mayoría de la ciudad letrada como la heroína de la novela nacional. Modesta, recatada, piadosa, que se humilla como una esclava a recoger lo que Efraín arroja al piso (Sommer 1991), la María de Isaacs es el modelo perfecto de mujer que se quiere formar en la casa de don Alfonso así como en los hogares de alto tono de la historia. Es gracias a que sigue el manual de buenas costumbres al pie de la letra que Efraín la encuentra tan adorable, tan seductiva. Satisfacía a plenitud el ideario de la mujer, y de subalterno, que deseaban propagar, a través de la cultura, como el modelo nacional, los lectores de la ciudad letrada colombiana, que era en su gran mayoría de tendencia conservadora.

La crítica de Díaz al orden patriarcal, indiscutible en este fragmento, se aprecia mejor desde la perspectiva general de la novela. El escritor busca desestabilizar las costumbres prescritas a las mujeres de la alta sociedad contrastándolas negativamente con la libertad de las costumbres de las mujeres del pueblo, como Manuela. Dicha diferencia se aborda explícitamente en el capítulo IV, cuando Demóstenes encuentra a Manuela, por primera vez, lavando ropa en el río. En el diálogo que sostienen, contrasta la soltura y

agilidad del lenguaje oral de la campesina frente al lenguaje retórico y acartonado del congresista. Cuando termina de lavar la ropa, Manuela se refresca tomando un baño en el río:

Mientras que don Demóstenes acomodaba otra vez el retrato dentro de la cartera, se hundió Manuela de un brinco en el charco para salir en la otra orilla, botando un buche de agua, y golpeando las ondas cristalinas con sus manos preciosas.

— ¿Y usted no se baña? dijo a su huésped: está el agua muy sabrosa (31; IV).

Por supuesto que el congresista rechaza la proposición. El cuadro es fascinante, y se percibe que su inclusión en el marco de la narración tiene la clara intención de hacer notar, tanto a Demóstenes como a los lectores de la novela la soltura, la independencia y la libertad de las costumbres de la mujer del pueblo, que Manuela representa. En éste momento y lugar, como en tantos de la historia, Díaz arma con el representante del pueblo significantes metonímicos que reivindican, hasta el grado de la idealización, a los personajes y formas de vida que existen por fuera de la ciudad letrada, más allá del manual de buenas costumbres impuesto por la estructura patriarcal de los sectores privilegiados. Esta vindicación de lo popular se observa en el simple hecho de que los personajes subalternos de la historia tratan sin complejos coloniales al patriarca letrado.

Evidencia de la afirmación anterior es el precioso cuadro en el que Demóstenes se encuentra por primera vez con Manuela. El encuentro es literalmente hablando un “tropiezo”, y esta circunstancia es un indicio de los muchos traspiés que después, en más de un sentido, habrá de tener el letrado de la capital con la representante del pueblo. El

carácter y el significado de la escena del encuentro se complementan con el diálogo que sostienen después cuando caminan de vuelta rumbo a la casa:

Roció las piezas de ropa que dejaba enjabonadas, y cogiendo en la mano una gran totuma con el jabón y los peines, dijo a su huésped:

— ¿Nos vamos?

— ¿Juntos? le respondió él, con más contento que admiración, por cierto.

— ¿Y eso qué le hace...? Sola o acompañada nadie me ha comido hasta el presente.

— ¿Y lo que dirán en la parroquia de verte ir de los montes, con un cachaco?

— ¿Allá en su Bogotá no van acompañadas las niñas que vuelven del río de lavar o de bañarse?

— No, Manuela, ellas no van al río sino las peonas que llaman lavanderas.

— ¿Y las señoras no van a bañarse?

— Se bañan en sus paseos de familia, sin que al tiempo de estar en el pozo o río, se acerque hombre ninguno; otras se bañan en sus casas. Ni creas que una señorita salga sola sino hasta después de casada (32; IV).

Las costumbres de las señoras de Bogotá, a que hace mención Demóstenes, son las que señalaba la élite letrada patriarcal a las mujeres de “alto tono”, como los “Consejos a una niña”, prescritos por Vergara a Elvira Silva, o los idealizados en *María* por Jorge Isaacs. Pero dichas costumbres no son las que valora positivamente Díaz en el cuadro inaugural como tampoco lo serán en el conjunto de la novela.

El intercambio lingüístico entre Demóstenes y Manuela refuerza el sentido de la escena que da comienzo a la relación y que habrá de caracterizar el encuentro entre el representante de la ciudad letrada y el representante de la cultura oral popular. Es

Manuela, lavando, bañándose y hablando con natural y encantadora soltura, según su costumbre, quien seduce al letrado y sus lectores, y no éste con sus prendas elegantes de señorito de ciudad, su discurso altamente afectado por las formas del buen decir y las costumbres cultas y recargadas, quijotesicamente, de inapropiadas referencias literarias. Estos marcadores de distinción social, honrados tradicionalmente por los dominados y dominadores de la ciudad letrada, no seducen ni se imponen en esta periferia representada por los significantes del río, la montaña y la campesina entregada a sus labores y costumbres cotidianas. Es una escena inaugural porque tanto que el lenguaje de la muchacha (que el narrador no escatima en exaltar por su agilidad), como su comportamiento, habrán de seducir al letrado a todo lo largo de la novela hasta convencerlo (al igual que a los lectores) de que es él quien tiene que aprender a valorar la forma de ser y las ideas de la campesina para mejorar el Estado, y no viceversa.

Esta apropiación del género costumbrista se efectúa, además, para producir una ficción que denuncia repetida y enfáticamente los problemas y violaciones de que era víctima en el realismo de la historia el subalterno más débil, y por tanto el significativo supremo de la subalternidad en todas sus formas, la mujer pobre⁴⁴. Desde una propuesta abiertamente disímil a la sostenida por la élite mayoritariamente conservadora de la

⁴⁴ Prueba de ello es que Díaz enfatiza que las mujeres del pueblo son víctimas no sólo de los patrones sino también de los peones:

como — Comadre, dijo Manuela, es muy difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, y de los peones, y de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideración ninguna con la gente, al mismo tiempo que las crías de animales se cuidan para mejorarlas. ¡Pobres muchachas! ¡Se las echan a la peonada sin miramiento de salud, de religión, de conveniencia de ninguna clase; y todo por hacerse ricos los amos! Ellos ¿qué tienen con que se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma más de miel? ¡Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! (153; XVI)

ciudad letrada, de la que los “Consejos a una niña”, de Vergara, fueran su prototipo, y que tanto gustó de esa fábula sobre “todo tiempo pasado fue mejor”, que es *María*, las mujeres en *Manuela* reclaman contrariamente derechos que las protejan del sometimiento económico y sexual⁴⁵, además de ser sujetos independientes⁴⁶, que bailan⁴⁷, cantan, leen

⁴⁵ Por ejemplo:

Mientras que los señores trapicheros conversaban de esta suerte, las dos señoritas habían pasado a tratar del socialismo, cosa que les parecerá muy extraña a mis lectores.

— ¿Y cómo es eso? Juanita, preguntaba Clotilde a su amiga.

— Pues que hay una escuela que quiere que hagamos nuestro 20 de julio, y nos presentemos al mundo con nuestro gorro colorado, revestidas del goce de nuestras garantías políticas.

— Será que dicen.

— Que escriben... Desean que votemos, que seamos nombradas jurados y representantes, y todo eso.

— ¿Y para qué?

— Para elevarnos a nuestra dignidad, dicen.

— Conque respetaran nuestras garantías de mujeres, conque hubiera como en los Estados Unidos, una policía severa en favor de las jóvenes...

— ¿Cómo, niña?

— ¡Pues no ves que porque nos ven débiles y vergonzosas, y colocadas en posiciones difíciles nos tratan poco más o menos; y ahora ¡a las pobres!... eso da lástima. ¿Hay infamias por las que no hagan pasar a estas desdichadas arrendatarias, nada más que por ser mujeres pobres?... Por eso te digo, Juanita, que con que nos trataran con la dignidad debida a nuestro sexo, aunque no nos invistieran de los derechos políticos, no le hacía. ¿No has reparado cómo nos trata don Diego? ¿Y hasta el beato de don Eloy? (40; V).

A las voces femeninas de la novela que hablan de concederle derechos a la mujer se suma incluso la voz masculina; en el capítulo X, se le oye a Demóstenes exclamar: “Que se revistan ellas de sus derechos políticos y lo veremos” (78).

⁴⁶ Manuela por ejemplo, el símbolo de la hija del pueblo, se cuida sola, dice el narrador, como las hijas de los yanquis (95; XI); nunca da el brazo a torcer, dice de ella el cura (249; XXIV). Su rol actancial, pues, como modelo protagonista de una fábula construida en función de la fundación del Estado-nación conservador, elitista y patriarcal no es para nada constructivo ni ideal. Desestabiliza ese esquema.

⁴⁷ Bailan *Manuela* (73; IX) y *Marta* (74; XI).

novelas⁴⁸ y trabajan⁴⁹; son reconocidas y admiradas no sólo por su belleza sino también por sus enseñanzas y sabiduría⁵⁰. Algo más, y muy importante: A todo lo largo de la novela, las mujeres del pueblo, al igual que los hombres, ostentan un espíritu de bien vista igualdad democrática en cuanto discuten de política de igual a igual, refutan o critican los argumentos y critican las contradicciones e inconsecuencias patriarcales defendidos por los hombres de la ciudad letrada y de Estado, que tan simbólicamente representa el personaje Demóstenes⁵¹. Por esta razón tiene validez llegar a la conclusión de que esta fábula democrática, dialógica, contrahegemónica y popular, debió chocar de modo sutil pero contundente con el sistema de valores de la ciudad letrada de la época. Por ello debe afirmarse que el contenido de la novela, además de la forma, fue uno de los factores que, sin duda, jugó un papel importante en el proceso de desplazamiento de la novela hacia la periferia del canon, considerando que éste, en aquel momento, estaba colonizado por una ciudad letrada mayoritaria y preponderantemente ultra-conservadora.

⁴⁸ Leen novelas Marta (94; XI), Manuela, La Lámina (49; VI) y Clotilde (36; V).

⁴⁹ La gran mayoría, que son arrendatarias o estancieras pobres, trabajan (Manuela, Rosa, Pía, Patrocinio, entre otras) pero incluso lo hacen las ricas, como Clotilde que le administra la hacienda trapichera a su padre (35; V); La Lámina o La Comunista, que se sugiere es una mujer prostituida a causa de haber caído en la pobreza; dice el narrador que es muy trabajadora porque plancha, cocina, vende almuerzos los domingos, produce aguardiente de contrabando e incluso tiene una fábrica de fundir soldados, generales, coches y cruces de estaño (47-8; VI). La forma como el novelista cuenta su historia motiva en el lector no la sanción moral ni la condena sino su simpatía y su solidaridad por la mujer pobre, que llega a prostituirse impulsada por la necesidad. Es este otro de los muchos detalles en los que Díaz manifiesta a través de *Manuela* una visión muy distinta a los esquemas mentales de la ciudad letrada de su tiempo.

⁵⁰ Le dice Demóstenes a Manuela

... Una feliz casualidad me hizo conocerte. Al principio me sedujeron tus encantos: llegué a pensar que dominaría tu débil voluntad porque te vi tolerante y cariñosa; pero el desengaño de mi orgullo ha seguido la más alta estimación hacia ti. Hoy te respeto como a una señora y vivo agradecido de tus beneficios y de tus consejos y avisos (125; XIV).

⁵¹ Como hace Manuela con Demóstenes (269; XXVI).

Dada la evidencia anterior, es válido inferir que *Manuela* no debió gustarle a Vergara, como tampoco al resto de los mosaicos, porque es una novela que canibaliza el género en la medida en que construye una historia en donde el héroe es una mujer de abajo, del pueblo, no sometida ni seducida por padre, señor ni letrado alguno; una mujer cargada de valores positivos que van en contra del modelo patriarcal, conservador, prescrito en los manuales de comportamiento e idealizado literariamente por la élite en *María*.

En consecuencia, puede afirmarse que la novela, a pesar de la crítica al orden patriarcal, logró burlar la censura de la ciudad letrada en la etapa inicial de su recepción (como lo testimonia el prólogo de Vergara de 1858), probablemente gracias a su dominio del género y a los planteamientos aparentemente conservadores. Pero pronto, luego de que su autor se negara a “limpiar” de ella la presencia de la oralidad popular, alegando eufemísticamente que le daba pereza poner en limpio sus manuscritos, y una vez pasado el dulce efecto del costumbrismo, la forma y el contenido contrahegemónico y popular habrían de volverse insoportables. Ello explicaría su temprana marginación el canon mientras se consagraba, en su lugar, a *María*. La novela de Isaacs sí compensaría a cabalidad el imaginario patriarcal de la ciudad letrada, que giraba entonces en su totalidad hacia el polo conservador del campo político y literario a consecuencia las rebeliones subalternas propiciadas por el contexto de la revolución liberal del medio siglo, y que desde entonces habría de volverse refractario a cualquier coqueteo democrático en política como en literatura.

La gran mayoría de los miembros de *El Mosaico* compartían con Vergara el lema de “todo pasado fue mejor”. Incluso los patriarcas más liberales de la élite letrada, una

vez se hicieron con el motín del capital económico y se acomodaron en el poder, se volvieron conservadores, abierta o disimuladamente, al pasar a formar parte de una nueva clase terrateniente. Para todos estos privilegiados, que deseaban disfrutar en este mundo, como en el de la fantasía, de los bienes acumulados, nada podía ser más propicio para capturar el imaginario de su identidad que una novela como *María*. Vergara, tal vez, más que ningún otro de los mosaicos, compartiría plenamente la nostalgia del pasado expresada en el romanticismo tardío, como lo hizo Isaacs en *María*. Al igual que le sucedió a Isaacs con la hacienda Manuelita, Vergara perdió la finca-paraíso, Casablanca, donde vivió su infancia y adolescencia; y del mismo modo que Isaacs, el bogotano se pasó mucho tiempo intentando recuperar, en vano, esa propiedad (Mújica 27-8).

Por eso, el tono de nostalgia por el tiempo en que todo fue mejor presente en *María*, es consustancial con el origen social, la trayectoria, la ideología y psicología de quien pudo ser probablemente el agente con mayor dominio sobre el campo literario de la época. Logró esta posición porque tuvo el acierto de proponer un proyecto como el de el periódico, la tertulia y la editorial *El Mosaico*, que fue capaz de convocar a la mayoría de los letrados conservadores, que como él, compartían la esperanza de monopolizar el campo de la cultura, de encontrar un nicho en la esfera pública para desde allí defender el proyecto que en lo político habían derrotado los sectores liberales.

Díaz, en cambio, no lamenta en *Manuela* la pérdida del pasado porque nada tenía. Hombre destinado inicialmente a las letras, que por circunstancias de su vida pasó a vivir como un hombre de campo, se vio obligado a trabajar en las fincas para poder comer, a diferencia de los señoritos de la ciudad letrada agrupados en Bogotá y en el Cauca, que podían llevar una vida de ocio porque tenían las rentas o tierras heredadas).

Así, tuvo la oportunidad de experimentar en carne propia lo que era vivir inmerso en un presente de dificultades, en contacto con la gente pobre, poniendo sus expectativas en un modo de vida por mejorar antes que ensoñándose en un pasado que había sido mejor, pues simplemente no lo tuvo. Por eso no hay nostalgia en *Manuela*, sino expectativa por un cambio hacia porvenir, en el que mejore, en términos sociales, económicos y políticos, la suerte del jornalero, del trabajador del campo, que era de lo que estaba hecha la población nacional. Las élites no hicieron esos cambios y buscaron consolidar un Estado pensando en los pocos de arriba y no en la mayoría, en esos jornaleros que Díaz exalta en su obra.

En conclusión, las circunstancias del momento histórico en el que se escribe y al que apela y aspira a cambiar, era lo que hacía, y sigue haciendo, de *Manuela* una novela más apta para relatar los problemas históricos de fundación nacional. Ignorar aquellos problemas, no llevar a cabo las reformas que requería el bienestar de la población nacional, condenaría a la violencia y a la incertidumbre el proyecto de la consolidación nacional, como lo sugiere Díaz con el desenlace fatal de su historia, en el que matan a Manuela y la historia termina sin solución. Por ser la novela que relata fielmente los problemas históricos que enfrentó el proyecto de Estado nación, por haberse anticipado a predecir que si las élites ignoraban la solución estructural de esos problemas, si no se replanteaban el modelo jerárquico y exclusivista de Estado-nación que anhelaban fundar, habrían de condenar el proyecto fundacional al fracaso, como efectivamente sucedió.

Si el capítulo anterior analiza a *Manuela* en el contexto del fracaso de consolidación nacional, en el siguiente capítulo se examina la refracción de ese fracaso en su espacio literario.

CAPÍTULO IV

La representación de las distintas narrativas envueltas en la lucha por consolidar una hegemonía del Estado nacional durante la década de 1850

En este capítulo se considera el tipo de representación sobre la lucha por la consolidación nacional que se realiza en *Manuela*. Ésto se hace con el fin de apoyar la tesis de que el imaginario antielitista que la representación de la novela elabora un recuento inadecuado para el archivo de la historia oficial que letrados conservadores estaban delimitando. La observación la predisposición política de la novela, presente en la forma y el contenido que le da al contexto histórico, va a permitir identificar tres narrativas claramente diferenciadas, que se corresponden con los proyectos históricos de carácter hegemónico (el liberal), alternativo (el conservador) y contrahegemónico (el liberal popular) de la década de 1850. En este sentido, se busca en este apartado respaldar la tesis general mostrando que Díaz intentó apropiarse del costumbrismo tradicional para plantear las dificultades de la consolidación nacional según el punto de vista de los subalternos. Una lectura del texto y la historia en que participa como práctica cultural y política, permitirá comprobar que no obstante su vaguedad, su proyecto político, económico y cultural, esa historia en su representación se inclina del lado del imaginario de las sociedades democráticas.

Como lo advirtió en *Manuela* (1998[1867]) Eugenio Díaz Castro hace ya 150 años, la construcción del Estado-nación de Colombia ha de permanecer inconclusa en

tanto sigan sin ser transformados los factores que han impedido su ejecución. El proyecto nacional sigue siendo hoy como ayer débil porque las élites dirigentes se han empeñado en ignorar o denegar los factores profundos de inestabilidad y de la falta de legitimidad que las mantiene en el poder. Este impasse no le ha importado a las élites nacionales y locales, que han seguido siendo históricamente tan conservadoras, oligarcas y clientelistas como las del siglo XIX, y que definitivamente (se) han perpetuado (en) un gobierno de la nación sin hegemonía, gracias a tácticas tan centenarias como sanguinarias de corrupción, violencia y desinstitucionalización.

Se describe a continuación la forma como estos obstáculos fueron en *Manuela*. Observa a través de su análisis que el autor atribuyó los límites y el fracaso de este proyecto a las élites mismas, mientras sugería que el Estado nación debía fundarse de abajo hacia arriba, de la parroquia hacia la capital, de la provincia hacia el Congreso. Y concluye que fue precisamente esta propuesta contrahegemónica uno de los factores que más contribuyó al destino marginal de la novela en el canon colombiano.

Para probar este argumento, se identifica en la novela la presencia de una narrativa contrahegemónica alojada entre la narrativa de la modernidad colonial propuesta por los grupos dominantes. Estas narrativas se examinan a la luz de textos literarios y no literarios de la época, representativos de los proyectos dominantes y marginales involucrados en la lucha por el dominio hegemónico. Así, pretende demostrarse que *Manuela* es un espacio discursivo permeable a la narrativa contrahegemónica que frente a la modernidad colonial construyeron los sectores populares hacia mediados del siglo XIX en Colombia.

En la primera parte se analiza cómo son presentadas la narrativa liberal radical y la alternativa conservadora a través de los diálogos entre Demóstenes y el cura Jiménez; luego se las compara con aquellas pregonadas históricamente por los grupos privilegiados de la Nueva Granada. La segunda parte describe la presencia de una narrativa de carácter contrahegemónico, inscrita en la novela de forma dispersa, fragmentaria y contradictoria; asimismo, ésta se coteja con el discurso producido por las Sociedades Democráticas durante la década en que se sitúa la historia de la novela.

Por otro lado, el marco teórico general del presente capítulo está inspirado en la elaboración del concepto de “hegemonía” de Antonio Gramsci (1984) y Raymond Williams (1977). Para Gramsci, una clase dirigente puede ser dominante o hegemónica; es dominante si tiende a ejercer por fuerza el control político, social, económico y cultural de la sociedad; y es hegemónica si logra controlar y dirigir esa sociedad por medio de una práctica combinada de coerción y consenso, en la que los dominados acepten como válido, legal y natural ese dominio. Los matices teóricos de “hegemonía alternativa” y “contrahegemonía” fueron propuestos por Williams en *Marxismo y Literatura*. Allí señala que una hegemonía es siempre una forma activa de dominación, la cual debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada en cuanto es permanentemente resistida, limitada, alterada y desafiada por otras fuerzas sociales; por esta razón, formula el concepto de “hegemonía alternativa” para proyectos disidentes, reformistas o alternativos, que ofrecen permanentemente introducir matices, adaptaciones o incorporaciones a la hegemonía vigente o virtualmente dominante; y concibe por “contrahegemonía” proyectos no ya alternativos sino contrarios a la hegemonía dominante, que constantemente están cuestionando su validez y su legitimidad (134).

Otro criterio teórico importante para leer la presencia de la narrativa contrahegemónica empotrada en la novela ha sido el concepto de “alegoría” elaborado por Doris Sommer en *Foundational Fictions* (1991). En el capítulo “Love and country: An allegorical Speculation”, Sommer usa el concepto de alegoría para describir “...how one discourse consistently represents the other and invites a double reading of narrative events” (41), “... to mean a narrative structure in which one line is a trace of the other, in which each helps to write the other..” (42). Es pues una asociación metonímica la que hace deslizar un discurso hacia el otro, no una relación paralela.

Asimismo, no debe olvidarse la importante función de persuasión que en la consolidación de los estados nacionales le dieron los letrados hispanoamericanos del siglo XIX a la práctica estrictamente literaria, la mayoría de las novelas del siglo se armaron sobre una correspondencia entre la pasión romántica y la pasión política. Por sustitución y desplazamiento, como en los sueños analizados por Freud, estos letrados tendieron a traducir recíprocamente la ansiedad de sus temores y deseos políticos por unir el Estado y la Nación, a los del amor de la pareja ficticia (Sommer 46). De ahí que sea tan adecuado hacer permanentemente la lectura metonímica que va y vuelve de la narrativa de la historia a la narrativa de la ficción.

El marco conceptual anterior está justificado por la presencia de por lo menos tres narrativas caracterizadas y personificadas en *Manuela*, que tienen como referente las principales tendencias políticas de Colombia en la década de 1850: una narrativa hegemónica liberal⁵², dominante desde 1849; una narrativa de carácter alternativo y

⁵² Valga aclarar que cuando se dice que la narrativa hegemónica liberal era dominante no se está afirmando que los liberales ejercieran un dominio hegemónico; de hecho ningún grupo entonces ni ahora ha podido ejercerlo. El concepto de dominio sin hegemonía usado aquí se ha tomado de Ranajit Guha (1997).

conservador, residual, que había sido dominante durante la década de 1840; y una tercera de tipo contrahegemónico y popular, que emergió hacia 1848 y progresó hasta encontrar su punto más alto en el golpe de estado de 1854. Por ejemplo, si personajes como Demóstenes justifican un proyecto de consolidación radicalmente liberal, otros, como el cura Jiménez, proponen uno reformista, acorde con el modelo de una república cristiana, pero actores pobres y subordinados, como Manuela, Dímas o Melchora, aparecen negando, resistiendo, atacando y desestabilizando los modelos anteriores al tiempo que sugieren o propenden por una república inclusivista, igualitaria, de carácter popular.

Dado que que la novela se escribió durante la década de 1850 y su referente histórico es el año de 1856, el viaje de Demóstenes de la capital colombiana a la provincia vecina puede interpretarse como una alegoría del descubrimiento interior iniciado por las élites nacionales desde mediados del siglo⁵³. Expresión de este interés por conocer y cartografiar el país fueron la creación de la Comisión Corográfica, los relatos de viajes al interior hechos por los criollos locales, la producción de cuadros y novelas costumbristas, además de múltiples artículos de periódico y ensayos de reflexión sobre los factores sociales y geográficos que estorbaban la integración y la modernización del Estado-nación:

El sentido alegórico del viaje del congresista liberal se revalida al interior de la novela a través de los únicos proyectos que unificadamente emprenden Demóstenes y el

⁵³ La intensificación del descubrimiento y colonización interior de Colombia a partir de la década de 1850 puede verse detalladamente en Cristina Rojas de Ferro, *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth-Century Colombia* (Durham: Duke UP, 2002); Frank Safford, "Race, Integration and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia", 1750-1870". *Hispanic American Historical Review*, 71, February, 1991: 1-33.

cura, los civilizadores de la historia, Dejando a un lado sus diferencias partidistas, realizan juntos expediciones a la montaña con el objetivo de coleccionar y clasificar su fauna y su flora; se unen también en otra ocasión, con el propósito de hacer casar al señor Dimas, el campesino que habita la montaña, la bisagra, del Estado-nación.

Pero el descubrimiento y conquista del interior del país tropieza en la ficción como lo había hecho en la historia nacional con múltiples obstáculos locales⁵⁴. Díaz aborda estos impedimentos cuando muestra cómo para el congresista liberal la llegada a la parroquia viene a significar el ingreso a una especie de zona de contacto con la periferia del Estado-nación imaginado y diseñado desde Bogotá. Este choque literal con la periferia de la ciudad capital le revela, al igual que a los lectores de la novela, que el Estado casi no había tocado a los pueblitos rurales representados aquí por el que habita la protagonista de la novela, y lo poco que de él había llegado era deformado por sus propios representantes, además de criticado y resistido por las prácticas culturales, políticas, económicas y sociales de la población local⁵⁵.

Los obstáculos de construcción nacional encontrados por Demóstenes son examinados por el narrador desde narrativas alternativas y antagónicas a la del modelo de

⁵⁴ La mayoría de los cuales pueden observarse en el análisis citado de Frank Safford (21-3) como también en *Travesías por la historia: antología*, de Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Presidencia de la República, 1997) y en *The Making of Modern Colombia: a Nation in Spite of Itself*, de David Bushnell (New York: Oxford UP, 1994).

⁵⁵ Éste es probablemente el tema central de *Peregrinación del Alpha* (1850-1), el relato de viajes que Manuel Ancizar escribió como encargado de la narración literaria y científica de la Comisión Corográfica. Para Ancizar, el gran desafío cultural del Estado a nivel de los pueblos locales estaba en la lucha que tenía que librar contra la superstición e idolatría generadas por las formas híbridas de cultura y religión constituidas a lo largo de la Colonia. Encuentra que desafortunadamente como consecuencia de la poca presencia estatal, el único “agente civilizador” de las provincias era el cura ilustrado, agente ciertamente muy escaso en comparación con la gran mayoría de curas corruptos y pobres culturalmente hablando.

nación defendido por el recién llegado. Por ejemplo, las divergencias liberales con la alternativa de una república cristiana se ponen de manifiesto en las discusiones que respetuosamente sostienen Demóstenes y el cura Jiménez en los capítulos *III, VIII, XVII, XXIII, XXIV y XXX*. Demóstenes organiza su narrativa civilizatoria atacando metódicamente a la iglesia y a las formas locales de cultura a las que considera rezagos feudales de la colonización española, constituidos en los impedimentos principales para el éxito de la consolidación nacional y del progreso a la altura del medio siglo. Propone en su lugar seguir las formas de gobierno y cultura de los países anglosajones y europeos no hispánicos. Pero ni en su discurso ni a lo largo de la novela queda claro ni explícito que puedan ser estas últimas, dando la sensación de ser un discurso en el aire, desarticulado de la realidad.

Por su parte, el cura trata de hacerle entender al congresista gólgota que los liberales cometían un gran error atacando a la iglesia, a las creencias religiosas y a las costumbres y tradiciones locales, prefiriendo modelos importados de Francia, Londres o Washington; como consecuencia, argumenta, la república liberal había terminado ignorando la constitución de la nación, el modo de ser de los pueblos y culturas locales, que eran el grueso de una república de tradición mayoritariamente hispana y rural; cree que, por el contrario, se debían conservar las costumbres y tradiciones locales junto con los valores religiosos y la institución católica ya que habían sido hasta entonces los factores más efectivos en la débil unidad del cuerpo social y político de la nación, y constituían, por lo tanto, el camino más firme y positivo para consolidar el futuro Estado-nación. Pero tampoco explicita de qué modo estos factores habrían de asegurar la unidad nacional hacia el futuro, siendo que los mismos elementos habían dominado la mayor

parte de la vida republicana sin poder superar la fragmentación, la falta de consenso y la desigualdad enorme entre las élites y los sectores subalternos. Su propuesta de Estado, pues, es más reactiva y reformista que creativa.

Los parlamentos entre Demóstenes y el cura Jiménez le permiten a Díaz exponer fielmente las narrativas, los motivos de disenso histórico entre las élites de Nueva Granada cristalizados desde 1848, así como su falta de coherencia y su inconsecuencia. Ésto puede comprobarse con la lectura de los periódicos de la época así como con los ya mencionados ensayos de Samper (1985[1861]) y Arboleda (1951[1869]), en los que se expresó de forma más acabada y sistemática el pensamiento liberal y conservador de los grupos privilegiados durante el período al que se refiere la novela.

Ambos autores atribuyen a los yerros civilizatorios del pasado los obstáculos corrientes de progreso económico y unidad nacional. Por ejemplo, Samper, adoptando el típico discurso del nacionalismo liberal, culpa al régimen que se heredó de la colonia por la poca integración económica y cultural de los indígenas y afro-americanos. Los problemas de consolidación eran, pues, para Samper, como para Demóstenes, consecuencia de la forma retrógrada y obscurantista como España había colonizado los pueblos americanos (*ER* 202-4), no de la colonización misma. Es decir, se trataba más bien de colonizar de un modo más racional, menos tolerante con la religión y con las prácticas culturales reacias a la modernidad. Mientras que para Arboleda, como para el cura Jiménez, estos problemas debían imputarse a la revolución de independencia por haber truncado el proyecto latino de una civilización y una república cristianas, que tanto progreso había traído a los pueblos americanos desde la Conquista, y al desacierto de la generación independentista de haber pretendido implantar formas de civilización ajenas

totalmente a las razas y culturas de origen latino. Al igual que el cura Jiménez, Arboleda invita a estudiar las costumbres, creencias y tradiciones locales del pueblo americano para componer la república de acuerdo a lo que era física, social y moralmente (47). Pero su crítica al difusionismo liberal presupone gobernar conservando la república sin perturbar el orden de las desigualdades sociales, económicas, políticas. No se plantea el aspecto normativo del gobierno, de cómo debería ser el orden de la república a la que el modelo de Estado que se buscaba debería darle forma. Su modelo es estático, no formativo.

E. Bradford Burns (1983) observó que aunque el discurso conservador buscara con esta invitación desmarcarse tácticamente del extremo eurocentrismo de los liberales para *conservar* estratégicamente los privilegios republicanos heredados de la colonización española, abrió, no obstante, caminos de interpretación que matizaron la modernidad colonial y que más tarde madurarían en la novela de la tierra y el indigenismo (51-71)⁵⁶. Dicho esto, no hay que engañarse creyendo que eran menos colonialistas que su contraparte liberal.

La verdad es que patrocinaban un proceso de penetración interior adelantado ya por la colonización española, en lugar de otro enteramente por cumplir como el de la modernidad radical Gólgota. Defender tácticamente la preservación de la sociedad tal como estaba significaba estratégicamente para la iglesia y para la élite más tradicional *conservar* los privilegios que habían heredado de la colonización española. Arboleda, por

⁵⁶ También desarrolla este punto Antonio Cornejo Polar en *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista. Clorinda Mato de Turner, novelista. Estudios sobre Aves sin nido, Ídole y Herencia* (Lima: Latinoamericana, 2005).

ejemplo, al igual que Mariano Ospina Rodríguez⁵⁷, creía que una de las causas principales de la imposibilidad de las repúblicas de la América española para consolidarse era que se habían adoptado instituciones y teorías de otros pueblos, “en vez de acomodarse al régimen que nos legó la colonia” (39). Acomodarse al régimen que legó la colonia quería decir en palabras de aquel miembro de la élite del Cauca, la mayor beneficiaria de las costumbres y privilegios aristocráticos de la colonia, darle continuidad a la colonización interior mediante las formas de cultura y religión españolas, *conservar* la pirámide social seudofeudal en la que el clero y la élite criolla ocupaban la pequeña cúpula que apoyaba una inmensa base de esclavos, manumisos, libertos y campesinos pobres, como lo ilustró Ramón Mercado a propósito del gran Cauca⁵⁸. Acomodarse fantasiosamente al régimen legado por la colonia era lo que Jorge Isaacs, otro miembro conservador de la élite esclavista del Cauca, había hecho en ese ensueño literario que es *María*.

La forma como en la novela se representa la confrontación liberal-conservadora ha dado origen a interpretaciones contradictorias y discutibles. La disparidad, no obstante, podría agruparse en dos grandes grupos. Una línea de interpretación, que es la que han adoptado quienes escriben las historias de literatura destinadas al sistema educativo oficial y los críticos locales de la ciudad letrada, tiende a destacar el valor de la obra como novela costumbrista que, desde una óptica generalmente conservadora,

⁵⁷ Ver Mariano Ospina Rodríguez, *Escritos sobre economía y política* (Bogotá: U. Nacional de Colombia, 1969), especialmente los artículos “La civilización”, “Los partidos políticos en la Nueva Granada” y “Estado político de la Nueva Granada”, 73-101, 147-170, 171-183, respectivamente.

⁵⁸ En *Memorias sobre los acontecimientos del Sur, especialmente en la provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849* (Cali: Gobernación del Valle, 1996).

documenta muchos de los problemas de la realidad social colombiana de entonces. Esta tendencia ha seguido en líneas generales la explicación ofrecida por Vergara.

Dicha tradición crítica sólo llegó a ser cuestionada por los trabajos que después de 1965 escribieron Seymour Menton (*La novela colombiana. Planetas y satélites*), María Mercedes Ortiz (“De patrias chicas y grandes: la representación de la nación en *María* de Jorge Isaacs y *Manuela* de Eugenio Díaz Castro”), y Raymond L Williams (“Los orígenes de la novela colombiana. Desde «Igermina» (1844) hasta «Manuela» (1858)”, *Novela y poder en Colombia. 1844-1986*). La directriz de estos trabajos se ha caracterizado por cuestionar los reduccionismos de la primera tendencia, mostrando que en la novela existe una significativa dinámica entre oralidad y escritura, fruto no de la casualidad, sino de una conciencia mayor del valor de la cultura oral, de los pueblos locales y de los sectores subalternos.

Sin duda, lo que ha llevado al sector más tradicional y oficialista de la crítica a decir que Díaz defendió en la novela un proyecto conservador de Estado-nación ha sido el hecho de que el cura carece de las grietas e inconsecuencia de Demóstenes, que lo rebasa en la controversia, y que los límites y obstáculos del liberalismo ilustrado son objeto de una fiscalización mucho más profunda y extensa que los del modelo conservador católico. Incluso, el reduccionismo de esta interpretación llevó al gran historiador Germán Colmenares al colmo de sugerir que Díaz había incluido el discurso contrahegemónico de los sectores subalternos con el propósito de reforzar la crítica de los conservadores a los límites de la modernidad liberal (1980: *IV*).

Los partidarios de esta interpretación han confundido lo dicho por los personajes y el narrador con la tesis de la novela, que afirma algo muy diferente si se la lee

respetando sus matices y sutilezas, sus deslices, así como los discursos dispersos y entreverados a los que da espacio, tal como pretende probarlo el análisis del presente capítulo. La evidencia es que la simpatía y solidaridad manifestada por Díaz hacia las culturas y pueblos locales tiene una perspectiva abiertamente disímil de la sostenida por la élite conservadora y por la Iglesia. El planteamiento conjunto de la novela manifiesta en su enfoque una dosis de subversión política de las estructuras del poder bastante incompatible con una visión conservadora desde arriba⁵⁹. Aunque tampoco arroja claramente un proyecto de construcción nacional, lo cierto es que esboza algunas de las características que éste debería tener en su camino hacia la fundación de un cuerpo político nacional, de carácter popular y democrático.

En principio, una lectura cuidadosa de la novela lleva a observar que, en contra de la interpretación reduccionista del discurso oficial, el mundo novelesco de *Manuela* para nada se adscribe cerrada y definitivamente a un modelo elitista de civilización, sea tradicional o moderno; antes bien, su edificio narrativo se presenta complejamente ensamblado con discursos heterogéneos, mezclados e incluso contradictorios, cuya presencia obedece indudablemente a la voluntad de su creador de construir una fábula dialógica sobre los problemas nacionales que incluyera desde una perspectiva popular, a las heterogéneas tendencias políticas empeñadas en la lucha por la hegemonía del Estado-nación. Hay motivos para pensar que la presencia de estas narrativas responde a una actitud democrática popular de parte del escritor, quien se esfuerza por captar e incluir

⁵⁹ Esto se confirma consultando, de un lado, el ensayo de Arboleda (1951) y las ideas fundamentales del principal fundador e ideólogo del partido conservador de mediados del siglo, Mariano Ospina Rodríguez (1969).

dialógicamente a las principales tendencias y sectores involucrados en la dinámica hegemónica de consolidación y modernización del Estado-nación.

En apoyo de lo anterior puede adelantarse que en la novela son defendidas las formas culturales de la tradición local popular en capítulos como “*El Angelito*”, “*La Octava del Corpus*” y “*El San Juan*”. Pero a diferencia del cura y de los ideólogos conservadores de la élite, esta defensa rechaza tenazmente de esa tradición las formas de tenencia y explotación de la tierra y el hombre, patrocinando en cambio relaciones alternativas de trabajo y economía más conformes con la modernidad, como se ejemplifica en el capítulo dedicado a Ambalema. En este capítulo, como lo comprueban Manuela y los lectores de su historia, mejoran ostensiblemente las condiciones y salario de las trabajadoras.

Asimismo, cuestiones centrales de la modernidad son rechazadas por la novela, como el ataque a la iglesia y la intención de homogenizar al país de acuerdo a modelos culturales anglosajones o franceses. Debe destacarse que la aceptación y el rechazo de aspectos medulares de la modernidad y de la tradición depende de cuan benéficos podían ser para los sectores pobres. Este rasgo, patentiza un esfuerzo importante del autor por concederle a la situación y al punto de vista de los de abajo el lugar protagónico que en los problemas de construcción nacional les era negado por el discurso histórico, político y literario de las élites letradas. Los aspectos anteriores presentes en la novela evidencian sin duda que la generalización de Colmenares es exagerada cuando no falaz.

Este interés afectuoso por la problemática y perspectiva de los sectores dominados, para nada incidental ni esporádico, puede explicarse con interpretaciones que

al considerar la vida del autor como los condicionamientos de su horizonte histórico, tiendan a ser menos especulativas y categóricas que la ofrecida por Colmenares.

Teniendo en cuenta la agencia del sujeto en la relación solidaria entre novela y autor, y el convencimiento que entonces se tenía de que las narraciones literarias debían de servir para fundar la nación, la interpretación biográfica permite asociar la narrativa contrahegemónica de la novela con el deseo profundo del autor de incluir en el romance fundacional a los campesinos pobres de la historia, cuyos problemas y puntos de vista llegó a sentir como propios después de compartir con ellos un largo trayecto de su vida. Como ya se mencionó en el capítulo I, gracias a los escasos pero importantes datos biográficos del creador de *Manuela* consignados con motivo de su muerte por José María Vergara en *El Mosaico*⁶⁰, se sabe que por problemas de salud y estrechez económica Díaz tuvo que abandonar la ciudad a sus escasos 20 años para irse al campo, donde vivió como pequeño propietario y luego como mayordomo. Volvió a Bogotá a sus 51 años (en 1858), no por motivos literarios, sino porque su madre estaba enferma, viniendo a morir en la misma ciudad en 1865, sostenido por sus amigos y por las pírricas entradas que le ofrecía su trabajo de escritor. Cuando volvió, vestía, dice Vergara, como “los hijos del pueblo”, es decir, usando ruana y alpargates, traje que nunca más abandonó y del que nunca se avergonzó. También observa su biógrafo, Díaz solía tratar a todos los hombres, no hallando a nadie inferior ni superior a él, y nunca permitía que los trabajadores o la gente pobre lo llamaran “amo” o “doctor” como era la costumbre.

No debe subestimarse la importancia que estas prácticas semióticas tenían en la Colombia de mediados del XIX. En sociedades de este tipo, dice Guha, que habían

⁶⁰ En el 13 de abril de 1865.

pasado largo tiempo bajo condiciones coloniales o seudofeudales, “Dress is a fundamental element of distinction”, “...the signified par excellence” (Guha 1999). En el caso concreto del autor de *Manuela*, al desestabilizar el elemento que significaba la distinción social desde el adentro mismo de la sociabilidad letrada, expresan una política de su identidad, de su deseo, de distanciarse de sus colegas, quienes además del cultivo y atesoramiento de las letras, vestían levita, zapatos ingleses y sombrero de copa para marcar su status social y económico privilegiado en aquella sociedad altamente jerarquizada.

Un humilde artesano o campesino, por ejemplo, no podía llevar estas prendas porque era inmediatamente objeto de censura pública y de burla de los de arriba y de los de abajo. Como se puede comprobar con las distintas representaciones de entonces, en las acuarelas de los naturalistas y en cuadros y escenas costumbristas de la literatura, la forma de vestir diferenciaba claramente a los dominadores de los dominados. Los miembros de los sectores dominantes, por ejemplo, *semiotizaban* su cuerpo con las levitas y los zapatos ingleses, ya que por su alto costo y difícil adquisición eran asequibles solamente a una minoría de concentradores de capital y de poder, la entonces llamada gente de alto tono. Llevar estas prendas, pues, significaba afirmar visiblemente su lugar social por encima de “la gente de ruana”, “la gente descalza”, es decir, los grupos de la sociedad sin ilustración. De modo opuesto, al vestir ruana y alpargates, Díaz no sólo se resistía a los marcadores de orden jerárquico, a reconocerse como miembro de los dominadores, sino que también, por implicación, tomaba partido por el sector social asociado a esa forma de vestir, el pueblo.

En el contexto de este tipo de sociedades tan sensibles a estos marcadores de distinción, los mismos se convierten en espacios donde se expresan las confrontaciones entre dominantes y dominados, dice Guha (1999: 64-5), como efectivamente sucedió en Colombia. Durante el año de 1853, cuando ya estaba cristalizada la lucha de clases entre lo sectores populares y la élite liberal radical, los *guaches* (los artesanos) habían comenzado a usar primero ruanas coloradas para diferenciarse de los *cachacos* (los señoritos Gólgotas) que vestían levitas; luego, durante la noche, empezaron a apedrear en los barrios de Bogotá a quienes encontraran vistiendo levita, ya que identificaban con ésta a quienes habían traicionado la causa popular (Sowell 2006: 119-21). La ruana pues tuvo en aquella década una apropiación simbólica desde lo popular. De ser un código del cuerpo para marcar las diferencias y deferencias sociales, pasó a representar un signo de identidad, de diferencia y de lucha, de los sectores populares contra sus enemigos sociales para marcar la identidad social y política. Así que llevar ruana hacia finales de la década de 1850, como lo hacía Díaz, tenía adicionalmente una connotación política, pues en la memoria de la élite letrada aún estaban bastante frescos los acontecimientos previos al golpe de estado dado por los sectores populares en 1854.

Existen entonces razones convincentes para conjeturar, como lo hace Elisa Mújica (9-35), que la forma de ser, de vestir y de escribir del autor de *Manuela* influyó, de manera conjunta, en la marginación de que fue objeto su obra. Incluso Mújica cita a un contemporáneo de Díaz, Nicolás Pontón, quien expresaba sus recelos en este sentido. Decía Pontón, en *el Iris* del 11 de abril de 1867, que Díaz no había despertado el efecto de otros literatos debido probablemente a que por su condición de clase no encajaba con

la élite letrada bogotana, y por eso “Dícenme que brotas perlas. /Sí señor y son de cobre, / más como las brota un pobre, / no hay quien se agache a cogerlas”.

Igualmente, en las palabras escritas por Vergara con motivo de la muerte del novelista, Elisa Mújica capta con agudeza el conflicto social y político que llevado al campo literario Díaz enfrentaba con la élite letrada bogotana. Mújica recuerda que Vergara “lamentaba los descuidos idiomáticos en que a su parecer incurre el viejo escritor, y confiesa que éste se había rehusado continuar corrigiendo la novela, por lo cual hubo éste de suspender su publicación en el semanario” (14); Mujica sospecha que detrás de aquella sanción a los “descuidos idiomáticos”, “falta de pulcritud de estilo” o “lenguaje incorrecto”, se escondía una conspiración contra Díaz por haber querido incluir “la voz del pueblo” en la república de las letras.

Claro que Díaz no era el primero que había emprendido la tarea de incluir “la voz del pueblo” en la república de las letras, pero su estrategia narrativa sí era muy distinta a la de sus contemporáneos. Abundaban desde la década de 1840 los cuadros de costumbres y amagos de novela en los que trataba de incluir la voz del otro interior, pero con una intención colonizadora. El mismo Vergara afirmaba que durante el periodo republicano, el costumbrismo en los países americanos había respondido a la necesidad que sentían las élites de acercarse al pueblo para tratar de construir una experiencia común⁶¹. También le había servido a la generación republicana para darle continuidad al modelo colonial de los viajeros científicos, y con este género trataron de hacer una suerte de inventario de la nación al describir su contenido social y natural. En dichas producciones elaboraban una idea de lo nacional en la medida en que se proponían

⁶¹ Ver *Historia de la literatura en Nueva Granada*. 2 Tomos. Bogotá: Banco Popular, 1974. I 64; II, 206.

describir lo que había de propio, según su criterio, para intentar armar el puente de los valores culturales de identidad nacional, tan necesarios en un Estado-nación altamente incomunicado por la geografía de los Andes, y fragmentado en culturas regionales⁶². Pero este inventario del patrimonio nacional típico del costumbrismo tradicional está elaborado desde el punto de vista de las élites, buscando sobre todo contribuir a la conquista interior, al conocimiento y reconocimiento de una imagen del cuerpo político cuya cabeza y centro la formaban o habrían de ocupar necesariamente aquellos mismos que narraban su conformación.

Pero al mismo tiempo el costumbrismo tuvo otro desarrollo. Para Bradford Burns, el cuestionamiento de la modernización condujo a algunos literatos a preocuparse por la gente común y lo local. Lo importante de este grupo de escritores es que se apartan, cuestionan o difieren de la interpretación estándar y acrítica de la modernización, enfatizando una serie de temas americanos o americanistas que difieren de una visión eurocentrista y elitista (71). En el esquema narrativo de este costumbrismo, estilo *Martín Fierro*, se suele diseñar un enfrentamiento entre el personaje local y la violencia de los representantes locales de la modernidad y del estado republicano que las élites estaban determinadas a extender a todos los rincones de la nación (61). Por este camino “a defiant voice arose from the intellectuals recognizing and denouncing the injustice perpetuated on the native race”, pero también en los abusos y desigualdades sociales, económicos y políticos, “and by inference on the Americas” (63).

⁶² Según Vergara, con el federalismo, implantado en 1858, sobrevino la necesidad de afirmación de cada uno de los nueve Estados “soberanos”. .. esto llevó en literatura a los autores a la necesidad de afirmar las características propias de su región, a defender sus idiosincrasias y con ello, hasta cierto punto, su identidad, su propio sentido de la existencia” (II: 205).

La atención prestada por estos intelectuales a los personajes representativos de lo local y subalterno, pobres, gauchos, indios,

drew into the discussions considerations of both folk cultures and folk societies. Focusing on those topics, it was inevitable that the intellectual World concerns themselves with questions involving the land, not only an appreciation of the splendid diversity and beauty of nature but of the practical and essential problems of land ownership and use. (65)

Este es aproximadamente el matiz que caracteriza el costumbrismo practicado por Díaz en *Manuela*. El suyo es un costumbrismo que se concentra en denunciar la violencia del Estado y los modernizadores contra la población local y los problemas anexos al latifundio (falta de libertad económica, política, coerción del voto, etc.), la desposesión y el desplazamiento territorial de los indígenas y de los campesinos por parte de terratenientes y poderosos, así como la vindicación horizontal de la riqueza y el valor de las costumbres y formas locales de cultura.

En el caso colombiano, un ejemplo del costumbrismo colonialista es el que practicó Isaacs en *María*. Allí las voces y modo de hablar de los campesinos agregados y las bogas (XLIX, LVII), están incorporados para completar el paisaje, hacer más creíble aquel paraíso del amo con voces del folclor local, y servir de contraste con el lenguaje letrado e ideal de los personajes que encarnan positivamente al amo de “El Paraíso”. En estos escritos, la forma de mostrar a los subalternos resalta más que nada su ignorancia letrada, su simplicidad, su incomprensión o ignorancia de la política, del progreso, del buen hablar, en pocas palabras, sobre su barbarie; y también, su reconocimiento de la superioridad e idealidad del amo y sus prácticas socioculturales: ¿quién no reconoce, alaba o coquetea con el señorito Efraín? Ese no fue ciertamente el modelo que sigue Díaz

en *Manuela*. Desde una perspectiva subalterna, su costumbrismo canibaliza el género practicado por los letrados que eran partidarios de un Estado colonizador.

Como se mostrará en este capítulo, su impacto perturbador se debió a que practicó en *Manuela* un costumbrismo que sí le dio efectivamente resonancia a las que Guha llamara pequeñas voces de la historia. Éste incorpora, empotrada en la novela, la narrativa contrahegemónica que el movimiento popular elaboró durante aquella década, respetando el sentido y el contenido social, histórico y cultural de sus demandas. En esta fábula costumbrista, inadecuada para la ciudad letrada, se planteó indicar como protagonista de su historia al pobre del campo y a su cultura oral en una propuesta inversa a la que los dominadores solían diseñar para los dominados. El alcance de esta subversión de la relación entre la cultura letrada dominante y la cultura oral de los subalternos, con sus disímiles proyectos de Estado nación, puede medirse por la percepción y sanción estética y social de que fueron objeto tanto la novela como su autor.

Dicha inversión es percibida, precisamente, por Vergara cuando dice que Díaz, al revés de como pensaban las élites, quería fundar la República “de abajo para arriba; de la parroquia para el Congreso” (*El Mosaico*, 1865). ¿De dónde pudo haber inferido este credo un conservador de buena cepa como Vergara y Vergara si no fue de la lectura del mensaje que mediante prácticas literarias y no literarias Díaz enviaba a sus contemporáneos?

Tanto la historia en la novela como la novela en la historia son contemporáneas. Díaz localiza la historia de la novela en 1856 y la termina antes de abandonar el largo período de su vida en el campo (donde vivió desde sus 20 hasta el año de 1858), cuando a la edad de 51 volvió a Bogotá con su manuscrito para ofrecerlo a Vergara. Es decir, la

novela interpela la historia contemporánea a su escritura, algo muy distinto a lo que estaban haciendo corrientemente los escritores de la ciudad letrada asentada en Bogotá, dedicados más que nada a la novela histórica, romántica, o poemática como *María*, que preferían evadir los problemas del periodo republicano desplazando los asuntos de sus ficciones a la colonia, a la conquista e incluso más lejos, al periodo incaico⁶³. En cambio en *Manuela* se tratan directamente los problemas urgentes e inmediatos de la consolidación del Estado-nación desde el punto de vista subalterno: de darle participación al otro, de reconocer al pueblo como sujeto de su propia historia. Es decir, en esta novela se le da un lugar protagónico a los asuntos centrales de la lucha adelantada por los sectores populares entre 1848 y 1854.

Efectivamente, esclavos, libertos, manumisos, artesanos, mestizos y campesinos pobres, alterando el panorama político nacional, habían llevado los liberales al poder no simplemente sirviendo de instrumento de un protagonismo atribuido a las élites por el discurso oficial, sino a cambio de múltiples reivindicaciones democráticas. Así lo han demostrado los estudios más recientes sobre los movimientos populares del siglo XIX en Colombia (Sowell, 2006: 103-142; Aguilera Peña y Vega Cantor, 1998: 89-141; Gutiérrez Sanín, 1995: 127, 130-1, 155; Pacheco, 1992: 17; Sanders, 2004: 2). Estas investigaciones empezaron a visualizar por primera vez el protagonismo de las masas populares en el curso y discurso de las reformas liberales de medio siglo, coincidiendo en señalar que las propuestas utilitaristas “desde arriba” fueron igualmente explotadas “desde abajo” por los sectores populares para promover sus propios intereses de grupo.

⁶³ Como puede observarse en el estudio de Antonio Curcio Altamar *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, 1975.

Gutiérrez Sanín, por ejemplo, al hacer la genealogía del movimiento popular (que él llama plebeyo), muestra cómo ya desde el año 1819 se daba inicio a esta utilización recíproca entre las élites y los afro-colombianos, con motivo de la división entre los partidarios de Santander y de Bolívar. La misma dinámica reaparecería durante la Guerra de los Supremos, cuando José María Obando ofreció la libertad a los esclavos que se unieran a su ejército, y tendría su mayor auge durante las reformas liberales de medio siglo en el gran Cauca (130-157).

Otro ejemplo del grado alcanzado por la agencia subalterna se encuentra en el testimonio dado por Ramón Mercado en sus memorias (XIX, XVII) y el estudio de Margarita Pacheco (33-49, 161), a propósito de la insurgencia popular en el Cauca de Isaacs entre el 49 y el 53. Los ejidos y las formas de propiedad comunal debían ser eliminados de acuerdo al programa político que se habían trazado las élites liberales a nivel nacional en la década de 1850. Pero los liberales populares de Cali (al igual que los indígenas del suroccidente), no comulgaban con esta política; la continuidad de los ejidos significaba para los pobres la única oportunidad de tener acceso a la tierra.

Efectivamente, para el año 52, con peticiones y presiones permanentes hechas a través de la Sociedad Democrática de Cali (y de acciones de hecho como *La Revolución del Perrero*), los liberales populares lograron frenar la política de la élite nacional; consiguieron un pacto con la élite liberal regional según el cual las haciendas aledañas a los ejidos que aún subsistían se comprometían a devolver un tercio de sus propiedades para ampliarlos (Pacheco 161).

Estos ejemplos de agencia subalterna son complementados por el estudio de Sanders sobre el origen, formación e impacto de la cultura política popular en el gran

Cauca. Sanders describe cómo la élite liberal regional era presionada por la Sociedad Democrática de Cali para que realizara una serie de reformas que mejorarían el nivel de vida de las masas, como la abolición de la esclavitud, de la cárcel por deudas y el fin del monopolio del tabaco y del aguardiente (medidas que favorecerían a personajes pobres de la nación cuyo equivalente en la historia novelesca vienen a ser Manuela o Sinforiana, quienes sobreviven del contrabando del aguardiente)⁶⁴. Si bien estos cambios deseados

⁶⁴ Esta práctica cultural de pedagogía, vigilancia y construcción de un nuevo orden desde el ejercicio de representación de las letras, complementaria a la actividad de los clubes democráticos, es enunciada expresamente por el editorial “El sentimiento democrático” del 14 junio de 1849, no. 11. Allí manifiesta que la función efectiva del periódico es la de colaborar activamente en la realización de ese proyecto de igualdad real para todos, ejerciendo el papel de vigilante del Estado liberal, para asegurarse que cumpla realmente con el mandato democrático que el pueblo le delegó al elegirlo.

La función de vigilancia popular del legislativo la ejerce el periódico cuando manifiesta su acuerdo o desacuerdo con los nombramientos hechos por el gobierno a nivel local, como el de Manuel D. Camacho para gobernador de la provincia de Buenaventura (que entonces incluía a Cali y otras ciudades del actual Valle del Cauca y Cauca) porque no tenía ningún liderazgo ni simpatía a nivel regional, además de tener un historial, dice el periódico, según el cual sólo se preocupaba de su interés personal en desventaja del interés público (“La gobernación de Buenaventura”, No. 9, 31 de mayo, 1849). En “Instrucción primaria”, el periódico critica los decretos y requisitos de los planes oficiales de estudio para primaria, por las dificultades e impropiedades de aplicación que en la práctica presentaba; estas sólo pueden atribuirse, dice, a la simple ignorancia de los legisladores de la variedad de climas, geografía, costumbres y clases sociales (Cali, 3 de mayo de 1849, página No. 1). Otras veces, celebra lo que considera medidas acertadas del gobierno nacional o de la Cámara provincial, como la imposición del impuesto de contribución directa en lugar del de contribución indirecta que afectaba directamente la economía de los pobres antes que la de los ricos (“Contribuciones”, No. 12, 21 de junio). En la nueva era, representada por el gobierno liberal nacional, se trataba de gobernar adoptando medidas que hicieran la vida más fácil y barata a los pobres.

El papel de centinela del Estado con que el periódico se representaba a sí mismo también se traducía en llamados de atención a los miembros del gobierno local para que hiciesen cumplir leyes vigentes de protección a los sectores populares, como la de manumisión (“Manumisión”, No.15, 12 de julio; “Libertad”, No.26, 27 de septiembre) o la de los ejidos, que los terratenientes de la región habían ignorado y burlado para usurpar al pueblo de Cali de sus propiedades comunales (“Remitidos. Ejidos de Cali”, No.21, 23 de agosto; continúa en los números 22, 26 y 27). Por ejemplo, dice en el número 27, refiriéndose a la cuestión de los ejidos: “Por último SS Gobernador, Juez letrado, Personero i Escribano, seréis responsables ante Dios y ante los hombres, de todas las consecuencias que resulten, si faltando a vuestros deberes miráis con indiferencia una cuestión tan grave para este país” (“Ejidos de Cali. Señor Juez segundo subrogante”, 29 de noviembre).

Igualmente, el periódico publica peticiones a la Cámara hechas por los ciudadanos, que solían ser los miembros de la misma Sociedad Democrática, en la que pedían se acabara de una vez por toda con el

por los liberales pobres coincidían con los programas teóricos de la élite liberal, su realización no se debió estrictamente al altruismo de los radicales partidarios de la modernidad, como ha querido hacerlo creer el discurso oficial, sino también a la obligación de cumplir con los compromisos adquiridos con los pobres a cambio de su apoyo en la guerra y en las urnas (Sanders 72).

estanco al tabaco y al aguardiente y se introdujera en su lugar el impuesto directo, que gravaba de acuerdo a la fortuna de los ciudadanos (“SS. Presidente i Miembros de la Cámara de Provincia”, No.26, 27 de septiembre; “Aguardiente”, Nos 23 y 24). Todo esta labor de fiscalización realizada por el periódico que hacía de vocero de la Sociedad Democrática de Cali, permite afirmar que sin duda había un clima de autopercepción de los subalternos liberales como ciudadanos con todo el derecho a fiscalizar a los sectores políticos que habían llevado al poder del Estado como sus representantes.

Pero esta no era la única forma de participar activamente en la construcción de un estado auténticamente democrático e inclusivo. Dicha agencia se expresaba recomendando medidas o proponiendo leyes que ampliaban, según su criterio, la democracia, la igualdad y la fraternidad, como el impulso y ampliación de la educación primaria pública y laica (“Fanatismo”, No. 12, 21 de junio), la sanción de la ley de Manumisión (“Proyecto de lei”, No. 33, 10 de enero de 1850), la eliminación del estanco al tabaco y al aguardiente (No. 17, 26 de julio). Igualmente, desde una columna permanente titulada “Mejoras materiales”, el periódico solía identificar los problemas y necesidades materiales que consideraba de mayor urgencia para la comunidad, proponiéndole simultáneamente al Estado y a la sociedad maneras de solucionarlos, como la apertura de caminos, la construcción de puentes, el desecamiento de ciénagas o el desvío del río allí donde su inundación causaba la ruina de las cosechas. En ocasiones, el periódico formula medidas para aliviar la pobreza del Estado, que afectaban su capacidad para hacer mejoras en bien de la nación, como la rebaja de los empleados y sueldos oficiales a la mitad (No. 17, 26 de julio). En resumen, como puede notarse, la participación popular en la construcción del Estado es pues muy clara y decidida, lo que demuestra que en aquel periodo los sectores populares localizados en la vanguardia política de las Democráticas, desde la tribuna, los periódicos y los clubes populares sí habían tomado muy en serio y entendían los alcances de las ideas democrático populares de un gobierno para el pueblo y con el pueblo.

La agencia en la construcción del nuevo orden incluía además una labor de defensa del gobierno liberal, que identificaban como un proyecto propio, de los ataques, a su legitimidad y a su ideario, hechos por los recién derrotados conservadores. Esta labor de escudería consistía en rechazar, resistir o impugnar a las personas y el discurso de los sectores de la élite conservadora, que desde la tribuna y los periódicos buscaban anular, debilitar, desacreditar o subvertir las medidas y la ideología del gobierno liberal nacional. Así, se apresuran permanente a invalidar las razones de las propuestas hechas por la élite conservadora a la Cámara que estratégicamente buscaban debilitar el impacto local de la política nacional liberal, como la petición elevada por los principales terratenientes y hacendados de la región el 17 de septiembre para que la Cámara Provincial entregara la dirección del principal colegio de la ciudad, el Santa Librada, a los jesuitas con el supuesto objetivo de impedir que la joven generación se contagiara de la creciente corrupción e inmoralidad que estaba apoderándose del pueblo de Cali. En el mismo sentido, *El Sentimiento Democrático* impugnó permanentemente los argumentos que atacaban la labor y la legitimidad del gobierno liberal desde los periódicos voceros de la élite conservadora local, como el *Ariete*, y ocasionalmente contra los periódicos bogotanos *El Día* y *La Civilización*.

Dicha política de negociación fue posible, como lo demuestra Sanders, y como ya se indicó en la introducción del capítulo I, por la misma debilidad histórica de las élites colombianas. Éstas no estaban concentradas en una o dos ciudades o centros, como sí sucedió en países como Argentina o Chile. Estaban dispersas en Tunja, Cartagena, Bogotá, Popayán, Cali. A estas ciudades no sólo las separaba la distancia sino también los tres ramales de los Andes que parten abruptamente al país aislando todavía más a estas ciudades. Para empeorar las cosas, las constantes guerras internas y la falta de un mercado interno e internacional importante, al mantener débiles y pobres al ejecutivo y al ejército, entre otros notables motivos⁶⁵, impidieron que grupo alguno pudiera monopolizar el poder, y menos aún alcanzar el dominio hegemónico de la población nacional.

Precisamente, a causa de este vacío hegemónico, asegura Sanders, el sentido de la democracia republicana fue objeto de una permanente disputa, en la que las Sociedades Democráticas lograron dejar escuchar su voz a pesar del altisonante discurso oficial.

El tono de su voz dolida y desengañada después de la derrota del gobierno revolucionario del general Melo, su crítica ardorosa y amarga de la democracia retórica de los liberales Gólgotas, el reproche clasista a su falta de compromiso real con las esperanzas y expectativas de aquellos que los habían llevado al poder desde mediados de siglo, forman un conjunto de voces que desde los resquicios del edificio novelesco integran una narrativa con un proyecto de Estado nacional “de abajo para arriba”, al contrario de como lo imaginaban los dominadores.

⁶⁵ La debilidad de la élite colombiana se entiende mejor considerando los múltiples factores de conflicto, inestabilidad, fragmentación y violencia que caracterizaron el siglo XIX, mencionados ya en el capítulo introductorio a esta disertación. Asimismo, estos son resumidos de forma excelente por Diana Luz Ceballos Gómez en “Un balance sobre los problemas colombianos”, en *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia, 1840-1902* (Medellín: U. Nacional de Colombia, 2005: 29-46).

De acuerdo a lo que se analizó en el capítulo anterior, si se tienen en cuenta lo que fue la vida del escritor, el argumento de *Manuela*, así como el comportamiento radicalmente democrático del escritor en la ciudad letrada, es coherente pensar que Díaz hubiese querido dejar resonar en la novela sobre los problemas de consolidación nacional un factor de influencia tan importante como había sido el papel jugado por los sectores populares, que desde las Sociedades Democráticas y la Guardia Nacional habían fracturado las estructuras tradicionales de poder entre 1848 y 1854.

Sin embargo, para escuchar estas voces debe hacerse una re-lectura del predicado general de *Manuela*, atenta a escuchar las pequeñas voces de la historia, en el sentido acuñado por Ranajit Guha (2002). Ésta debe tratar de integrar los significados del nivel de la historia, el relato y la narración de tal forma que pueda observarse la narrativa contrahegemónica empotrada en el discurso novelesco. Este tipo de lectura intenta separarse de la interpretación unívoca y elitista que se ha hecho tradicionalmente sobre *Manuela*, cuya exégesis ha tendido a privilegiar el debate entre la iglesia y el Estado que dividía a los grupos dominantes, optando así por prestar atención al discurso oficial mientras deja por fuera o en la periferia de la interpretación la fuerte narrativa contrahegemónica popular de la que habla y por la que habla la novela.

Dicha narrativa está diseminada en el discurso de los campesinos pobres de la parroquia, que trabajan como aparceros, arrendatarios o jornaleros, y quienes suelen exteriorizar un grado desigual de conciencia social y política, no exento de ambigüedades y contradicciones, al igual que los liberales populares de la Nueva Granada; algunos suelen lamentarse con desesperanza de un mundo dividido entre dominados y dominadores, en donde los dueños de la tierra explotan y oprimen con sevicia a quienes

carecen de ella; pero en otros casos, la desesperanza y depresión de los sometidos cede lugar a un cuestionamiento que exterioriza un grado mayor de conciencia social al situarse en una perspectiva de transformación de la historia; articulada a consignas, conceptos e ideas de carácter subversivo, como en Dimas, Melchora, Juan Acero, Sinfioriana o Tadeo, esta crítica se distingue por un imaginario mucho más acabado y definido desde una perspectiva contrahegemónica.

Dentro de este conjunto de voces subalternas, Manuela ocupa un lugar de conciencia social más bien intermedio, digamos entre Rosa y Sinfioriana. No obstante, el lector es testigo de cómo la simpática aldeana sin honrar las jerarquías al uso *sabe* cuestionar reiteradamente los prejuicios sociales de la ciudad letrada y su narrativa de la modernidad colonial que representa y exhibe Demóstenes:

— La sociedad, Manuela, la sociedad nos impone duras leyes; el alto tono, que con una línea separa dos partidos distintos por sus códigos aristocráticos.

— Es decir que usted quiere estar bien con las gentes de alto tono, y con nosotras las del bajo tono; ¿y yo no puedo ni aún hablar con usted delante de la gente de tono?

— Ni sé qué te diga.

— Pues me alegro de saberlo, porque desde ahora debemos tratarnos en la Parroquia, como nos trataremos en Bogotá; y usted no debe tratarnos a las muchachas aquí, para no tener vergüenza en Bogotá, porque como dice el dicho, cada oveja con su pareja.

— Eso sería intolerancia, Manuela.

— Yo no sé de intolerancias: lo que creo es que la plata es la que hace que ustedes puedan rozarse con todas nosotras cuando nos necesitan, y que nosotras las pobres sólo cuando ustedes nos lo permitan y se les dé la gana (33; IV).

Cuestiona también su retórica política,

— Eso tampoco se conviene muy bien con la igualdad de que usted nos habla; pues querría decir que a nosotras se nos debe tratar poco más o menos, y usted nos ha dicho que todos somos iguales.

— ¡Ah! pero era porque estábamos hablando de la igualdad de derechos, me parece.

— ¿Entonces no hay más igualdad que esa igualdad de derechos que usted dice?

— Pues sí hay: la igualdad social; pero tiene sus excepciones.

— ¿Igualdad y excepciones? ¡está muy bueno!

— Es que una cosa es con guitarra...

— Entonces diga usted que una cosa es cacarear y otra poner el huevo; una cosa es hablar de igualdad y otra sujetarse a ella (69; IX).

Al igual que lo estaban haciendo los sectores populares de la historia, también la aldeana discute la inconsecuencia de las élites liberales de cara a las expectativas del liberalismo popular, "... lo que me pesa es que usted no sea consecuente en lo que hace con lo que dice, porque usted nos relata siempre cosas muy nuevas y muy bonitas, y luego salimos con que usted es el primero que no las cumple. La gracia está en ser liberales de veras como yo (269; XXVI).

También el eurocentrismo de los letrados abanderados de la razón moderna, del viaje civilizatorio a Europa, por barcos o por libros⁶⁶, para traer las luces de la razón moderna, es objeto de ataque por parte de la representante del pueblo local:

— Ya verá cómo /ñuá Melchora y Pía y /ñor Dimas le hacen conocer cosas mucho más importantes para el gobierno, que esas sus novelas que

⁶⁶ Asunto del que Frederic Martínez ha hecho uno de los mejores estudios. En ellos Martínez ha mostrado como el viaje civilizatorio cobró precisamente durante la década de 1850 un gran impulso debido al relativo mejoramiento económico de las élites a raíz de las reformas liberales y del primer boom exportador de la historia republicana, el del tabaco de Ambalema (1995; 2001). A este viaje hace mención constantemente Demóstenes.

usted llama sociales, y sobre todo usted va a ganar mucho con haber visto cómo es el gobierno de la parroquia (215; XXI)

El criticismo de las contradicciones del letrado liberal, nacidas su fe ciega en el ideario de la modernidad colonial, es complementado con la desestabilización que del mismo realizan las prácticas locales. En el capítulo XXIII, Manuela se ha llevado la mesa que usaba Demóstenes para usarla como trono en el velorio de un niño. Demóstenes le pregunta por la mesa, y ella responde:

— Está donde mi tía, porque se lo han llevado para el trono del angelito, en el velorio que se va a hacer esta noche: ¿Ya lo supo?

— Yo quiero prescindir de todo ese farrago de palabras; pero ¿dónde están los objetos de historia natural que tenía yo sobre la mesa, en virtud de que estoy pagando el alquiler?

— ¿Qué es eso de historia? ¿Las historias no son los cuentos? ¿Usted tenía Cuentos encima de la mesa?

— Hablo de las plantas y animales que había dejado en la mesa, como el toche disecado, por ejemplo.

— Ese, ¿no entró el gato blanco y se lo llevó, así que se fue usted con la escopeta para la montaña?

— ¡Caramba! ¿Y quién responde por ese daño?

— El gato (225; XXIII).

El diseño de esta situación ficticia permite mostrar el choque entre universos culturales disímiles, en el que uno invierte al otro. Para llevar a cabo “El velorio del Angelito”, una práctica cultural local, Manuela ha desmontado la mesa del taxonomista, una práctica cultural paradigmática del proyecto colonial de la modernidad. Este desajuste del orden del naturalista se complementa con las respuestas mediante las cuales el novelista carnavaaliza el modelo de las élites modernizadoras.

La intención que el novelista persigue con la situación anterior, exponer el desencuentro del proyecto de la modernidad letrada con los pueblos locales, se evidencia más a medida que continúa la discusión sobre el destino de la mesa. Demóstenes le pide a Manuela que le aclare lo del “velorio del angelito”, una costumbre que desconoce. Ella le dice que su ahijado, el hijo de Pía, ha muerto y lo van a bailar. Demóstenes le reclama escandalizado por bailar a un muerto:

— ¿No ve usted que es angelito de cinco meses?

— ¿Y por eso deja de ser un muerto? Esto no sería escandaloso en los siglos medios y en los dominios de los monarcas, ¡pero en el siglo XIX y en las goteras de una república que se ha dicho que va a la vanguardia! ¡Esto no se puede tolerar!

— Y tiene que prestarme su ruana colorada, su espejo de afeitarse, su colcha y su pañuelo lacre, el que puso usted de bandera el día que se volvió cónsul de la extranjería por librarme de los policías.

— Lleva todo lo que quieras; ¡pero bailar a un muerto!

— Y lo cito para un bambuco (227)

Superficialmente, parece una situación cómica de malentendido ocasionada por la ignorancia del sujeto de la modernidad ajeno a las prácticas locales. Pero pueden leerse otras implicaciones a un nivel más profundo.

Obsérvese, por ejemplo, que la muchacha no guarda reverencia por el orden del letrado-naturalista a pesar de su despliegue visual, siendo que en el realismo de la historia los sectores no letrados sí solían respetar, con asombro y curiosidad, a quienes desplegaban visualmente, con el libro y los aparatos de taxonomía, su concentración de saber/poder. Desde el punto de vista del discurso novelesco, es una afirmación sutil del autor, si se tiene en cuenta que en la realidad Díaz tampoco reverenció el orden letrado al negarse a vestirse con levita, zapatos ingleses y sombrero de copa, que eran entonces

respetados marcadores sociales de identidad y diferencia. El cuadro de este capítulo, pues, compone un esquema narrativo sutilmente subversivo. Manuela no sólo desconoce los signos de la autoridad letrada, echando al gato los pájaros del taxonomista, sino que la contraataca cuando, ignorando los reclamos culturales del taxonomista, lo invita a “bailar bambuco” en el funeral, a vivir las costumbres populares locales.

La acometida de Manuela contra las inconsecuencias, la ceguera y el monologismo de los partidarios de la modernidad colonial, su espíritu de independencia y resistencia en combinación con la defensa de la cultura y los pueblos locales, constituyen conjuntamente con las demás voces subalternas de la historia una alegoría de la cultura política alcanzada por sus parientes subalternos de la historia entre 1848 y 1854. Dicha similitud está indicada en el capítulo XXIII, donde se observa que el conocimiento político de Manuela llega a resultarle insoportable a Demóstenes, quien le recrimina que ya no hablaba sino de política; a lo que ella responde:

“— ¿Para qué me han enredado? Nada sabía yo de esas cosas hasta que don Leocadio, don Alcibíades y usted me enseñaron. Para que vea lo buenos que son los hombres” (235; XXIII).

Más allá de un posible mensaje superficial sobre los supuestos efectos negativos de la modernidad en la cultura popular, una interpretación alternativa puede colegir que, por asociación metonímica con los hechos de la historia, Díaz está refiriéndose, consciente e inconscientemente, a la experiencia de recepción y apropiación del discurso de la élite Gólgota hecha por las Sociedades Democráticas, que tuvo como consecuencia la formación de una vigorosa cultura política popular durante el periodo mencionado por la novela. Del mismo modo que la politización de Manuela llega a resultarle insoportable a Demóstenes, representante del liberalismo radical, también la agencia política de los

sectores liberales populares se volvió insoportable para la élite liberal radical de Nueva Granada después de haberla alimentado en sus comienzos (Aguilera Peña y Vega Cantor:18; Gutiérrez Sanín: 23; Sanders: 2-4; Sowell: 86-7).

José María Samper, por ejemplo, el Gólgota más destacado de este periodo radical, decía en sus memorias, *Historia de un alma* (1946), que si bien los artesanos “en realidad eran dirigidos como unos instrumentos por los jefes de la Sociedad, todos hombres políticos”, como él mismo, no obstante,

. . . se creían dueños del campo y de su voluntad, con el poder bastante para decidir de todas las elecciones y pesar sobre el gobierno. Se comprendió en breve que esta creencia se les convertía en sustancia, y que, por tanto, siendo ellos fuertes por el número, convenía neutralizar su fuerza material con otra más inteligente.

Luego observa como mayor claridad que,

. . . En breve las democráticas se multiplicaron en toda la república, estrechamente relacionadas y organizadas en una inmensa falange de batallones, sin armas ni disciplina, pero prontas a la lucha; y llegaron a ser, no sólo una gran potencia política, una especie de estado voluntarioso y engreído, dentro del estado legal, sino un grande estorbo y dificultad permanente para los gobernantes y un serio peligro para la sociedad entera (219; I).

De igual parecer era Salvador Camacho Roldán, otro de los principales dirigentes radicales, quien afirmaba en sus *Memorias* (1948) que las sociedades de los artesanos fueron peligrosas, porque podían llegar a ser una dictadura militar. El riesgo estaba en,

. . . la ignorancia de los que las componen, que por esta causa pueden ser fácilmente extraviados a sentimientos coléricos y antisociales, pues es sabido que la cólera y la desconfianza o la suspicacia son las tendencias generales de los espíritus incultos, así como el dominio sobre las pasiones es la primera muestra de lo que se llama civilización. El otro peligro viene de la existencia de un estado social de carencia de facilidades para vivir del trabajo y proveer de las necesidades imprescindibles del hombre (109).

Lo que estos liberales radicales no toleraban en el fondo, pues, era que los subalternos fueran sujetos de su propia historia, de su propio proyecto de Estado.

La experiencia de recepción y apropiación del discurso de la élite Gólgota hecha por los sectores populares, su ascenso y acomodo en el panorama político nacional, se ilustra igualmente con la alegórica trayectoria social de Tadeo. Dice el narrador que Tadeo ascendió de peón a hacer boletas de comparendo, luego comenzó a escribir documentos, sacando listas de trabajo de personal, más tarde de elecciones hasta llegar a juez, alcalde y director de cabildo, “De modo que hoy señor don Tadeo entiende de elecciones, cabildos, pleitos, contribuciones y demandas”, “y todavía no sólo eso, sino que don Tadeo interviene en los testamentos, y en los casamientos, y en las peleas de las familias, y en los bailes, y en las fiestas y en todo” (115-6; XIII). Este recorrido de un sujeto que trepa en la esfera estatal y social gracias a la apropiación política de la cultura letrada y del discurso nacionalista hasta llegar a competir por el poder usando las propias palabras que aprendió de los amos, y quien además emplea el tono más radical de la narrativa contrahegemónica presente en la novela, personifica metonímicamente el empoderamiento de Calibán, de los sectores populares de la Nueva Granada, que se tomaron en serio la invitación de los Gólgotas de participar del Estado nacional.

Un ejemplo histórico equivalente, guardadas las proporciones, pero diciente de la apropiación y ascenso de miembros del pueblo del discurso y del contexto político abierto por el nacionalismo liberal de mediados de siglo, es el del artesano cofundador de la Sociedad Democrática, Ambrosio López. En un breve relato de su autobiografía, López cuenta que a pesar de ser hijo de un sastre y una vendedora de chicha y pan, de

humilde artesano y pequeño comerciante asciende a oficial y capitán de la guardia nacional hasta llegar a ser alcalde, juez y prefecto (*El desengaño* 10-15).

Además de Manuela, Dimas es otro personaje central a través del cual Díaz busca incorporar el discurso insurgente diseminado durante aquel tiempo en el realismo de la historia. Indudablemente, la historia de Dimas le permite al novelista ilustrar de modo inmejorable para la historia nacional desde la literatura las condiciones específicas del campesinado granadino localizado en la bisagra entre el Estado y la nación durante la década de 1850. Dimas es un aparcerero de hacienda que simultáneamente ha colonizado territorios de la frontera, tumbando monte en el lugar más apartado de la parroquia para construir su rancho y una pequeña labranza en donde sembrar combinadamente agricultura de subsistencia (los productos de pan coger) y de comercio (la fanegada de maíz que cuida Pía). Así, fluctúa entre relaciones de dependencia e independencia y entre formas heterogéneas de economía, trabajo y tenencia de la tierra.

En un claro desconocimiento de su agencia como sujeto de su propia historia, la territorialidad de Dimas, sus costumbres y su técnica son interpretadas de antemano por Demóstenes y el cura en el capítulo VIII, los misioneros civilizadores, como signos distintivos de su falta de civilización⁶⁷. Su supuesto estado “semisalvaje” sirve de pretexto a los dos misioneros de la modernidad para unirse en un proyecto común: lograr que el ciudadano Dimas deje de vivir en amancebamiento⁶⁸. El sometimiento al modelo

⁶⁷ Dice Guha “...the peasant was denied recognition as a subject of history in his own right even for a project that was all his own” (1999: 3).

⁶⁸ Técnicas como el matrimonio eran imprescindibles para consolidar el Estado-nación de acuerdo al imaginario civilizador de entonces, como lo ha estudiado Beatriz González Stephan en “De fobias y compulsiones: la regulación de la barbarie”, en: *Hispanamérica*, 74, 1996: 3-20.

colonizador de cultura que éste plan simboliza, está explícitamente enunciado por el narrador al inicio del capítulo XXXI, cuando dice que el matrimonio significaba una “completa revolución en la montaña” y a continuación, focalizándose en el misionero civilizador del clero, afirma que el cura se gozaba el matrimonio de Dimas y Melchora,

. . . como se gozaría el misionero que volviese a someter a los infieles de un pueblo de la Guajira, porque los contrayentes se habían resistido por muchos años a los sermones y a los consejos evangélicos del cura, y aún a los mandatos del dueño de tierras; aunque, a la verdad, Melchora y Dimas no eran los únicos que estaban casados temporalmente, o casados por el doctor Montes, como decían en la parroquia (317).

Este plan, sin embargo, fracasa porque el campesino acepta casarse finalmente obligado por su patrón y no seducido por las razones de los apóstoles de la modernidad colonial. El sentido de este fracaso es reforzado por el desenlace del proyecto de matrimonio.

Cuando el futuro esposo está a punto de casarse en la iglesia, huye de vuelta al refugio de la montaña en el momento en que es asesinada Manuela. El hecho de que se haya negado finalmente a ser parte del proyecto de la modernidad colonial, que representa ese matrimonio armado desde arriba, huyendo al “refugio de la montaña”, son acontecimientos que pueden leerse como el intento fallido de las élites por lograr un dominio hegemónico que superase durante el proceso de consolidación del Estado-nación el dominio sin hegemonía que había sido ejercido desde la fundación de la república (Guha, 1989: 210-309).

No hay que pasar por alto que la montaña a donde huye Dimas había sido anteriormente “El asilo de la montaña” para Manuela en el capítulo XVI. En ese entonces, Manuela le había dicho a Pía que venía huyendo de Tadeo, quien gobernaba la parroquia a su arbitrio, “por falta de leyes y de gobierno” que protegiesen sus derechos y

garantías ciudadanas (142). De hecho, el capítulo titulado “La casa de un ciudadano. VIII” está dedicado a describir con lujo de detalles el significado de espacio fronterizo que entonces tenían los montes, las áreas cubiertas de selva. A través de Melchora se le informa al lector que a la montaña solían huir en busca de libertad aquellos campesinos y campesinas que ya no soportaban las relaciones coloniales continuadas y renovadas por la república, ésto es, la presencia de un Estado básicamente coercitivo y el ejercicio de un sistema de hacienda tradicional basado en la práctica de relaciones seudofeudales de trabajo, explotación y violencia (Valencia 61-2). Esta información implica un ataque a la mentalidad de los civilizadores de la novela, consustancial con los dominadores de la historia nacional, que consideran la marginación, o su huída hacia las zonas de frontera, de los campesinos como casos de *semibarbarie*. Es decir, la novela reconoce al campesinado de la ficción como al de la historia nacional el sentido y el derecho a ser agente de su propia historia.

Pero la resistencia de Dimas no se reduce a escaparse a la montaña para evitar el matrimonio en las condiciones sangrientas que le propone el final de la historia. Ésta se manifiesta con mayor contundencia a través del cuestionamiento verbal que, libre de reverencias coloniales, realiza del paradigma de civilización y barbarie, imaginado por los civilizadores. En el capítulo XIX, cuando Demóstenes le habla del dogma de la igualdad, Dimas lo niega con desenfado popular diciéndole que los dos eran tan iguales como un árbol de botundo a una mata de ají; el Gólgota le reconviene enojado diciéndole que era un “retrógrado” por que no entendía que dicho dogma era imprescindible para los ciudadanos granadinos. Dimas lo impugna diciendo,

— ¿Y por qué no me saluda su persona primero en los caminos y se espera a que yo lo salude? ¿Y por qué le digo yo mi amo don Demóstenes y

sumercé me dice taita Dimas? ¿Y por qué los dueños de tierras nos mandan como a sus criados? ¿Y por qué los de botas dominan a los descalzos? ¿Y por qué un estanciero no puede demandar a los dueños de tierras? ¿Y por qué no amarran a los de botas que viven en la cabecera del cantón, para reclutas, como me amarraron a yo en una ocasión, y como amarraron a mi hijo y se lo llevaron? ¿Y por qué los que saben leer y escribir, y entienden de las leyendas han de tener más priminencias que los que no sabemos? ¿Y por qué los ricos se salen con lo que quieren, hasta con los delitos a veces y a los pobres nos meten a la cárcel por una majadería? ¿Y por qué los blancos le dicen a un novio que no iguala con la hija, cuando es indio o negro? (175).

Lo primero que resalta en el discurso de Dimas es su descripción de las prácticas altamente jerarquizadas que gobernaban cotidianamente aquella sociedad *seudofeudal*. Aquí pueden identificarse muy bien características de lo que Guha llama campesinado en una sociedad *seudofeudal*. En este tipo de sociedad, dice Guha, “. . . the element of coercion was so explicit and so ubiquitous in all their dealings with the peasant that he could hard look upon his relationship with them as anything but political” (1999: 8). A este alto grado de coerción es que Dimas hace referencia, negando el concepto de ciudadanía que pretendía encubrir retóricamente una igual inexistente en la práctica.

Las observaciones de Dimas, un personaje de abajo, sirven por su calibre insurgente más que nada de pretexto para aclararle no tanto a Demóstenes como a los lectores de la novela, que la situación marginal del campesinado no se explicaba por factores naturalmente anacrónicos de una barbarie sin civilizar, como la manifestaran los civilizadores en el capítulo VIII⁶⁹.

Dimas le explica a Demóstenes que la marginación del campesinado tenía su origen en el condicionamiento histórico de prácticas cotidianas, *seudofeudales*, de desigualdad social, política, económica y cultural, ejercidas por los grupos dominantes de

⁶⁹ En donde el cura se lamenta del “atraso moral” de Dimas y Demóstenes, de su “atraso técnico” (65).

la sociedad, que se traducían en un acceso desigual a la riqueza, a la tierra, al saber y a los deberes y derechos brindados por las normas jurídicas del Estado⁷⁰. Su respuesta implica un sentido de subalternidad contrahegemónico, que involucra un cambio de enfoque político y cultural, la presencia de un sentido de contrahegemonía desde una perspectiva subalterna que, de modo similar a Manuela, desestabiliza la perspectiva de Demóstenes y el cura, para quienes el campesinado pobre estaba fuera de la historia en tanto no era y no fuera objeto ni sujeto del proyecto de la modernidad colonial.

Se puede ver en este diálogo, como en tantos otros en los que se niega, desconoce o critica la razón letrada de la élite, el sentido de la agencia subalterna como negación. En su alocución a Demóstenes, Dimas se sitúa y reconoce a sí mismo como sujeto de historia, aunque no la imaginada por Demóstenes. Perfectamente legible desde la perspectiva local, dicha historia es invisible para y por el *locus* de enunciación de la modernidad colonial. El *auto-emplazamiento* de Dimas en la historia se corresponde con el objetivo que persigue la tesis de la novela de recuperar las pequeñas historias de la nación silenciadas por la historia y la literatura oficiales.

Además de cuestionar la autoridad de la razón ilustrada, Dimas desestabiliza también la razón de su autoridad, esta vez en su versión eclesiástica. Como se recordará, el campesino le había respondido al cura por intermedio de su concubina que no aceptaba casarse porque ya habían pasado los tiempos en que un hombre no podía vivir libremente con una mujer y que ni la justicia ni el cura podían quitarle su libertad (63; VIII). De este tipo de respuesta pueden inferirse algunos aspectos sintomáticos del grado de influencia alcanzado por las Democráticas a nivel nacional presentes en la atmósfera de la ficción.

⁷⁰ Como lo ejemplificaba mejor que ningún otro caso el gran Cauca de acuerdo a las *Memorias* de Ramón Mercado.

Refleja, por un lado, la apropiación hecha “desde abajo” por Dimas, un personaje del pueblo, de las consignas de la Revolución Francesa para desconocer la autoridad de la élite eclesiástica a intervenir en su vida privada⁷¹; asimismo, es visible en la actitud rebelde e igualitaria asumida por el campesino, que también fue una característica de la cultura política popular, como lo describe Margarita Pacheco a propósito de Cali, y que se manifestó por representar la contra-cultura, por desplegar una actitud contestataria y por un afán de vivir al margen de las convenciones sociales de la cultura criolla *seudo-aristocrática* (190); finalmente, el mensaje guarda una carga de irreverencia muy dicente de cómo las transformaciones de medio siglo habían fracturado seriamente la hegemonía cultural de las estructuras de poder tradicionales como la Iglesia.

Otro personaje que se suma a quienes representan el actante, en el sentido de Greimas, que participa en este quiebre de la hegemonía cultural de las élites es Melchora, la concubina de Dimas. Su participación se inicia en el diálogo del capítulo VIII, cuando la campesina le explica a Demóstenes que su pierna no se curaba de la enfermedad del vejigón porque la pobreza del grupo familiar la obligaba a trabajar sin descanso; Demóstenes le pregunta que cómo podía ser posible que hubiese pobreza en el campo donde había tanta riqueza natural.

“— ¿Y qué hacemos con ellas?”, responde la campesina:
— ¿Cómo, qué hacemos con ellas? Descuajar todos estos montes y sembrar plantaciones para la exportación, como café, añil, cacao, algodón y vainilla; y no sembrar maíz exclusivamente como hacen ustedes.
— Muy bueno sería todo eso; pero la pobreza no nos deja hacer nada, y que como no hay caminos, ahí se quedaría todo botado; y no es eso sólo, sino que los dueños de tierras nos perseguirían. Es bueno que con lo poco

⁷¹ Las consignas centrales de la revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, se convirtieron en el credo político del movimiento popular de medio siglo; hicieron parte imprescindible de la educación impartida a sus miembros por las Democráticas (Samper 1946, I: 218; Gutiérrez Sanín, 1995: 229-33; Aguilera Peña y Vega Cantor, 1998: 89-138).

que alcanzamos a tener a medio descuido ya nos están echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo ¿qué sería si nos vieran con labranzas de añil, de café y de todo eso? (61).

Estas palabras constituyen una sencilla y pasmosa refutación del marco interpretativo de la modernidad colonial, como lo sugiere implícitamente el narrador al dejar sin una acotación consiguiente a Demóstenes: el discurso del letrado se queda sin voz.

Al considerar por separado el enfoque planteado por los sujetos de este diálogo, se observa que, por un lado, Demóstenes asume de antemano la pobreza del campesinado en una tierra tan fértil como un absurdo (de ahí su sorpresa) que sólo podía atribuirse a su falta de iniciativa, a su poco olfato de empresa y a su pobre ilustración y menos técnica. Su *prejuicio* implícito es el de que eran pobres porque carecían de razón moderna, porque no se han subido al tren de la historia, que no podía ser otro que el de la modernidad colonial, cuya lógica Demóstenes presume dominar señalando aquello que los campesinos deberían hacer tan sólo si fueran más razonables en términos modernos, “tumbar monte, sembrar y exportar”.

La interpretación de la realidad local desde el paradigma de la modernidad colonial que caracteriza a Demóstenes, y que le impide ver la realidad nacional que esta provincia simboliza al ser llamada “X” por el narrador, está dibujada con toda nitidez desde el momento en que llega al pueblo en el capítulo II. En aquel episodio inicial de la historia, careciendo aún de una experiencia directa del estado de civilización o cultura del pueblo, Demóstenes le pregunta sorprendido a Clotilde cómo podía ser que una mujer tan bella como ella habitara “aquellos desiertos”, refiriéndose a la parroquia (17). Este comentario evidencia el paradigma con el que Demóstenes, al igual que la élite liberal

que intensificó la colonización interior desde mediados del siglo, asume la nación, como un lugar vacío de civilización, sin historia, en tanto lo supone periférico a los espacios, a los centros urbanos, que supuestamente ya habían sido plenamente conquistados por el proyecto global de la modernidad colonial.

El pensamiento que Demóstenes exterioriza desde el inicio de la historia sigue aproximadamente la siguiente lógica: un hombre blanco como él, residente y legislador de la cabeza del Estado-nación, quien había hecho ya el viaje civilizador a los Estados Unidos y a Europa (por barcos y por libros como José María Samper, el paradigmático civilizador Gólgota de aquella época de la historia,⁷² representaba el sujeto nacional en su estado más avanzado de civilización y progreso. Delante suyo, debía encontrarse una población que por carecer de aquella formación cultural se hallaba indudablemente en una etapa primigenia, “natural”, de barbarie, respecto a la “evolución de la humanidad”, ejemplificada en su fase más avanzada por las sociedades y Estados-nacionales de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Desde este imaginario del mundo, un individuo o un pueblo se acerca o se aleja de la historia de la humanidad en la medida en que así lo haga del proyecto de la modernidad colonial emanado desde estos centros modernos. Sin embargo, todo este sofisticado raciocinio es refutado con brillante y pasmosa simplicidad por la ciudadana de la montaña.

En cambio Melchora, situándose en la perspectiva de la historia local, *refocaliza* con su argumento de Europa a la parroquia el problema de la pobreza familiar. Ilustra a

⁷² Sobre el viaje civilizador de los criollos y la referencia europea en la construcción nacional de Colombia entre 1845 y 1900, ver Frederic Martínez, “En los orígenes del nacionalismo colombiano: Europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894).” *Boletín Cultural Bibliográfico* 32.39 (1995): 26-59.

Demóstenes sobre lo que parecía ignorar, esto es, los grandes factores internos que históricamente determinaban el pobre comportamiento económico no sólo de la parroquia sino del Estado-nación en su conjunto; le explica, primero, que la producción local no podía aspirar ni siquiera a un mercado interno importante por falta de vías de comunicación, lo cual era consecuencia de la poca presencia e iniciativa del Estado; y segundo, le revela que aún la más insignificante iniciativa de producción de una agricultura de comercio por parte del campesinado pobre, era frenada por la oligarquía del latifundio tradicional, que incapaz de renovarse a sí misma, expresaba la ansiedad de su agotamiento en el exceso de coerción, violencia y explotación de los cuerpos subalternos⁷³. Cerrado y estático, por el dominio excesivo que ejercía sin hegemonía, el sistema de latifundio tradicional se revela en la tesis global de la novela como uno de los principales obstáculos para la constitución y el progreso del Estado-nación⁷⁴.

En conjunto, las razones de Melchora sumadas a las de Dimas le *enseñan* a Demóstenes lo que el punto ciego de la mirada modernizadora le impedía ver, el de la colonialidad. Desde la perspectiva de su historia de pobreza y sometimiento, los ciudadanos de la montaña le demuestran que evidentemente tenían un saber, una *episteme*, para entender y explicar los factores de su marginalidad, y por tanto de la penuria de la familia nacional que por asociación simbolizan⁷⁵. Juntos articulan en la

⁷³ Ver Germán Colmenares, capítulo II. Las cuestiones que se debatían. (A. Económicas)” (1980).

⁷⁴ En esto coincide Díaz con el pensamiento de miembros de las élites liberales contemporáneas, como Salvador Camacho Roldán (1946: 201-2).

⁷⁵ A propósito de esta diferencia entre el enfoque desde arriba y desde debajo de la realidad nacional durante este periodo, Francisco Gutiérrez Sanín afirma,

Pero mientras que la distopía de las clases altas es ontológica -las trayectorias vitales actúan como condena, la barbarie es producto de ser alguien, no de querer algo- las

narración la crítica desestabilizadora que la familia popular tenía para enseñarle a la modernidad colonial, aquella conformada por las pequeñas voces de la historia de los artesanos y de los pobres del país, relegada precisamente por y para el proyecto de la colonialidad europea en complicidad con las élites nacionales.

El contrapunteo entre Demóstenes y los subalternos, entre dominadores y dominados, del cual está saturada la novela, entre la narrativa contrahegemónica de los representantes de la cultura oral local y la narrativa de la modernidad colonial del representante de los letrados nacionales envueltos en el proyecto de colonización interior, constituye pues la estructura que le da armazón al edificio de la novela, y justifican el esquema analítico empleado en el presente trabajo. Como lo han observado Raymond L. Williams (1989) y María Mercedes Ortiz (2002). L. Williams considera que la dinámica entre oralidad y escritura es el aspecto más importante de la novela, pues es a través de ésta que son articuladas por Díaz las posiciones ideológicas de la novela; declara que su presencia obedece indudablemente a una conciencia mayor de la cultura oral de parte del escritor y a una clara intención de integrarla en la novela (596).

Por su parte, María Mercedes Ortiz desarrolla la propuesta de Williams planteando que personificada en Manuela, Díaz le concede una agencia grande a la cultura oral de los pueblos locales, a la patria real y a lo femenino en el diálogo tenso que ella sostiene con Demóstenes, personificación de lo nacional, la patria abstracta, letrada y masculina (141). En el presente trabajo, considerando la dinámica histórica de 1850 por la lucha hegemónica del Estado nación, se ha querido complementar la lectura de Williams y Ortiz, planteando que ese contrapunteo le da resonancia en la literatura a la

distopías plebeyas intentan interpretar cuáles son los intereses específicos que se encuentran detrás de la barbarie” (1995: 114-115).

narrativa contrahegemónica popular que tuvo lugar en la historia, la de las sociedades democráticas.

De acuerdo a la tesis aquí defendida, una re-lectura atenta a las pequeñas voces de la historia expresadas a través de este contrapunteo de la novela entre dominadores y dominados, que haga la doble lectura, alegórica y metonímica, entre la línea narrativa de la historia ficticia y la de la historia real, entre la historia privada del amor y la historia pública de la política, permitiría concluir que existe en *Manuela* una narrativa de carácter contrahegemónico y popular, alojada en los intersticios de la narrativa de la modernidad colonial; fragmentaria, dispersa, implícita, metonímica e incluso articulada en la prosa de contrainsurgencia, dicha narrativa capta en todo caso el tono y el imaginario que adoptó el movimiento popular de las Sociedades Democráticas, inmediatamente antes y después de los sucesos de 1854. En el capítulo que sigue a continuación se propone ampliar y profundizar el examen de su estrategia contrahegemónica, concentrándose en mostrar como la novela desestabiliza, deslegitima e invalida los paradigmas letrados y elitistas que en su tiempo interpretaron ese fracaso.

CAPÍTULO V

Tadeo, el fantasma de lo popular en *Manuela*

En este capítulo se estudia el personaje del bandido y el discurso del bandidaje. Se defiende la tesis de que la extrema maldad de Tadeo así como el discurso del bandidaje motivado por su agencia son más que nada un pretexto para, desde los márgenes y la distorsión, darle *dis-curso* a una narrativa política de carácter popular. El propósito es ilustrar que mediante la representación superficial de éstos, al modo como lo practicaban las élites para deslegitimar la agencia popular, la novela logra producir, a un nivel profundo, el efecto inverso. En este sentido, se va a leer a Tadeo como un personaje que, ondulando como una suerte de gozne entre la ficción y la historia, se presta para dirigir estratégicamente la mirada del lector al conflicto social colombiano de mediados del siglo, con el fin de exponer la falta de legitimidad y los límites de las narrativas y los proyectos elitistas consolidación nacional.

Dice que ya pasaron esos tiempos en que no era libre un hombre para vivir con una mujer cualquiera, y que para eso ahí están viviendo juntos muchos solteros en la parroquia, y que así como así, ni la justicia ni el cura le pueden quitar su libertad.

Es el mensaje que Dimas le envía con su concubina, Melchora, al cura Jiménez.

Escandalizado, el sacerdote reacciona diciendo:

— ¡Hola! ¿Conque ya las doctrinas de Tadeo alcanzan hasta la última choza de la montaña? Porque Tadeo es el que les predica esas doctrinas, y don Leocadio algunas veces. Dígale usted a Dimas que hable conmigo,

que yo volveré el jueves, y usted haga todo empeño a ver si se casan en este mes; hágalo usted en bien de la familia, para que se eduquen esos muchachos con alguna regularidad y no resulten perjudiciales al Estado y a las mismas haciendas; porque usted habrá reparado que de estas uniones civiles de los trapiches y las estancias no resultan sino uno o dos muchachos enfermizos, para cuya educación no ayudan los padres: hágalo por la familia, *ñuá* Melchora (63; VIII)

Este fragmento ilustra un comportamiento paranoico. El cura asume que la actitud rebelde del campesino Dimas esta secretamente relacionada con la influencia que ejerce en el pueblo Tadeo, que personifica en la novela todo lo que es adverso, perverso, bárbaro, enemigo de lo civilizado. Pero no hay evidencia alguna de tal confabulación; por el contrario, Tadeo y Dimas son personajes antagónicos en los capítulos XXVII y XXIX, siendo Dimas quien justamente secuestra el archivo de Tadeo para entregárselo a Demóstenes en un episodio de los últimos capítulos.

Un talante muy similar al del cura muestra Demóstenes, el representante de la élite liberal, hacia quienes, como Dimas, están en desacuerdo con los valores, la narrativa y el punto de vista de los liberales radicales. Demóstenes no piensa ni por un momento que Dimas prefiera vivir de un modo diferente al propuesto por los promotores de la modernidad y del Estado nación; considera que no lo hace, simplemente, porque es un “bruto”, un “retrogrado”, un “atrasado”, el ser más cercano a la barbarie de quienes viven en la parroquia. Esta condición, de acuerdo al imaginario letrado, lo pone del lado de quien concentra en sus vicios y defectos la extrema barbarie, violencia y brutalidad, Tadeo. Así, los letrados de la novela del mismo modo que los de la historia tienden a ver relaciones de continuidad, o “influencias”, entre esta emanación personificada de los males locales y la resistencia, insurgencia o negación de los campesinos locales.

Este desconocimiento de las demandas sociales de los subalternos por parte de la ciudad letrada es el que va a tomar cuerpo discursivo en el discurso del bandidaje. Como dice Davobe, "... the bandit trope mark what needs to be excluded, subordinated, or suppressed, it also marks what escapes the material and symbolic control of the elite. It is what exceeds its paradigms" (Dabove 6). Tadeo es precisamente el personaje que en la historia de la novela concentra en su acción todo lo que excede el paradigma letrado, lo que necesita ser suprimido, dominado o sometido: la nación. Pero a este esquema, más allá del nivel de la historia, lo desestabiliza la novela en su conjunto, dando sobrados motivos al lector para repensar, en el contexto de la historia de mediados del siglo XIX de Colombia, la validez del paradigma entre civilización y barbarie, gente decente y turba, ciudadanos de bien y bandidos. Sin embargo, esta reflexión ha sido ignorada hasta el presente por la tradición crítica de las letras colombianas, que más bien ha tendido a realizar una lectura de *Manuela* ajena al sentido histórico que en el contexto de la consolidación nacional pudo tener su escritura, publicación y desplazamiento final a la periferia del canon.

A partir de la consideración de que las novelas del siglo XIX no se escribían exclusivamente para entretenimiento exótico de ociosos lectores sino para competir por distintas versiones de Estado-nación y de cultura, la presente lectura se enfoca en el argumento que la novela buscaba defender en los debates del horizonte histórico. Es en este contexto que trata de dar cuenta del sentido ambiguo, contradictorio y la función del personaje central que posa como el antihéroe de la novela, Tadeo. De modo similar a lo que sucede en el fragmento citado al inicio de este capítulo, en donde el cura sindicaba a Tadeo de causar los actos de rebeldía de Dimas, el personaje más cercano a representar la

resistencia de la comunidad rural a los patrones letrados eurocentristas, se verá a Tadeo manifestarse y actuar como una presencia que influye o parece influir desde una dimensión de difícil captura, según lo ilustra el hecho sorprendente de que sea enteramente a lo largo de la novela más que nada espíritu, sombra y oscura influencia en lugar de un personaje de carne y hueso.

La dificultad que Tadeo representa como punto de referencia se simboliza en la distorsión del sujeto observado. Como si se tratara de un mal recuerdo que la memoria traviste para hacerlo más soportable a la consciencia, Tadeo se enmascara frecuentemente, disfrazándose de ermitaño (291; XXVIII) y embozándose (25; III). Dicha distorsión parece ser también característica del punto de vista del narrador cuanto se ve en la obligación de describir al sujeto que representa el mal, el bandido de la historia. Efectivamente, en la única ocasión que el bandido se expone a ser visto claramente, a plena luz del día y sin disfraz alguno, el narrador parece no poder o no querer revelar la verdadera cara del bandido, pues colocándose a prudente distancia, se limita a informar lacónicamente que Tadeo estaba sacándole punta a un lápiz y llevaba una ruana colorada mientras permanecía parado en el umbral de su oficina de tinterillo (34; IV)⁷⁶.

Este aprieto frente al bandido, como referente del discurso, es un motivo que se duplica en otros niveles de la narración. Así, distancia y distorsión también son características particulares que conforman la visión que tienen de Tadeo el resto de los personajes antagonistas. Repetidamente se refieren a él como a una plaga (14; I); su

⁷⁶ No debe pasarse por alto el hecho significativo de que tanto ruana colorada como el lápiz fueron precisamente los símbolos de la identidad de las Sociedades Democráticas cuando agudizaron su interpelación del relato de la modernidad desde las calles de la ciudad y desde las imprentas de los periódicos como *El Artesano*, *La Alianza* o *El Demócrata*.

posición partidista se desvanece en el aire de la sospecha cuando doña Patrocinio no acierta a decirle a Demóstenes si Tadeo era conservador o liberal (115; XIII); y esta incertidumbre se lleva a un grado máximo en el antepenúltimo capítulo de la novela, cuando el lector se entera de que en las cartas del archivo secuestrado a Tadeo se encuentra correspondencia remitida por representantes de todas las tendencias contemporáneas envueltas en la lucha por monopolizar el Estado; asimismo, en el capítulo final de la novela, a punto de salir para la Iglesia a casarse, Manuela cree ver a Tadeo cruzar la calle; entonces, es el lector quien, esta vez, se ve obligado a inferir, partiendo de esta breve y vaga visión, que fue Tadeo quien causó el incendio de la Iglesia en el que perece la heroína de la historia porque ni el narrador ni los personajes dan testimonio alguno de haberlo visto cometiendo el susodicho delito (319-20; XXXI). ¿Quién es entonces Tadeo? ¿A qué sector de la historia de construcción nacional representa su figura ambigua y fantasmal? ¿Qué sentido tiene la imposibilidad de nombrarlo, el impasse referencial en que están atrapados tanto el narrador como los personajes, e incluso el lector mismo? ¿Por qué sólo es posible nombrarlo acudiendo a una distorsión de los medios de la representación? Se responde aquí a estas preguntas sosteniendo la tesis de que Tadeo funciona como una matriz híbrida y catacrética a través de la cual Díaz representa la ansiedad social producida por la revolución liberal de medio siglo (1848-1854). Híbrida porque como figura expresa simultáneamente la ansiedad vivida tanto por las élites como por los sectores subalternos durante la crisis social del medio siglo.

Catacrética porque mediante sustituciones y desplazamientos tropológicos expone los límites de la utopía y dis-topia del Estado-nación durante la revolución liberal de

mediados del siglo XIX. Es decir, la catacresis es una figura retórica que amplía, forzando, el significado que tiene una palabra para poder dar nombre a un objeto que carece de él. Consiste en aplicar el nombre de una cosa a otra semejante que no lo tiene particular; por ejemplo, llamar "hoja" a la de la espada. La violencia del sentido que opera esta consignada ya en su origen etimológico: del lat. "catachresis", del gr. "katáchresis", abuso. Pero esto aplicado al campo político, siguiendo a E. Laclau (2003) "significa simplemente que hay una situación empírica de ausencia de un nombre" (1). En este caso, aquello que no tiene nombre para la elite política que luchaba por un modelo de Estado, esa demanda subalterna de ser parte del Estado, aquello de lo que no tenía experiencia, no podía tener sentido ni un nombre cubierto por la legalidad del lenguaje. Nombrarlo con la prosa de la contrainsurgencia, como un acto de bandidaje, era un intento de dominar una experiencia que les producía mucha ansiedad.

Aceptando la premisa de que Tadeo como matriz híbrida y catacrética representa la ansiedad social producida por la revolución liberal de medio siglo, se considera a continuación el uso del significante del bandido en la narrativa conservadora y liberal; se aborda el uso que de este significante hicieron los sectores subalternos; y, finalmente, se concluye examinando el sentido que el tropo del bandido puede tener para el lector desde el conjunto de la novela.

Los letrados conservadores organizaron su narrativa civilizadora en torno al mito de una confabulación jacobina (González 1997), que desde mediados del siglo XIX había articulado tanto la Iglesia Católica como por el pensamiento reaccionario español y europeo. La hipótesis del mito antijacobino afirmaba que la Ilustración y las ideas de igualdad social generadas por los movimientos de insurgencia popular del siglo XIX,

participaban de una conspiración universal de los enemigos de la religión, del orden y del bien, iniciada con los sacrílegos de Voltaire, Rousseau, los revolucionarios franceses y los masones. Los conservadores colombianos reciclaron este discurso para frenar y enfrentar tácticamente la enorme popularidad alcanzada por la narrativa del liberalismo y la modernidad durante los siglos XVIII y XIX.

El mito antijacobino le permitió a los conservadores colombianos satanizar los esfuerzos de cambio impulsados por el liberalismo. Este es el fenómeno que ilustra, por contigüidad, la historia de la novela cuando el cura culpa a Tadeo de ser el causante de la resistencia de Dimas a ingresar en el plan de cultura católico. Para el cura de la novela, como para los de la historia patria, el hereje es el peor de los monstruos porque al agredir a la Iglesia católica atacaba a la religión; y sin religión, el pueblo no tenía el freno de la moral cristiana, quedando expuesto a cometer los pecados inherentes a su condición:

¿No tiene qué hacer la política con el sacerdocio?... Y en una parroquia de éstas donde nadie lee, donde nadie explica ni recuerda la ley escrita, donde nadie se apura porque haya escuela ¿quién señala el camino del deber? ¿Quién recuerda el respeto a los padres? ¿Quién contiene el robo que pudiera hacerse al hacendado? ¿Quién lucha en favor de la institución del matrimonio, base de la sociedad política? (III)

Es decir, el pueblo es salvaje por naturaleza; de ahí su tendencia al crimen, al robo y a las malas costumbres (158; XVII).

Bajo este paradigma, que distorsiona la identidad del subalterno y deslegitima su derecho a ser agente social y político de su propia historia, las luchas sociales del medio siglo colombiano estarán vinculadas a la maligna influencia de las fuerzas del mal que a nivel mundial buscaban destruir la religión, la filosofía, la moral y la cultura cristiana. El marco de este esquema interpretativo, dentro del cual se orientaba la lucha conservadora local de aquellos días, queda planteado sucintamente al inicio de la novela, cuando el

cura le responde a Demóstenes que la lucha contra el protestantismo lo tenía más ocupado que nunca (24; III). Con ello, el novelista no hace más que reproducir la orientación del discurso conservador de mediados del XIX.

Esto es lo que evidencia la prensa escrita de aquellos años. En el *Ariete*, por ejemplo, periódico conservador caleño que luchó cabeza a cabeza contra *El Sentimiento Democrático*, vocero del movimiento de las Democráticas de Cali, se satanizaba y criminalizaba rutinariamente las acciones populares dirigidas contra el orden seudofeudal del antiguo Valle del Cauca. En el número 33 del 10 de enero de 1850, los redactores llaman a la creciente insurgencia popular como actos propios de un pueblo “insolente, bárbaro, inmoral, hereje, vicioso y ocioso” (“Descubrimiento importante”).

El prototipo de esta distorsión de la lucha social se ve más claro en la impugnación hecha a su turno por los redactores de *El Sentimiento Democrático*. Estos refutan a los del *Ariete* reprochándoles que:

Ellos procuran en erigir en instrumentos de sus miras, a aquellos ministros destinados a propagar los encantos de la verdad evangélica: ellos inventan herejías que atribuyen al partido liberal para fulminarle anatemas degradantes: ellos, en fin, han querido convertir el cisma puramente político, en un cisma de religión y de moral sin atender a los inmensos males que trae consigo una divergencia de esta naturaleza (“Alerta”, No.30, 20 de diciembre de 1849).

En otras palabras, reprochan a los conservadores que quieran atribuir sus demandas económicas, políticas y sociales a un “complot” universal de las fuerzas del mal contra la Santa Madre Iglesia.

La criminalización de la insurgencia popular de medio siglo no fue una práctica exclusiva de la élite conservadora. Los señoritos liberales del ala radical también la adoptaron abiertamente luego de que se fracturó su unidad con los liberales populares.

Su discurso de simpatía, solidaridad, propaganda y estímulo de la agencia política popular de los años 1848 a 1850 se tornó condenatorio y disciplinante desde 1851. Las demandas populares pasaron a ser calificadas de error, ilusión, ignorancia, confusión, estupidez, barbarie y hasta bandidaje.

El cerebro radical de las reformas económicas que buscaban transformar la economía seudofeudal a la del libre comercio, y que efectivamente produjeron el primer boom de una mercancía nacional, Florentino González, decía,

Queremos, pues, una democracia ilustrada, una democracia en que la inteligencia y la propiedad dirijan los destinos del pueblo; no queremos una democracia bárbara, en que el proletariado y la ignorancia ahoguen los gérmenes de la felicidad y traigan la sociedad en confusión y desorden... Levántese la clase pobre e ignorante al nivel de la clase ilustrada y rica; pero no se destruya la inteligencia y la riqueza para igualarlas con aquella. No, mil veces no... (1981)⁷⁷

Es decir, González quería una democracia en la que los de abajo no tocasen para nada las prácticas de desigualdad que eternizaban los privilegios e intereses de los de arriba, excluyendo a los de abajo. Esa sería una democracia hecha al amaño de los de arriba. Esta arrogancia social no la pasaron por alto los partidarios de la que él llamaba “democracia bárbara”: los Democráticos le dieron una gran paliza en una calle bogotana en una noche del año de 1851.

José María Samper, por ejemplo, tal vez el principal ideólogo y agente del acercamiento de la élite liberal radical al sector popular las Democráticas durante 1849, y de su consiguiente politización y participación política bajo los dictados de la democracia liberal, dice en su biografía, *Historia de un alma*, publicada en 1880:

Jóvenes y artesanos proponíamos y proclamábamos las cosas más estrafalarias, dejando el herrero su yunque y el joven elegante los salones

⁷⁷ Citado por Francisco Gutiérrez Sanín (1995, 114), en *Curso y discurso del movimiento plebeyo*.

de la alta sociedad para ir a ensayarnos en la oratoria populachera y declamadora, alzándonos sobre una tribuna que olía a cuero curtido, en medio de cofrades vestidos de ruana en su mayor número, que a las voces inspiraban sus peroratas en la tradicional tutuma de licor amarillo. En breve las democráticas se multiplicaron en toda la república, estrechamente relacionadas y organizadas en una inmensa falange de batallones, sin armas ni disciplina, pero prontas a la lucha; y llegaron a ser, no sólo una gran potencia política, una especie de estado voluntarioso y engraido, dentro del estado legal, sino un grande estorbo y dificultad permanente para los gobernantes y un serio peligro para la sociedad entera. (1946 [1881] I: 219).

Samper tenía sus razones para hablar de sus antiguos aliados con un resentimiento no disimulado.

Él mismo describe el momento de su ruptura durante la última reunión que sostuvo como miembro de las Democráticas en 1851. Aquella noche subió a la tribuna y les explicó a los artesanos el problema de la protección desde el punto de vista liberal, ésto es, que con el proteccionismo “la vida vendría a ser artificialmente cara para todos, y los artesanos que fuesen favorecidos en sus respectivas industrias perderían lo que en ellas ganaran, y algo o mucho más, a virtud del alza del precio de todo lo que tendrían que consumir.” Como eran ignorantes, dice, no entendieron nada de la ciencia económica que trató de explicarles, y pidieron que lo bajaran de la tribuna; como no quería bajar porque no había concluido, le advirtieron que si no lo bajarían a palos: “Me bajé en efecto, atravesé el salón mirando a la asamblea democrática con supremo desdén, y nunca volví...” (238-9).

Un último ejemplo. Consumada la ruptura entre la élite radical y los sectores populares del liberalismo en 1852, las Democráticas, para diferenciarse, empezaron a identificar su movimiento con el líder popular José María Obando. Los señoritos liberales reaccionaron acudiendo al discurso del bandidaje para satanizar la independencia de sus

antiguos aliados, como se observa en los periódicos liberales de aquellos días. En *El Liberal*, por ejemplo, se lee lo siguiente:

Las sociedades obandistas se han dividido aquí en dos campamentos. La de artesanos, compuesta exclusivamente de hombres de ruana, y secretamente inspirados por el Padre y el Doctor, ha levantado el grito contra la otra fracción de la democrática, que forman hombres de zapato y capa, y los amenaza si intentan oponérseles en las próximas elecciones. Las listas que han presentado para electores se componen en su mayoría absoluta de mozos de la hez del pueblo, casi todos detenidos actualmente en la cárcel como miembros de la compañía de ladrones que marchaba a pasos crecientes a la carrera del crimen. Todos ellos en compañía de las autoridades atronaban un año ha las calles publicas con gritos de ¡Viva Obando! Y tiros de trabuco, alarmando a las pacíficas familias que dormían tranquilas (No 8, Bogotá, 9 de junio de 1852).

La cólera de este fragmento ejemplifica muy bien reacción de los sectores de la elite frente al movimiento popular, a medida que éste perfiló su ideario político y sus acciones alrededor de los intereses de su propio sector: su condición política y su legitimidad, en tanto movimiento social, son desconocidos y deslegitimados por la élite liberal (que comparada con la conservadora, era la menos reaccionaria), incapaz de entender o aceptar la posibilidad de que los de abajo pudiesen tener una agenda política propia en los planes de consolidación nacional.

¿Qué comportamiento común se observa, entonces, entre las élites, conservadores y liberales, acerca de la acción política popular de medio siglo? Algo muy similar a lo que Ranajit Guha ha llamado la “prosa de la contrainsurgencia” (2002) y Juan Pablo Dabove “narrativa del bandidaje” (2007). Para Dabove, la narrativa del bandidaje se refiere a “... the vast corpus of writing that deals with bandits or with forms of peasant violence called banditry” (34). Ambos conceptos se refieren a un cuerpo escrito que deshumaniza, sataniza y criminaliza la agencia política de los sectores populares. Más que verificar si en realidad eran bandidos o luchadores populares aquellos a quienes se

refiere, importa examinar esta narrativa como un ejercicio de supresión simbólico de actores y actos políticos con una agenda diversa y adversa al Estado y a la modernidad que sonaban los civilizadores letrados.

El discurso del bandidaje, como se recordará, caracterizó la narrativa de la ciudad letrada hispanoamericana. Ésta encontró en el paradigma de civilización contra barbarie, de Domingo F. Sarmiento, un modelo fundacional que, adoptando diversas versiones y grados impuestos por las condiciones locales, sirvió de referencia a prácticamente todas las élites nacionales comprometidas con la consolidación de los Estados nacionales (Dabove 34). La desobediencia, los desafíos y la interdicción de los subalternos a la modernidad y al Estado nación eran bajo este paradigma manifestaciones de la barbarie americana, no reclamos sociales ni políticos del pueblo, es decir, de la mayor parte de la población nacional, de origen rural y de culturales orales.

Pensar de este modo sobre la diferencia del otro interior, de los sectores populares, como bien lo ejemplifica el discurso de Florentino González antes citado, implicaba el hecho grave de que las élites no concebían sinceramente ni estaban dispuestas a consentir la conformación de un cuerpo político nacional de carácter democrático e inclusivo, sino exclusivista y jerárquico, en el que los de abajo se limitasen a ser el músculo, la máquina y la escalera de sus “superiores” propósitos. Si éstos no obraban de acuerdo a esta lógica jerárquica, pasaban entonces a ser objeto del discurso del bandidaje, que los desdibujaba como sujetos sociales y políticos para localizarlos del lado de lo que no tenía sentido, de lo monstruoso, de todo aquello que impedía la encarnación de la razón, la implantación de la civilización europea en América. Esto fue lo que sucedió en la historia colombiana de mediados del siglo XIX cuando los liberales

populares se negaron a seguir apoyando la agenda liberal de las élites sin ver satisfechas sus propias demandas. Por contigüidad, este tema es el que se representa en *Manuela* a través del origen social, la trayectoria política y la criminalización de la figura catacrética de Tadeo.

En la novela, como en la historia, la llegada del bandido al Gobierno tiene características coyunturales, de trasfondo social. Es el sujeto que, según se enuncia alegóricamente en *Manuela*, escala desde abajo hasta llegar a dominar gran parte del pueblo. Su trayectoria, que equivale en cierto modo a una avanzada de la provincia hacia la ciudad, de modo similar al Facundo de Sarmiento, se genera a raíz del vacío de poder que produjo el enfrentamiento de las élites a mediados de siglo XIX. Esta ausencia de poder es tema específico, aunque desplazado en su contenido, de un diálogo central que sostienen los notables del pueblo en el capítulo XV (138). Estos últimos no han querido hacerse cargo de las alcaldías ni de los juzgados, según dicen, porque sus negocios privados no les dejaban tiempo. Por eso han recurrido a gente como Tadeo, con la intención de llenar las vacantes de los jueces y alcaldes. Más allá de un nivel superficial, lo anterior deja entrever sin duda que la llegada de Tadeo, un personaje de abajo, al Estado se ha producido porque las élites han cometido un error de cálculo al no ocupar el espacio público de los pueblos levantados mas allá de la ciudad letrada, vale decir, de la nación.

En la historia de la consolidación nacional, como ya se ha mencionado en capítulos anteriores, el vacío de poder y el arribo de los de abajo al dominio de los negocios públicos se producen cuando la élite radical liberal invita a participar a los sectores populares, que estaban organizados en las Sociedades Democráticas, para quitar

del Estado a los sectores conservadores. Así describe el conservador Venancio Ortiz la peligrosa invitación democrática que las élites liberales extendieron a los sectores populares:

El vulgo de la democrática a quien, por hablarle contra el influjo del clero y contra los privilegios de corporaciones, se le había hablado contra la religión que era su único elemento civilizador; a quien, por hacerle conocer sus derechos, se le había hecho creer que era el pueblo soberano y que podía aspirar a todo a pesar de su ignorancia; a quien para hacerle odiosos los vicios de los ricos, se había hablado contra la propiedad; a quien se había aficionado a la política hasta hacer que abandonara sus talleres gran parte del día para ocuparse de esta materia...(1855: 32).

Los sectores populares aprovechan la situación y, en alianza con la joven élite radical, logran debilitar a los conservadores. Sin la participación popular, los liberales sencillamente no habrían podido llegar al poder (V. Ortiz 1855: 24-5)⁷⁸. Pero luego,

⁷⁸ Así describe V. Ortiz la forma como las Democráticas influyeron decisivamente en la llegada de los liberales al poder:

Los democráticos llenaron el recinto del templo y cuando la elección, contraída ya a López y Cuervo, dio por resultado: 42 votos a favor de éste, 40 a favor de aquel y 2 en blanco; creyendo hecha la elección, prorrumpieron, sin respeto de ningún género, en gritos y amenazas sangrientas, destrozaron la barra que se había levantado para separar el local en que debían funcionar los apoderados del pueblo, invadieron éste y armaron tanto ruido, que, en vano esforzaban su voz los funcionarios públicos reclamando el orden. Como el Presidente había declarado que los votos en blanco no se adjudicarían a ninguno de los dos candidatos y que la mayoría necesaria para decidir la elección, sería la de uno sobre la mitad del número de votantes, fue preciso volver a principiar la votación; pero antes de publicarse el resultado del escrutinio, se repitieron las mismas señales de violencia que ya habían introducido el espanto en el ánimo de algunos diputados. Al fin fue preciso mandar despejar la barra, lo que no sin gran trabajo se consiguió, pero los democráticos rodearon el templo, a pesar de la fuerte lluvia que caía, y continuaron gritando y amenazando. En este estado se procedió a nueva votación, y como algunos diputados temían ya ser asesinados si no se daba gusto a los democráticos, cediendo a este temor votaron por López, que resultó en esta vez favorecido por 45 sufragios. Así fue elevado a la primera magistratura nacional aquel general, y así se dio el pernicioso ejemplo de irrespetar y hacer violencia al cuerpo soberano de la nación (1855: 24-5).

empiezan a cooptar a los liberales cuando éstos pretenden posponer, retardar o ignorar las peticiones y derechos a cambio de los cuales les habían ofrecido su apoyo.

Venancio Ortiz relata gráficamente los intentos de las Democráticas para imponerle al nuevo presidente liberal un pliego de peticiones, así como sus presiones para incidir en la elección de los ministros:

En consecuencia, abdicando el derecho que le daba la Constitución, se sometió al voto de una junta representante de la Sociedad Democrática para nombrar su ministerio, o mejor dicho: lo recibió de ella y corrió a sentarse en los bancos de dicha sociedad, elevándola así al rango de una entidad gubernativa. Sociedades análogas se establecieron en casi todos los pueblos de la República como corporaciones oficiales de que eran miembros todos los empleados, y se empezó a poner en práctica la especie de contrato que se había celebrado con el general López cuando se le propuso la candidatura (26).

Lo anterior evidencia la forma en que la competencia por el dominio del Estado entre élites, históricamente débiles y fragmentadas, creó un vacío de poder que los sectores populares capitalizaron desde abajo. Gracias a esta circunstancia, los sectores populares llegaron a tener un grado de influencia en el Estado de tal magnitud que produjo un verdadero trauma social en los sectores privilegiados. Frente a un fenómeno que superaba literalmente su imaginario socio-político, acerca del Estado nación, como lo prueba la prensa escrita de aquellos años, las élites reaccionaron ansiosamente caracterizando la agencia social y política de los subalternos como actos de barbarie. Esta narrativa del bandidaje es la que se reproduce en *Manuela* a propósito de Tadeo.

Sin embargo, al hablar de la narrativa del bandidaje pueden identificarse matices. En su estudio sobre la presencia de esta narrativa en la literatura Hispanoamérica del siglo XIX, Dabove afirma que, de cara a los proyectos de consolidación nacional, se pueden considerar tres tipos de bandido: "...the bandit as Other, the bandit as an instrument of critique, and the bandit as devious brother and as suppressed origin" (39).

La narrativa del bandidaje presente en *Manuela* corresponde al caso en que la criminalización y satanización del otro como “bandido”, es un mecanismo de falsa crítica para, más que nada, deslegitimizarlo y desconocerlo como sujeto, como actor político compitiendo por opciones distintas de Estado.

Un bandido como Tadeo es, en cierta forma, un caso liminal, porque no está claramente ni en contra ni por fuera de la ley que dicta y sostiene el Estado, como sí lo es el caso en *El Zarco*, de Manuel Altamirano. Paradójicamente, Tadeo es el bandido que trepa socialmente desde abajo por la escalera de las letras hasta llegar a ocupar el Estado. En tanto su administración de la violencia a nombre del Estado llega a ser problemática para los letrados no es solamente porque constituya un caso de arbitrariedad, sino también porque, especialmente, constituye la usurpación del derecho, supuestamente, exclusivo de los miembros de la ciudad letrada a concentrar el ejercicio de dicho poder. Constituir un Estado-nación sin la ciudad letrada, significaba para los letrados una monstruosidad, una perversión del ideal y de la filosofía que inspirara originalmente la conformación de dicha institución, como sucedió con el gobierno de Rosas en Argentina. Como el Rosas de Sarmiento, el Tadeo de Díaz es aquel sujeto que sin haber pertenecido a la élite, logra llegar a disputar y detentar el monopolio del Estado. Ello equivale, de cierta manera, a una avanzada de la provincia hacia la ciudad, de la periferia hacia el Estado-nación, como en *Facundo*. ¿Cómo se refracta la alegoría de esta trayectoria de la ficción en la historia a la que hace referencia *Manuela*?

De modo similar a Tadeo, grandes sectores populares, a través de las Democráticas y la Guardia Nacional, aprovecharon los errores de la élite para copar parcialmente esferas del Estado que antes les estaban absolutamente vedadas. Por tratarse

de un fenómeno político sin referencia anterior en el paradigma letrado de la realidad imaginada como Estado nación, la zozobra de las élites no se hizo esperar; los sectores letrados reaccionaron asociando este nuevo agente político con lo que no tenía sentido: con lo monstruoso, con el bandidaje, tal como lo capta, por proximidad, el fragmento de *Manuela* que encabeza el presente capítulo. Allí se observa con claridad que el cura relaciona la resistencia del campesino Dimas a ser inscrito en la cultura católica con el “monstruo” de la historia. Fuera o no real aquella confabulación parece revestir poca importancia en la ficción como también sucediera en el realismo de la historia. Lo que si importa precisar es que tanto en la ficción como en la historia la deformación del otro ya está inscrita en la mirada del sujeto del que produce el discurso del bandidaje.

Dicha afirmación implica que dicha distorsión no es meramente una cuestión de cálculo consciente. En parte, responde a la fenomenología de los procesos psicológicos determinados predominantemente por el nivel de lo Imaginario, en el sentido del psicoanálisis lacaniano. En Lacan, lo Imaginario está relacionado con el momento en que la criatura humana llega a conformar una imagen del “yo” como lo que es diferente del “otro”, no sin la ayuda de la madre, que desea que sea “otro”, es decir, con la constitución del yo en el espejo (Evans 1996). Posteriormente, lo imaginario está presente en aquellas relaciones que éste sostiene de modo narcisista, no simbólico, cuando proyecta la imagen del yo, que se ha conformado con la intervención del deseo de la madre, en la imagen del mundo como espacio-mundo. Esto trae como consecuencia general que cuando el otro se muestra en desacuerdo con esa imagen, su comportamiento no se percibe como un acto o un gesto de identidad en diferencia, sino como una amenaza a la estabilidad de esa imagen al no parecersele, como un acto de agresividad, como el gesto de un rostro

“monstruoso”. Por lo tanto, “La frustración en su naturaleza de falta es daño imaginario” (Menassa 2008). De ahí que lo que no se le parece a uno imaginariamente, tiende a visualizarse como lo “monstruoso”.

A partir de estas consideraciones, se puede explicar la visión monstruosa del subalterno que, desde su perspectiva sociopolítica, se representa la élite cuando produce la narrativa del bandidaje. En su imaginario sociopolítico, la élite concibe como cosa dada, cuasi natural, el hecho de que los pobres e iletrados sean el instrumento, el músculo, que debe obedecer a la realización de los proyectos de “la gente decente”, cabeza del mundo imaginado como Estado nación. Pero tan pronto el subalterno se atreve a demandar una igualdad efectiva y no formal, en términos sociales, económicos o políticos, manifiesta un comportamiento que amenaza, hiere, la imagen del mundo en la que la élite se concibe ocupando la cabeza a la que obedecen los subalternos como los miembros del cuerpo al cerebro. Resulta de ahí que la amenaza a la imagen narcisista del mundo se traduzca, por reacción patológica, en las representaciones de lo monstruoso que la élite suele elaborar a propósito de la resistencia, de la rebeldía y de la negación de los desheredados.

Lo monstruoso, pues, permite comprender desde un punto de vista psicosocial, la retórica de la otredad (del bandidaje), con la cual la ciudad letrada trata de negociar la ansiedad que le provocaba el impasse de la consolidación nacional: en su imagen del mundo, pensado como Estado-nación, no había lugar (paradigma) para incluir democrática e inclusivamente a los de abajo. El efecto de este impasse, como trauma o desencuentro entre el deseo de unos pocos y la realidad multiétnica y cultural de la mayoría de la población del incierto Estado-nación, es el fenómeno que está en el

trasfondo del relato que gira, como se ha dicho, alrededor de la acoso que padece la heroína del pueblo, Manuela, a manos de Tadeo, el bandido de la historia.

La novela se escribe durante la década de 1850, cuando surge, crece y es derrotado el movimiento popular de mayor trascendencia en la historia de Colombia; en tanto constituye un argumento que participa en la discusión sobre el modelo de Estado-nación a construirse, la novela, a diferencia de muchas otras, no encubre la distancia del horizonte histórico que aspira a transformar: su relato se localiza puntualmente en las vecindades de Bogotá del año de 1856. Sólo que su transformación no valida los presupuestos de una república cristiana y conservadora al estilo de las élites, como ha solido asegurar la mayoría de la crítica, sino desde un punto de vista que privilegia la mirada y la causa de los de abajo. Pero esto sólo se capta si el análisis examina las necesarias relaciones de contigüidad entre la novela y su contexto histórico.

Así, mientras en la ficción se atribuye a la maldad de Tadeo la crisis de las múltiples y pequeñas historias que sirven de marco a las desventuras de Manuela, la heroína de la novela, en la historia, la élite achaca a las Democráticas, embriagadas de ideas liberales, la crisis social que desde 1850 sacudió el status quo. El contenido común en ambos casos es la producción del discurso del bandidaje, por el sector de los privilegiados, para condenar la apropiación del espacio político por un agente de linaje popular; en ambos casos, este último impugna las acusaciones de los poderosos con un discurso liberal, pero de carácter popular y contrahegemónico; y también se recrea en la ficción el miedo que en la historia despertaba la agencia popular en la mentalidad de las élites, lo que han calificado los estudiosos del periodo como “el miedo al fantasma de lo popular” (Pacheco 1992; Sowell 2006). De esta forma, en la medida en que se analiza

Manuela considerando su estrategia profunda, es decir, el contexto histórico y las ideas latentes de la novela, se empieza a perfilar la función política popular de Tadeo, claramente vista en su discurso, aunque confundida entre la paja de sus malas acciones y velada por la condena que le lanzan la gran mayoría de los personajes restantes sin distingo de clase.

Esta estrategia profunda, en su generalidad, tiene una tendencia contrahegemónica muy fuerte y parecida a la de la historia, que sin embargo ha sido ignorada por la crítica literaria. No desde la historia de la ficción, sino desde la novela en general, se ve claramente que el novelista explota con Tadeo la figura del tinterillo para problematizar, y no para respaldar, el paradigma de civilización y barbarie, que defendían élites de carácter conservador, aún en su ala liberal, como las de Colombia. Para quienes representan la élite letrada inmiscuida en el proyecto de construcción nacional, como Demóstenes y el cura Jiménez, la principal diferencia entre el Estado y aquellos que están por fuera de la ley, entre el ciudadano y el bandido, reside en que los últimos gobiernan y se gobiernan por la fuerza y no por la ley. Para Demóstenes y el cura Jiménez, por ejemplo, personajes como Juan Acero y Tadeo representan este tipo de sujeto ilegítimo. Pero la novela dice más que los civilizadores de su historia. Resulta que los propietarios de las haciendas gobiernan a sus arrendatarios y jornaleros por fuera de la ley. El cura lo dice claramente cuando le asegura a Demóstenes que en la parroquia no se respetaban las leyes de policía porque allí no había “más leyes que los mandatos del dueño de tierras” (VIII). De opinión similar son los aparceros. Rosa, por ejemplo, se lamenta de que “Los amos, dueños de la tierra, tienen el poder en su mano para todo lo que quieren” (X 83-4).

La importancia de hacer llegar al lector esta idea se nota en el simple hecho de que el novelista dedica hasta un capítulo entero, el V, “El trapiche de El Retiro.” para denunciar específicamente el problema. El siguiente fragmento es muy ilustrativo de la confusión entre el Estado, la élite propietaria y el bandido; hablan don Cosme (propietario del trapiche La Soledad y partidario del liberalismo), y don Blas (conservador y propietario del trapiche El Retiro):

— ¿Y qué tal de peones? le preguntó don Cosme a su comprofesor.

— Me llueven, le dijo don Blas,

— A mí se me iban escaseando; pero le mandé picar el rancho a un arrendatario que se me estaba altivando, y temblando o no temblando, están todos ahora obedientes. No hay cadena tan poderosa como la de la tierra... Me obedecen de rodillas el día que yo quiera. Porque figúrese usted que les arrendáramos aire, así como les arrendamos la tierra que les da el sustento ¡con cuánto mayor respeto nos mirarían estos animales!

— ¿Pero y aquello de la protección al proletario y del socorro a los pobres?

— ¡Bah, bah, bah...! Eso fue en la cámara de provincia que lo dije, y en un artículo que escribí; ¿pero usted no me vio después comprar tierras en el Magdalena y poner esclavos a que me cosechasen tabaco y me sembrasen pastales; y después vender aquello y comprar un trapiche? (39; V).

El fragmento anterior le sirve al novelista, más que al narrador, para establecer, desde el cuerpo de la novela, una relación de continuidad entre el Estado, el letrado y el bandidaje. A Don Blas y a don Cosme, ciudadanos de bien, hombres que pertenecen al grupo de los notables del pueblo, estadista y hombres de letras, la novela los muestra para revelar un lado oscuro, el que emplean cuando usan la violencia y manipulan inescrupulosamente en función de sus intereses privados el ideal de las leyes y del

Estado. Sus métodos de dominio y explotación del pobre son similares, en violencia e injusticia, a los que usan quienes están por fuera de la ley, los bandidos.

Este es, en realidad, uno de los temas medulares de la novela, considerando que, como ya se ha dicho repetidamente en los capítulos anteriores, la historia se construye estructuralmente en torno a la relación entre los sectores de la élite y los sectores subalternos. Dicha estructura, no obstante, no sólo intenta destacar la diferencia entre la cultura letrada y la cultura oral, sino también, y probablemente de un modo más fundamental, destacar centralmente en esa relación el grado de complicidad que le corresponde a los letrados y a la letra como dispositivo de poder para que se realice el abuso económico, social y político de los campesinos sin tierra por parte de los pocos que la poseen. Incluso, se puede afirmar que el viaje de Demóstenes de la capital a la pequeña parroquia, o los amores mismos de la Manuela, son prácticamente un pretexto para exponer el gran tema de fondo: la denuncia de la explotación, el abuso y la degradación de los sectores proletarios campesinos a manos de las élites que concentran la riqueza, la tierra. El peonaje por deudas, la tienda de raya, la amenaza y/o el ataque abierto a sus vidas y a sus bienes son las formas *non santas* y no institucionales que se emplean generalmente para gobernar los negocios públicos de la región.

Las denuncias de la novela no eran fruto de la imaginación del novelista, y tampoco tenían la intención de entretener, actitud, por lo demás, ajena a la concepción que entonces se tenía sobre la función de la literatura en la construcción de la identidad nacional. Así lo deja ver, sin ninguna duda, uno de los testimonios claves de aquel periodo, las *Memorias del gobernador del Valle*, de Ramón Mercado. Éste tuvo que

escribirlas para explicar a su propio partido, el liberal, las razones por las que le fue imposible controlar la insurgencia popular caleña durante 1850 en Cali:

Así, al Sur de la República, i especialmente las provincias de Buenaventura i Cauca; antes de la revolución francesa de febrero de 1848 i del programa regenerador del 7 de marzo de 1849 presentaba tal aspecto de españolismo y coloniaje, que un observador imparcial no creyera su estado de civilización muy distante del siglo XVI, incrustado también en España de las ordenes militares, de los santos milagros i espíritus infernales, de los privilegios, de los pocos, de las opresiones de los mas i del fatal imperio de los nobles y de los frailes.
. . . Los elementos, pues, que detenían ese bello país en la vía de su magnífico destino, eran en compendio la *esclavitud*, el *feudalismo*, las clases *privilegiadas* i el *fanatismo*, las preocupaciones de todo jénero i el desconocimiento de los derechos inherentes al hombre que vive bajo un Gobierno representativo (1996 [1853]).

La situación descrita por Mercado no parecía darse exclusivamente en el Sur del país, pues también Díaz la identifica al interior, en las vecindades de Bogotá, que es donde se localiza la provincia en donde toma lugar la historia de la novela. Dicha situación, según lo sugiere el nombre simbólico dado al lugar donde transcurre la historia, “Pueblo X”, tendía, en realidad, a ser la regla en los pueblos y provincias del país, es decir, en la gran mayoría del Estado nación en formación. Fuera del sentido que, por sustitución y desplazamiento, puede tener Tadeo como personaje a expensas del cual se cuestiona velada pero firmemente los paradigmas de la ciudad letrada, ¿qué más puede significar este personaje en el contexto de las relaciones de la novela con la historia a la que aspira a transformar desde una perspectiva liberal, popular y contrahegemónica?

En este sentido, debe tratar de entenderse la función significante de Tadeo con relación al gran tema del tiempo histórico en que participa, el del proyecto de consolidación nacional. La complejidad y las dificultades de este proyecto se diseñan de antemano, por decirlo así, en la figura central de Tadeo. Como ya se ha indicado, a pesar

de promover prácticamente el conjunto de las acciones del relato, Tadeo se desliza, no obstante, por la novela sin encajar cómodamente en ninguna interpretación. Tampoco se ajustaba a una fácil explicación el referente de la lucha por la consolidación nacional que es el referente de fondo de la preocupación del novelista. Para un sector de la élite y de los subalternos, Tadeo es un tinterillo, que manipula las leyes para proteger sus intereses personales y los de sus seguidores; también es el personaje que representa el triunfo de la fuerza, la manipulación, y el engaño sobre la razón y la ley. Otras veces lo califican llanamente como “el bandido” y “la peste de la parroquia”. Aparece en la novela como el personaje que amenaza el mundo de la protagonista principal, Manuela, insistiendo en seducirla a pesar de rechazarlo. Sin embargo, para los tadeístas, sus seguidores, y para sí mismo es quien representa a la causa popular. Incluso, el novelista va más allá y le da voz a los tadeístas, dialogando más y más con esta incorporación las interpretaciones que desde la novela, negadas por la historia oficial, compiten por una versión de la realidad más democrática e inclusiva. Al evitar la visión homogeneizante del relato literario, tan característico de la novelística del siglo XIX hispanoamericano, Díaz se comporta conforme a una voluntad de inclusión general de otros actores y discursos que habitaban la vecindad de la historia.

La dificultad de leer a Tadeo como actante obliga al lector a pensar que, en última instancia, la problemática de la construcción nacional tenía muchas facetas y dificultades como para ser encasillada en una sencilla interpretación de malos y buenos, liberales y conservadores. Al construir a este personaje ambiguo y contradictorio en un tono de narrativa polifónica, el novelista escapa a la tentación de caer en una de las formas en que se expresó la violencia y la exclusión de aquellos años, y que consistió en

construir novelas y personajes programáticos y partidistas, dicotómicos y monológicos, sobre los problemas nacionales. Dicha violencia simbólica excluía sistemáticamente al otro, calificándolo de bandido, trazando un esquema de civilización contra barbarie que excluía al otro de los problemas nacionales. Cualesquiera que fuese la matriz ideológica de sus relatos, ficticios o históricos, la ciudad letrada tendió fundamentalmente a desoír y satanizar las demandas de justicia e igualdad hechas por las pequeñas voces de la historia. Calificadas de antemano como significantes de bandidaje, estas peticiones son en la ficción, como lo fueron en la historia, objeto de disciplinamiento, de castigo, de sujeción; no había que escucharlas, sino colonizarlas con esquemas civilizatorios reciclados de Europa.

Evitar lo anterior fue lo que hizo Eugenio Díaz en *Manuela*, con un acierto no igualado por ninguna otra novela durante el siglo XIX colombiano. Teniendo en cuenta el argumento global de la novela, el contexto en el que se inscribe, así como la vida de su autor, hay que concluir que si Tadeo es un monstruo en la historia, no es para validar el paradigma letrado de las élites, sino para burlar el imaginario y la censura de la ciudad, letrada mientras se urde, entre líneas, un discurso de construcción nacional contrahegemónico, antielitista y anticolonial. El urgente trabajo de construcción nacional, en el argumento de *Manuela*, no consiste en imponer modelos europeos de cultura letrada, como el que busca el liberal Demóstenes; ni proyectos de Estado-nación jerárquicos, ni de armar leyes a la medida del gamonal de turno, como lo muestra el caso de Tadeo, ni tampoco de limitarse a colonizar al “otro” interior con el libro o con la cruz, como intenta hacer el cura con el esquivo campesino Dimas. Los problemas nacionales, de una población mayoritariamente multiétnica, multicultural y rural, eran otros y

requerían otras soluciones si de verdad se quería fortalecer su unión con el Estado. Esta falta de reconocimiento de los pueblos y de los problemas locales, en el virtual cuerpo político nacional, tendía a dejar sin piso la legitimidad del Estado.

Por esta razón en *Manuela*, desde la alegoría a la que aspira la historia de Tadeo, el Estado no captura, liquida ni seduce al bandido, como solía acontecer en las novelas del periodo de consolidación nacional, sino que es el bandido quien captura al Estado. Ello equivale a decir, de forma latente, que el Estado es o deviene en bandidaje. Esta puesta al revés del esquema narrativo característico del periodo puede interpretarse como una tesis velada contra la legitimidad de la violencia ejercida a nombre del Estado; en particular, según se evidencia en la novela, contra la violencia oficial, simbólica y material, que calificaba de bandidaje la insurgencia y la protesta popular, para desconocerlas como lo que eran, demandas desesperadas de los pobres por una sociedad más justa y más igualitaria. La lógica de este argumento se explica si se tiene en cuenta que para alguien como el autor de *Manuela*, simpatizante franco de la causa de los de abajo, el Estado republicano esta significando, en más de un sentido, para los pobres algo aún peor que el Estado colonial. Por ejemplo, varias mujeres de la novela denuncian que en lo que tenía que ver con la población indígena, el Estado republicano había servido más que nada para defender los intereses de los dominadores criollos y de los terratenientes locales, contra el interés de los gobernados, en cuyo nombre se invocaba el derecho al monopolio de la violencia en sus formas más diversas.

Consecuente con esta voluntad de crítica, Díaz construye a los representantes del Estado nacional y local (el congresista Demóstenes, el ejército nacional y Tadeo, el juez local) como personajes ilegítimos por acción y por omisión, tanto a la luz del punto de

vista del narrador como de los personajes y del lector. Es ilegítimo el ejercito porque ningún personaje lo acepta ni reconoce cuando aparece en una sola ocasión, no para ayudar o proteger a la población, sino para reclutar en redadas sorpresa a los campesinos desheredados como si fueran animales, perjudicando trágicamente los núcleos familiares subalternos ya de por sí bastante frágiles a causa de la pobreza y la coerción padecida bajo los dominadores locales. Es ilegítimo Demóstenes, el señorito congresista de una nación que yace en los extramuros de la ciudad letrada, Bogotá, porque recorre la historia como un quijote envuelto en una cadena de lamentables equivocaciones y malentendidos con la población y las practicas locales debido a que no observa sino que lee casi literalmente la realidad local con el lente de la cultura letrada. Su quijotismo, por supuesto, no produce reconocimiento local sino risa y burla, cuando no asombro por la distancia abismal que separa a gobernantes y a gobernados. Finalmente, es ilegítimo Tadeo, el juez y tinterillo local porque esquilma e incrimina falsamente a la mayoría de los campesinos pobres de la localidad, sin letras, dinero, ni capital social para defenderse.

Todo este aire de ilegitimidad del Estado y de sus amanuenses, los letrados, deja sin lugar a duda el mensaje de que el Estado nacional, expuesto alegóricamente en aquella peregrina visita a la provincia hecha por el senador bogotano, no sólo era inapropiado sino ilegítimo. Dicha incompetencia está refrendada por el desenlace del argumento narrativo. Ni Demóstenes como representante del Estado nación, ni el cura, como el representante clerical de la cultura occidental, pueden hacer nada para salvar de un asesino inminente a Manuela, el personaje que representa a la heroína del pueblo. Ella es la nación que desfallece bajo el abrazo de la violencia y del bandidaje, ambos

productos, al nivel superficial del contenido, de ese monstruo local en que deviene Tadeo mediante la administración astuta de la tecnología de la letra.

En este sentido, Tadeo viene a ser el que expone el lado oscuro del letrado civilizador, Demóstenes. ¿Cómo llega Tadeo a obtener, por ejemplo, el poder que ejerce si no es gracias al aprendizaje y al ejercicio de las letras? Su historia es prácticamente una alegoría de cómo las letras no son simplemente los mágicos instrumentos de civilización y de progreso pregonados por la ciudad letrada. Ese híbrido de monstruo que llega a producir la condensación del político, del letrado y del bandido en una sola persona, que como actante Tadeo desempeña, sirve para exponer, de modo condensado, la dimensión retórica de la letra, su doble filo de civilización y de colonización, es decir, en sus propias palabras, de barbarie. La letra del discurso jurídico-democrático, asentado en los libros constitucionales, en los periódicos, en las novelas y en los archivos oficiales, sólo muestra su perfil civilizador para tratar de convencer a la nación postcolonial, pobre en su mayoría, iletrada, y rural, de que se vivía en el mejor de los mundos posibles. Con la producción y enseñanza de esta incompleta alegoría, el constitucionalismo le hace creer y repetir cándidamente a la ciudad letrada que con la sola expedición y propagación de la ley ya estaba cumplida la tarea de la civilización y de la democracia.

En cambio, a través de Tadeo, el novelista interviene en las discusiones de su tiempo con una versión no letrada ni elitista de las dificultades de consolidación nacional. Incluso, se puede firmar que Tadeo le sirve de pretexto al novelista para subvertir, con su figura catacrética, el culto cuasi religioso que las élites nacionales le rendían a la cultura letrada, al Estado-nación y a los paradigmas civilizatorios de la modernidad europea. Si para éstas era dogma el convencimiento de que la escritura, en sus formas jurídicas,

institucionales y mediáticas, era el fundamento de la civilización (del orden, social y político), el medio por excelencia para superar la barbarie (el caos, la violencia locales que estorbaban la llegada del progreso, de la modernidad y la consolidación del Estado nacional), para Díaz, en cambio, como lo afirma sutil, pero firmemente en *Manuela*, la escritura era para el subalterno una forma terrible de la tecnología de su enemigo. El argumento narrativo de la novela posiciona en la misma línea de los análisis de Guha, cuando éste afirma, a propósito de los movimientos campesinos de la India, que la letra para los campesinos del siglo XIX “favoured the exploitation of human beings rather than their enlightenment” (Guha 1999: 52).

A diferencia de Samper, Arboleda, Vergara y del resto de la élite ilustrada que solía construir romances nacionales para celebrar el imperio del Estado, de la letra y de las élites, sobre el resto de la población nacional, Díaz produce en *Manuela* una versión del letrado, Tadeo, como agente central de desestabilización de la familia nacional, es decir, del campesinado, el grueso de la nación. El sistema jurídico en manos de este tinterillo es llanamente un dispositivo de colonización del otro interior, una poderosa arma de violencia social, política, e incluso económica y sexual, contra la parte de la población local sin capital ni letras, es decir, la gran mayoría. En consecuencia, el argumento de *Manuela* constituye una denuncia inusual del doble filo de la letra; su versión del lado colonial de la escritura civilizatoria y del Estado, del letrado como agente criminal de los proyectos de colonización local, así como de su inadecuación para consolidar la gran familia nacional, no tiene parangón en la literatura colombiana del siglo XIX.

Esta matriz de muchas caras le permite a Díaz desnudar el sentido profundo del

Estado como mecanismo de colonización y de los letrados como los amanuenses de su implementación, legitimación e imposición. Cuando en *Manuela* se afirma que ésta era una situación general, Díaz no está haciendo más que incorporar y revalidar tópicos centrales del discurso contrahegemónico de las Sociedades Democráticas cuando se enfrentaron a las élites a mediados del siglo XIX. Como actores políticos, las Democráticas quisieron consolidar su identidad diferenciándose del político-letrado que ignoraba la causa de los pobres, usaba al Estado y a las letras para robar. Del mismo modo, las Democráticas denunciaban que en la República las leyes no se cumplían ni se hacían cumplir, como lo dicen también, hasta el cansancio, los pobres en *Manuela*. Este problema lo denuncian las Democráticas, al igual que sucede en la novela, bien bajo el tema de las contradicciones entre la práctica y la teoría (en que incurren Demóstenes y los terratenientes don Eloy y don Blas), o bien bajo la queja de la existencia de dos repúblicas distintas, una república real, de carácter colonial, y otra de papel, de carácter ficticio.

Como lo denunciaban las Democráticas, la propaganda de la cara civilizadora de la letra, que inflaba el poder que supuestamente tenía de establecer la igualdad republicana, impedía ver la dimensión de la desigualdad social, económica y política, la que sin duda redundaba en la falta de unión entre el Estado y la nación. Por otro lado, mientras se especula con su lado civilizador, la letra se usa para oprimir, dominar y expropiar a los subalternos y a las minorías del poco capital que todavía lograban detentar: al indio de su pequeña chacra, al campesino de su rancho y de su huerta, al agregado del porcentaje ganado por haber producido el cultivo, al trabajador raso de su fuerza de trabajo, a la mujer pobre de su cuerpo como sujeto de su sexualidad. Leyes

como las expedidas contra la vagancia y el ocio, son usadas para castigar a quienes se niegan a vivir sometidos a las condiciones de trabajo y explotación impuestos por los dueños de la tierra, como eran los campesinos representados en *Manuela* por Dimas.

También, ciertas leyes, como las expedidas contra el contrabando del tabaco y del aguardiente, iban en contra de los pobres de la época, que recurrían a la economía informal para sobrellevar las difíciles condiciones de pobreza o para estar menos sometidos a las condiciones de trabajo inhumanas impuestas por los hacendados.

También se usan para castigar a los rebeldes y a los independientes mediante la cárcel por la manipulación de los falsos testigos, como lo hace Tadeo con Manuela y sus amigos.

Manuela le da resonancia, velada pero convincente, al argumento defendido por las Democráticas en la historia nacional, contra la agencia política de los letrados decentes, cuando asegura que los males causados por Tadeo no eran obra exclusiva de un perverso letrado provincial salido de las toldas extremistas del liberalismo popular, sino un caso ejemplar de cómo los letrados políticos de todas las tendencias dominaban por la fuerza a un país mayoritariamente rural. La conexión entre el delincuente y el letrado está indudablemente reafirmada en un detalle de la novela del capítulo XIII; allí, el lector se entera de que los perros del bandido de la historia, Tadeo, se llaman “Tintero” y “Papel”. Dichos nombres claramente ejemplifican la intención, secreta, quizá inconsciente, de Díaz de desestabilizar la narrativa hegemónica de las élites sobre el bandidaje y el Estado. Los nombres de los perros contaminan, por contigüidad, la figura del letrado como paradigma de civilización con el tropo del bandido, como el paradigma de la barbarie. ¿Exageraba Díaz cuando denunciaba el lado oscuro de las letras, del Estado y de

los letrados, a través del argumento narrativo en el que se confunden las fronteras entre éstos y el bandidaje?

Fácil es concluir que éste no era el caso cuando se contrasta la tesis profunda de la ficción con la historia que la novela interpela. Por el contrario, es muy acertada su representación del problema que históricamente caracterizó el proceso de consolidación nacional de la mayoría de los países hispanoamericanos en la segunda mitad del siglo XIX. Tanto en la ficción como en la historia colombiana de mediados de siglo, las circunstancias históricas de la debilidad del Estado nación, la crisis permanente de institucionalidad, la falta de consenso, de comunicaciones y de comercio, fueron factores que se combinaron para crear una crisis de grandes proporciones, de la que fueron expresión visible las múltiples y continuadas guerras civiles y regionales que padeció este país desde mediados hasta finales de siglo.

La altísima frecuencia con que acontecieron dichas guerras llegó a hacer supremamente borrosa la línea divisoria entre el bandido y el patriota, entre el Estado y el bandido. En contextos como éste, de crisis generalizada y de inestabilidad frecuente (como sucedió también en México), el discurso del bandidaje fue la manifestación de un endémico síntoma de significante flotante; se volvió supremamente difícil establecer, en estos países, quién era y quién no era bandido. Díaz ilustra muy bien este fenómeno en *Manuela* cuando presenta a tadeistas y a antitadeistas acusándose recíprocamente de “bandidos”. Asimismo, como la desestructuración del Estado, su debilidad y la corrupción le impedían conformar un sistema de recolección de impuestos organizado, centralizado y efectivo. Cuando llegaba la hora de librar la guerra contra los opositores del gobierno, ante la falta de hombres y dinero para comprar armas y defender el orden

institucional, los representantes del Estado se veían obligados a extraer recursos de la población de forma tal que no se diferenciaban mucho de las guerrillas y de los ejércitos enemigos: lo hacían a la fuerza, violentamente, sin cuidarse de recurrir a los mecanismos legitimados por la ley.

Esto siempre llevó a que, como lo menciona Díaz en el capítulo XIII, muchos sectores de la población nacional sintieran que esta forma violenta de gravamen era tan ilegítima como la ejercida por cualquier bandido. Mucha población quería permanecer por fuera de los enfrentamientos partidistas o ajena a los conflictos del día, por no creer en los partidos o en los políticos, o simplemente por temor a perder lo poco que tenían (el ganado, su cultivo e incluso su propia fuerza de trabajo, o cuando se trataba de los más pobres, el esposo o el hijo que sustentaba con su trabajo a la familia). En el mencionado capítulo XIII, Díaz ilustra este asunto con una escena que pudo haber visto en más de una ocasión. Están llevándose a un muchacho negro de recluta, amarrado para que no se escape; su mamá llora y les pide a los soldados que lo llevaban que la dejen despedirse de su hijo. La madre le da la bendición, que el muchacho recibe arrodillado, pero es incapaz de contestarla porque el llanto ahoga su voz. Los soldados se ríen. A renglón seguido, el narrador, hace dos cosas muy significativas para dar a entender la intención de aquella escena en la historia. Primero, haciendo suyo el dolor de la gente del pueblo que padece la violencia del Estado, exclama: “pero los esbirros se reían de la escena como de un sainete”; luego, compara la desdichada suerte de aquella madre con la de una patria, “no menos feliz” (123-4; XIII).

Importa resaltar el doble uso que suele dársele al sustantivo “esbirro”; en un sentido meramente descriptivo, quiere decir “Hombre que tiene por oficio prender a las

personas” u “Oficial inferior de justicia”; y en forma peyorativa, se lo usa para llamar a alguien “Secuaz a sueldo o movido por interés”. No cabe duda que en el contexto anterior, cuando el narrador llama a los representantes del Estado “esbirros” en lugar de “soldados”, el novelista quiso conservar la connotación peyorativa de la palabra para resaltar la falta de civismo, de virtudes “patrias”, y la deshumanización de los representantes del Estado frente al dolor de la familia popular que este detalle representa; tanto el acto que se narra como el nombre de “esbirro” aplicado a sus protagonistas tienden a definir a los representantes del Estado del lado de quienes gobernaban por la violencia y no de acuerdo a leyes legítimamente reconocidas. Nuevamente, en este punto, la novela una vez más desdibuja la frontera entre el bandido y el Estado al mostrar cómo este se comporta de forma tan ilegítima.

La mencionada falta de legitimidad del Estado es resumida por la concubina de Dimas cuando dialoga con Demóstenes, en el capítulo VIII. De lo que le dice al congresista liberal, se deduce que en aquella provincia, representativa de la nación, el Estado sólo se hacía presente para cobrar impuestos e imponer reclutamientos forzosos, mas no para proteger a los pobres del abuso de los señores de la tierra, ni tampoco para educarlos porque no había escuelas. En pocas palabras, ofrecía sólo garrote y nada de zanahoria. Eso es exactamente lo que Tadeo, como letrado, bandido y estadista, significa para los pobres de la historia.

Dicho argumento que, aunque solapado, es fundamental en el conjunto de la novela, se ratifica alegóricamente al nivel de la historia cuando el narrador le dedica un capítulo entero al asunto del archivo de don Tadeo. Como ya se mencionó en capítulos anteriores, Dimas había encontrado en el capítulo XXVIII un paquete de cartas dejado

por Tadeo cuando huyó de su guarida en la montaña. En el capítulo siguiente, “El Archivo de don Tadeo”, el narrador pasa revista, una por una, a las cartas de ese archivo. Para sorpresa del lector, las cartas comprometían a todas las tendencias políticas que se movían corrientemente en Nueva Granada, según observa el narrador, puesto que le ofrecían todo su apoyo en ideas y en acción. ¿Cómo interpretar el vínculo establecido ficticiamente entre los actores políticos de todas las tendencias y el bandido de la historia? ¿Por qué la crítica no se interrogó ni se ha interrogado por el sentido que este vínculo, al que se le dedica todo un capítulo, podía tener en el argumento global de la novela? Como huellas de un delito que se dejan marcadas en la superficie del texto para que el lector saque por sí mismo las conclusiones que veladamente le ofrece la novela, la letra de aquellas cartas descubre parcialmente el velo de la cara oscura (oculta) del Estado y del letrado, cuya ligazón ofrece, por condensación, Tadeo.

No sólo es un testimonio de resistencia a legitimar la violencia de la colonialidad, ese bandidaje institucionalizado y nacionalizado por políticos letrados de todas las tendencias políticas, una denuncia escrita de su efecto desastroso en la construcción de un Estado en función de la nación, sino que también sirve de solitaria caja de resonancia de lo que fuera la ilusión de un Estado nación más democrático y participativo, como el defendido con armas y con letras por las Sociedades Democráticas de la década de 1850. Tomando como pretexto esa figura tropológica, esa máscara que es Tadeo, la novela asume la denuncia central de que el Estado nación, tal como lo implementaban e imaginaban las élites letradas, estaba diseñado para servir a los intereses de las minorías poderosas, generalmente empotradas en el Estado para legitimar la dominación, en perjuicio de las mayorías pobres, el grueso de la nación. En este sentido, el futuro de ese

cuerpo político estaba condenado al fracaso por no tener en cuenta a la nación. Ser un texto en el que se hacía el balance anterior en medio de un ciudad letrada dominada por los intelectuales más conservadores, como se estudió ya en el capítulo II, y en un momento de reacción conservadora generalizada ante la emergencia de la insurgencia popular, tal como lo temía el escritor en la autocensura con que enmascara su tesis política, condenó a esta novela-archivo a ser desplazada a los márgenes del canon, a pesar de ser y haber sido la novela que más se aproximó y de mejor modo al problema del impasse fundacional de la Colombia del siglo XIX.

Así, pues, Tadeo es muchas cosas, menos un personaje inequívoco y plano. Germán Colmenares expuso una tesis sobre el sentido de Tadeo que va en contra de la defendida en este capítulo. Para Colmenares, el hecho de que el discurso contrahegemónico de la novela se haya puesto en boca del personaje que concentra la inmoralidad y el mal, se explica por el miedo que significara para el orden social conservador, el entre ellos, a la progresiva presencia de los de abajo en el campo político nacional (1980: IV; 1988: 259) . No valdría la pena discutir esta observación si no fuera porque Colmenares, en primer lugar, llevó a cabo el que tal vez siga siendo el mejor estudio histórico sobre *Manuela*; y en segundo lugar, porque, dado que ha sido uno de los mejores y más reconocidos estudiosos del periodo colonial y del siglo decimonónico colombiano, su lectura ha llegado a tener un gran impacto en la tradición crítica de la novela.

Si Colmenares tuviese razón, la novela debería tender a reproducir, a través de los personajes de la historia, la visión y el miedo conservador de la época, miedo que se articuló bajo el esquema del mito antijacobino, antes mencionado. Para quienes

compartían el paradigma de este mito, el discurso y las acciones del liberalismo popular hacían parte de un complot internacional del protestantismo contra la religión católica. Pero aunque en la novela, se critica al liberalismo, se hace por otros motivos, tal como el hecho de que se ignoraba la realidad local y que se deseaba gobernarla con teorías y proyectos importados de Europa y de Estados Unidos. Con certeza, ni el conjunto ni las partes de la novela revalidan una narrativa alrededor de un mito antijacobino, consustancial con la matriz ideológica del pensamiento conservador.

Al considerar, por ejemplo, la perspectiva dominante del focalizador-narrador, según Rimmon-Kenan (1982), debe aceptarse que ésta tiende a establecer, a través de los personajes, un diálogo o contradicción polifónica con la pluralidad de posiciones ideológicas empotradas en el relato. Esto es lo que ocurre en *Manuela*, muy al contrario de lo que se observa en novelas claramente conservadoras como *Cumandá*, *María o Enriquillo*, o ,incluso, en la gran generalidad de las novelas decimonónicas de corte liberal, como *Aves sin nido*, *Sab*, *Amalia*, etc. Estas novelas, según lo han mostrado Cornejo Polar (2005) y Doris Sommer (1991), se caracterizan por disolver la heterogeneidad de la sociedad, de la cultura, del lenguaje y de los personajes, homogeneizándolos mediante una representación hecha desde el punto de vista de los de arriba, de las elites de la ciudad letrada. Dicha focalización se reproduce por medio de la creación de un mundo organizado jerárquicamente entre los personajes, y que estos aceptan implícita o explícitamente, y se comunica también a través de los puntos de vista del narrador y de los actores de la historia.

Pero en *Manuela*, por el contrario, el lector observa sin dificultad que personajes como Manuela, Dimas, Melchora, doña Patrocinio, Marta, Rosa, Juan Acero, Sinfioriana

y Tadeo, no se construyen de modo compatible con Demóstenes, el cura o el resto de los personajes que monopolizan las distintas formas de capital. Díaz junta en múltiples ocasiones y situaciones a la élite y a los subalternos de la parroquia, pero sin celebrar matrimonios ni postular éxitos civilizatorios de la cultura letrada sobre la cultura oral, como generalmente se hizo en la mayoría de las novelas decimonónicas. Presenta, por el contrario, una variedad de posiciones ideológicas que más que obedecer a una fragmentación del punto de vista moral del autor, como lo sugirió Colmenares (1988: 257), tienden a estar en consonancia con su voluntad de incluir a las distintas tendencias políticas comprometidas históricamente en la lucha por el dominio hegemónico del Estado nacional.

La tesis de Colmenares sobre Tadeo, también se invalida de otra manera por la novela. En su relato desfilan numerosos campesinos pobres que, sin ser inmorales ni ser tadeistas, atiborran la historia con voces de protesta, adoptando una posición de sutil rebeldía, además de un sentido de pertenencia para dissociarse del discurso retórico y de la situación social de los sectores acomodados (Los de arriba, dicen esas voces, como políticos son mentirosos; como miembros de la élite, no practican lo que predicán, y culpan a los pobres de los males locales). Esta tendencia a diferenciarse de la élite se complementa con un sentido de identidad, que aunque vago y fragmentario, puede clasificarse como cercano, más que a cualquier otro, al discurso democrático liberal popular. La afinidad con dicho discurso se manifiesta como una suerte de mentalidad igualitaria, la cual les da el ánimo y el temple de cuestionar horizontalmente la autoridad del sujeto y del discurso letrado. Por medio de estos cuestionamientos que parecen no respetar la autoridad de los de arriba, los de abajo hacen objeciones permanentes a los

miembros de la élite, disputándoles, por ejemplo, de igual a igual, el sentido verdadero de la democracia, de la justicia, y de otros tantos conceptos claves para aceptar la imagen de un cuerpo político común.

Más coherente con la tesis general de la novela y con la biografía del escritor, es pensar que la caracterización negativa de Tadeo, figura central de la trasgresión social, puede ser interpretada como un tropo motivado por la combinación de mecanismos de distinto carácter. Por un lado, como una puesta en escena de la prosa de la contrainsurgencia; y por el otro, como una operación de sustitución y desplazamiento para burlar la censura previsible de la ciudad letrada dado el nivel crítico que ostenta el discurso de la novela.

Para Guha, la prosa de la contrainsurgencia está conformada por "... words, phrases and indeed, whole chunks of prose addressed to this purpose are designed primarily to indicate the immorality, illegality, undesirability, barbarity, etc. of insurgent practice and to announce by contrast the superiority of the elite on each count" (1999: 16). Cuando Díaz recrea en *Manuela* la prosa de la contrainsurgencia (esto es, el discurso del bandidaje), debe deducirse, no lo hace para espaldar ideológicamente ese discurso, sino para cumplir con el objetivo de lograr captar en dicha novela los factores centrales que estorbaban la consolidación nacional. Tadeo como personaje permite indudablemente incorporar el estilo con el que la ciudad letrada pintaba, subestimando, despreciando y satanizando, las demandas del "otro interior", es decir, sus desacuerdos, su resistencia y su negativa a servir ciegamente los planes civilizatorios de una élite que no consultaba ni se preocupaba por la voluntad y las necesidades de la mayoría, obnubilada fundamentalmente por concentrar el poder y los recursos en un proyecto político como el

del Estado-nación. No debe olvidarse, por cierto, que al darle expresión a este discurso, simultáneamente, Díaz deja la posibilidad de recuperar, empotradas en el discurso oficial, lo que Guha (2002) llama las pequeñas voces de la historia,

Por otro lado, es muy válido tratar de entender desde el psicoanálisis (Freud, 1987), a propósito del mecanismo de la sublimación, el motivo por el que en la novela se vinculan las Democráticas a un bandido como Tadeo. Dicho vínculo podría ser explicado como un recurso metonímico del escritor, en parte consciente, para burlar, por sustitución y desplazamiento, la posible censura social de sus virtuales lectores de la ciudad letrada. Este monstruo, ese híbrido, que es Tadeo, le permitiría a Díaz satisfacer la censura social reproduciendo las palabras que esta deseaba escuchar, empotrando en las mismas en argumento que satisfacía, al mismo tiempo, su imaginario privado (en el que, como se recordara, está comprometido su deseo). Un ejemplo claro de este mecanismo, bastante común en la literatura como en los sueños, fue el que usó Miguel de Cervantes en *Don Quijote de la Mancha*, cuando tras la fachada de Alonso Quijano, loco de tanto leer, pudo decir las verdades que se le antojaron acerca de la iglesia y acerca del sistema político y social de su tiempo, sin perder la vida en las parrillas de la inquisición o la libertad en las cárceles del Reino. Un caso similar observa Juan Pablo Dabove en *El Periquillo*

Sarmiento, de Fernández de Lizardi:

We can indeed argue that banditry is the image thought which the narrator indirectly embodies this perception and evaluation of what is otherwise impossible to talk about (except as outright condemnation). The unspeakable, of course, is the insurgency...he silently appropriated a state-sponsored trope ("insurgency as banditry")...which was originally promoted as part of its "prose of counterinsurgency" (Guha 1983, 1988), and the put it to a different use: it served as an artifact to depict the conflict by dehistoricizing it and to pass judgment on the possibilities of popular insurgency as an alternative to the colonial order (47).

¿De qué modo, entonces, se observa el mismo mecanismo de la sublimación a través de *Manuela*, y con el cual Díaz negocia la tensión entre su deseo y la sanción social, es decir, como autocensura?

Según se ha mencionado, por lo poco que se ha conocido de su vida, se sabe que Díaz fue un hombre tolerante, pero de firmes convicciones, afines a los sectores no letrados. La fuerza de sus opiniones se manifestó, por ejemplo, en no haber renunciado nunca a vestirse de campesino durante los años en que permaneció en Bogotá, es decir, en medio de la ciudad letrada. Por la misma razón, es válido colegir que en la novela expresa con igual convicción, por sustitución y por desplazamiento, el fundamento de su más íntimo credo social y político. Éste, ya se ha dicho, no era otro que el querer dejar escuchar las voces del pueblo con quien se identificaba; es decir, darle espacio en la representación política de la nación, a través del campo literario, a esa alternativa popular que se fragua en las Democráticas, crítica de los límites de la modernidad, del Estado.

Simultáneamente, en esta negociación entre el deseo privado y el deseo de la ciudad letrada, al incluir la narrativa hegemónica de esta última, Díaz logra satisfacer superficial y astutamente el imaginario de la élite letrada a quien estaba dirigida la narración, la misma que representaba al movimiento popular de las Democráticas como un fenómeno monstruoso. Así, el escritor busca defender tanto al hombre como a la novela de las sanciones sociales y estéticas que pudiesen recibir por haberse atrevido a cuestionar el paradigma letrado, eurocentrista y patriarcal de la modernidad. Lo hace de este modo porque conoce el peligro que implica presentar, defendiendo, en el campo literario la causa, la cultura y la comunidad de los sectores populares derrotados en 1854. Lo hace de este modo porque de alguna manera sabe que ha forzado los límites del canon

en formación, dominado por letrados conservadores como José María Vergara, Miguel Antonio Caro, y Rufino José Cuervo, al producir un texto que altera el imaginario político de la ciudad letrada porque vindica inusitadamente a los de abajo en lugar de los de arriba, a la cultura oral en lugar de la cultura letrada⁷⁹.

La interpretación de Tadeo como máscara para burlar la censura se reconfirma cuando se analiza su propio discurso. Este último llama la atención particularmente por el hecho de que repite y sintetiza la narrativa contrahegemónica de los subalternos de la historia, ya estudiados en los capítulos anteriores. Igualmente, su voz recrea la radicalidad que adoptó el discurso de las Democráticas en la historia, después de haberse cristalizado su ruptura con los liberales de la élite Gólgota, y que sería la antesala del golpe de Estado de 1854.

Efectivamente, en la única ocasión en que el narrador le concede la voz, el discurso de Tadeo sintetiza como narrativa no sólo las disertaciones dispersas y fragmentarias de los tadeistas sino también los alegatos de la mayoría de los personajes que expresan su descontento social como sujetos explotados, oprimidos y humillados. Considérese, por ejemplo, la carga subversiva que contiene el siguiente fragmento de su única alocución directa en la novela:

. . . ¿Qué más se quieren los ricos que el tener auxilios de los pobres para hacer la guerra a los pobres? Porque la sociedad no es otra cosa que la guerra eterna de los ricos contra los pobres. En todas las transacciones el rico es el que da la ley al pobre: en las compras y ventas, en los arriendos, en las obras de manos, en las demandas, en los jornales y hasta en los amores. La esclavitud rigurosa tuvo su origen en la torpeza, la debilidad o la miseria de los hombres. La deferencia actual de los descalzos a los calzados, o de los ignorantes a los que saben leer y escribir, no es otra cosa que la sumisión del vencido en la guerra general de ricos y pobres. La

⁷⁹ Al fin y al cabo, como dice Mignolo, “the canon of a colonized community has to be kept out of the view of the colonizer” (1991: 18).

guerra de manuelistas y tadeistas no es otra cosa que la guerra de ricos y pobres, porque los hacendados me hacen la guerra a mí que soy el defensor de los derechos del pueblo descalzo. De manera que los pobres que regalan sus cosas a los ricos y que les sirven de balde, no hacen otra cosa que dar armas contra sí mismos, y por eso dice el dicho, que no hay peor cuña que la del mismo palo. La vieja Patrocinio cebándoles el rabo a los puercos gordos de las haciendas, no hace otra cosa que dar fuego contra los pobres (293; XXVIII).

Nótese que, al igual que Dimas, Dámaso, Rosa, Pía, Manuela, Patrocinio o La Lámina (entre otros), el personaje define la sociedad como una disputa entre ricos y pobres, calzados y descalzos, hombres de levita y hombres de ruana en lugar de una lucha entre liberales y conservadores como lo hacen Demóstenes, el cura y el resto de personajes privilegiados.

Este el discurso problematiza la lectura hecha por Germán Colmenares (1980, 1988) porque coloca a Tadeo, por lo menos desde su instancia elocutiva, del lado del actante subalterno. Puede argumentarse que es un problema de verosimilitud debido a la falta de técnica narrativa de un escritor con poco capital letrado, como lo resalta quien fuera su primer crítico, Vergara, y como lo repetiría sin reserva la gran mayoría de la crítica. Pero la fuerte relación de la novela con la historia contemporánea que critica desde el relato ficticio no valida esta posibilidad por el simple hecho de que los rasgos del discurso de Tadeo le dan resonancia a la lucha de los subalternos en el vecindario de la historia de 1850.

Cuando Tadeo exhorta a los subalternos a *desengañarse* de la narrativa sobre la consolidación nacional, que articulaban los sectores privilegiados, a reconocer en ella una mera artimaña empleada para acceder o legitimar el ejercicio del poder, está recreando el fundamentalismo asumido por los vecinos pobres de la Nueva Granada que la novela quiere visibilizar para la historia desde la literatura. Este discurso del desengaño es

demasiado cercano en su contenido al que caracterizó el imaginario que asumieron las Sociedades Democráticas y la gran mayoría de los sectores populares que estas lograron movilizar después de la ruptura de clases con los Gólgotas. Esto puede ratificarse examinando *El desengaño o confidencias de Ambrosio López. Primer Director de la Sociedad de Artesanos de Bogotá, denominada hoy “Sociedad Democrática”*. Escrito para conocimiento de sus consocios (1985 [1951]).

La publicación de este discurso en 1851, marca históricamente el inicio de la etapa de ruptura entre la élite liberal Gólgota y el sector artesanal, además de ser una síntesis fiel del tono y del imaginario que en adelante caracterizaría el discurso de los liberales populares. Al igual que Tadeo, López centra su reflexión en el tema del engaño de que habían sido víctimas los artesanos por parte de la retórica nacionalista de los liberales radicales; les advierte que los señoritos habían manipulado el discurso liberal para que les sirvieran de escalera hacia el poder, exactamente como lo indica el artesano de ficción en el capítulo XV; además, afirma que no existía en el país un sistema democrático de gobierno sino uno aristocrático, y que la igualdad, la libertad tanto como la fraternidad predicada por los Gólgotas, no existía (22-3); insiste en que la sociedad, más que en bandos políticos, estaba dividida en clases, en aristócratas opresores y pueblo oprimido (20); finalmente, se queja del ataque liberal radical emprendido contra la religión.

Con la amargura del desengaño, este discurso reconoce, en otras palabras, que la república no se había fundado y menos consolidado, por lo menos desde el punto de vista del pueblo, “de abajo para arriba”, como quería Díaz; asevera que la república como tal no existían, en realidad, para las mayorías granadinas, aunque un pequeño grupo de

privilegiados se empeñara en decir lo contrario en tanto el sistema político vigente los beneficiaba en lo político, en lo social o en lo económico. En conclusión, punto por punto coinciden tanto las críticas de López con las ideas generales expresadas a través de la narrativa contrahegemónica de la novela, a través de Tadeo y del resto de los personajes pobres y oprimidos de la historia, que es difícil no ver en ello el impacto del movimiento de las Democráticas en la literatura, aunque velado por sustitución y desplazamiento para burlar la censura.

En conclusión, puede decirse que Tadeo es ultimadamente un personaje creado para concentrar ficticia y subrepticamente, como objeto y como sujeto, todo lo que excede el paradigma letrado, y que éste interpretaba como la dimensión de lo social que debía suprimirse para poder fundar sobre ese olvido, esa mutilación, esa negación, el Estado-nación: al pueblo, a las masas, a la nación real. La novela en su conjunto no sólo se resiste a validar un esquema imaginario de Estado-nación fundado en el gobierno de unas minorías ilustradas sobre la mayoría ignorante, sino que lo desestabiliza permanentemente.

Más allá del contenido superficial de la historia, a propósito de Tadeo y de lo que revela por contigüidad su discurso en el contexto histórico de mediados del siglo XIX, el novelista le da sobrados motivos al lector para descreer de la validez del paradigma letrado, de un cuerpo político dividido cómodamente entre gente decente y gente del pueblo, ciudadanos de bien y bandidos, ciudadanos ilustrados dignos de gobernar y de gente ignorante apta exclusivamente para ser gobernada, domesticada, disciplinada. Es en este sentido que *Manuela* viene a ser una suerte de estado de cuentas, de balance, de archivo, de todos los desaciertos y dificultades que dicho paradigma había generado. Es

precisamente esta condición de novela-archivo la que va a tratarse en el capítulo que concluye la presente disertación.

CAPÍTULO VI

Conclusión

El alegórico capítulo sobre “El archivo de don Tadeo” plantea la posibilidad de leer a *Manuela* como una novela- archivo, en el sentido en que lo propone Roberto González Echevarría (2000). Este tipo de novela “... pone en tela de juicio la autoridad al hacer que discursos en guerra mantengan una contigüidad promiscua y mutuamente contaminadora...” (González Echevarría 212). Es decir, este tipo de novela establece una negación desde el planteamiento de la pluralidad. Al incluir la presencia de múltiples discursos, que representan sectores en conflicto, culturas y lenguas diversas, la novela-archivo afirma lo que la novela al servicio de un proyecto autoritario suele negar, esto es, la heterogeneidad irreductible de la nación a la que aspiran a colonizar, a convertir, a reducir las élites a través de esa obra maestra de disciplinamiento que es el Estado.

Su afirmación, entonces, debe entenderse como una identidad, de lo plural, que tiene una implicación diferencial: es una negación de la fábula maestra. Precisamente, “está en la esencia de la negatividad fundadora del Archivo, un pluralismo que es una subversión o una sub-versión de la fábula maestra” (González Echevarría 240). En *Manuela* se pueden reconocer las particularidades anteriores. Por un lado, representa la contigüidad de los discursos no a la manera taxonómica, típica del costumbrismo de las élites, sino haciendo explícito el registro y el sentido de la diversidad cultural y de las desigualdades sociales en el marco de un tenso contrapunteo entre la cultura oral y la

cultura letrada, la élite y los sectores subalternos. El efecto general de esta tensión, como ya se ha mostrado a lo largo de los capítulos de esta disertación, es una negación de fondo de la narrativa maestra del discurso oficial, una contaminación metonímica de las metáforas del poder, del Estado, de los civilizadores letrados, al tiempo que incluye complementariamente en sus páginas fragmentos, voces, de esa historia plural, excluida de la gran fábula maestra de la historia oficial, el discurso de las Sociedades Democráticas.

Finalmente, dice González Echevarría, “El Archivo recoge y suelta, no puede marcar o determinar. El Archivo no puede erigirse en mito nacional o cultural, aunque su construcción sigue revelando un anhelo por la creación de un grandioso metarrelato político-cultural” (240). Algo muy similar lleva a cabo Díaz en *Manuela* cuando se percibe en sus páginas la voluntad de recoger, de no dejar por fuera, en el olvido, ninguno de los múltiples factores y variables que posiblemente estaban complicando la construcción del Estado-nación.

Sin embargo, el novelista presenta el conjunto de los problemas sobre los que reflexiona, como un estado de cuentas, una contabilidad, sin pretender erigir una nueva fábula maestra, un nuevo mito nacional o una gran narrativa civilizatoria. Esta resistencia a constituirse en una afirmación monológica, con una tesis ideológica sin espacio para la duda, es lo que ha propiciado el juicio de quienes han sentenciado que en *Manuela* se plantean los problemas de construcción nacional pero no se ofrecen soluciones civilizatorias. Pero esta deficiencia narrativa no tiene su origen, como se ha sugerido por la crítica tradicional, en la falta de técnica de su creador. Por el contrario, después de hecha la relación de la novela, de su autor y del contexto histórico en el que se inserta

Manuela como una propuesta cultural con efectos políticos, debe argumentarse que para evitar caer en el autoritarismo de sus contemporáneos letrados, Díaz construye una historia carente de una solución narrativa a los problemas que plantea porque quería acercarse a éstos con el respeto de quien reconoce no sólo los límites del observador, sino también la complejidad de lo observado. O mejor aún, consecuente con la postura democrática ampliamente demostrada en su vida cotidiana, tiende más que nada a describir, en lugar de normativizar, los factores del impasse fundacional.

La afirmación anterior, que pone de presente la estrategia de un partidario de la democracia incluyente, permitiría entender el hecho de que no puedan encontrarse en *Manuela* soluciones civilizatorias o propuestas de Estado al estilo autoritario, monolítico, que tanto prefería reproducir la élite excluyente a través de los romances fundacionales (sin distinción de color político, como lo evidencian tanto la *María* de Isaacs como la *Amalia* de José Mármol). Sin embargo, lo anterior no excluye de la novela un motivo de inspiración para interpelar la historia, la narrativa del Estado, de la ciudad letrada, aspecto fundamental si se tiene en cuenta que, como dice Echavarría “las relaciones que la narrativa establece con formas de discurso no literarias son mucho más productivas y determinantes que las que tiene con su propia tradición” (Echavarría 17).

La resistencia a constituirse en cómplice de una nueva fábula maestra no impide que la novela sea también una reflexión política, más que ideológica, sobre la suerte, el dolor de los subalternos y sobre su derecho a ser oídos y a hacer parte del cuerpo político nacional. Ello, necesariamente, produce en sus páginas un íntimo anhelo de creación de una suerte de metarrelato político-cultural, que González Echavarría menciona como otra de las cualidades intrínsecas de la novela-archivo. En este caso, se trata de un modelo de

Estado nación definido, sobre todo, por lo que no debe ser la anhelada democracia republicana. Ésta, ante todo, no debe ser retórica sino real, para evitar que la tecnología de la letra (1996 74), siga usándose exclusivamente para enmascarar el proyecto colonial (que usa el pretexto de la ley escrita para naturalizar la violación del derecho y de la libertad de los pobres), y para impedir que continúe su explotación, opresión y humillación a manos de los poderosos, en connivencia con los letrados y las letras. Al mismo tiempo, y como corolario de la voluntad de negar el proyecto colonial de una modernidad periférica que se mira en Europa, ese modelo de gobierno no debe buscarse en los pensadores y en los pueblos del Viejo Mundo, sino en las condiciones y en el modo de ser de los pueblos locales, al modo como lo habría de predicar paradigmáticamente José Martí décadas más tarde en “Nuestra América”.

En el contexto de la complicidad de la letra con los proyectos de colonización interior, en donde la literatura fue un artefacto central para legitimar, material y simbólicamente, la violencia organizada por la modernidad colonial bajo el dispositivo político del Estado-nación (González Stephan 1996), *Manuela*, como novela-archivo, constituye un caso excepcional de literatura por su adversidad a la colonialidad cultural, económica y social de los sectores subalternos y por su voluntad de darle resonancia al proyecto contrahegemónico de estos sectores de mediados de siglo. Proclive a identificarse con el pueblo, como se sabe por lo poco que se conoce de su biografía, Díaz asume en *Manuela* la tarea de plantear, sin el sectarismo ni el elitismo colonial de la ciudad letrada, el impasse del proceso de fundación nacional.

El autor de *Manuela* lleva a cabo esta tarea creando un espacio ficticio abierto simbólicamente a la pluralidad y a la inclusión de la nación, objetivo que logra con un

acierto sin comparación en la literatura colombiana del siglo XIX. Su novela amplía y enriquece la reflexión sobre los problemas nacionales al tratar de incluir con relativo éxito, por lo menos desde el campo y la representación letrada, la perspectiva de los subalternos, de las pequeñas voces de la historia, como se analizó ya en capítulos anteriores. El aporte que en este sentido significó *Manuela* puede sopesarse mejor con recordar que la confrontación intransigente de paradigmas monológicos, dicotómicos, elitistas y colonialistas, sobre el modelo de Estado a seguir, fue precisamente uno de los factores principales del grave impasse fundacional, del que aún no logra salir la república de Colombia.

En este sentido, la novela deja leerse no solo como un testimonio de resistencia a legitimar la violencia de la colonialidad, ese bandidaje institucionalizado y nacionalizado por políticos letrados de todas las tendencias políticas, sino también como una solitaria caja de resonancia de lo que fuera la ilusión de un Estado-nación más democrático y participativo, como el defendido con las armas y las letras por las Sociedades Democráticas durante la década de 1850.

Al tomar como pretexto ese personaje- máscara que es Tadeo, la novela asume la denuncia central de que el Estado nación, tal como se estaba ejerciendo y como lo imaginaban las élites letradas, estaba diseñado para servir a los intereses de las minorías poderosas, empotradas en el Estado para legitimar la acumulación de capital (en sus distintas formas), en perjuicio del cuerpo y del derecho de una nación constituida por una población de campesinos pobres, que en la práctica era lo más próximo a la nación real. En ese sentido, el futuro de ese cuerpo político estaba condenado a la incertidumbre, a la fragmentación y al fracaso por no tener en cuenta un proyecto de unión menos utópico,

elitista y clasista entre el Estado y la nación. Haber hecho el balance anterior en el momento en el que la ciudad letrada entraba a ser dominada por los intelectuales más conservadores, y durante el mismo periodo en el que se inició una reacción conservadora generalizada contra la emergencia de una insurgencia popular sin precedentes, condenó a esta novela-archivo, tal como lo temía el escritor (según se desprende de la autocensura con que enmascara su tesis política a través de sustituciones y desplazamientos), a ser desplazada a los márgenes del canon.

El peligro de excluir la posibilidad de un cuerpo político armado de abajo hacia arriba, teniendo a la familia popular como centro y protagonista del orden de la historia local, está simbolizado por el desenlace de *Manuela*, en el que la hija del pueblo es asesinada cuando se incendia la iglesia en la que estaba a punto de casarse, el mismo día en que se celebraba la independencia nacional. Este asesinato (del personaje que encarna el ciudadano ideal de extracción popular, al pueblo), con el que concluye la historia se acompaña en el relato de un silencio, de un no decir más, que sin embargo es una incisiva advertencia de la gravedad del crimen. Ni el lector ni los personajes se enteran de quién mató a Manuela, ni sigue al crimen juicio ni condena alguna. Su muerte es lamentable e improductiva, y deja la sensación de que la culpa parece ser de todos, tanto de quienes llevaron a cabo el crimen como de quienes no impidieron efectivamente su cumplimiento, a pesar de tener el poder y a pesar de autodefinirse como los representantes de la civilización, Demóstenes y el cura. Un final violento como éste, sin solución, de autor anónimo, ¿qué predice para el país al que se refiere la novela? Augura para el Estado-nación en el que el crimen se realiza un camino de violencia sin solución. Esa predicción se cumple históricamente casi al pie de la letra.

La versión oficial de la historia se ha empeñado en presentar el gobierno popular de 1854 como una monstruosidad generada por un militar, vengativo y borracho, Melo, que supo explotar la ingenuidad y el resentimiento de las masas. Pero la investigación reciente revela otra cosa. Sin ir más lejos, todo el movimiento de las sociedades democráticas de los 50s fue una resistencia social liderada por los sectores a los que más golpeaba el proyecto colonizador desde el punto de vista económico. En otras palabras, fue un movimiento de resistencia local al proyecto capitalista internacional que aupaban las élites y las oligarquías nacionales, que buscaba universalizar la economía de comercio. Sin entrar a discutir aquí, por su poca relevancia con el argumento que se defiende, las causas estructurales, de limitación, que impidieron fortalecer el gobierno articulado sobre todo por el artesanado, el cual no tuvo, por la naturaleza misma de su composición, mucho impacto a nivel nacional, y que descuidó su influencia en las masas rurales, grueso de la mayoría de la población del país, si debe concluirse que, por un lado, ese movimiento fue históricamente muy importante porque expresó la lucha de los sectores subalternos por defender un modo de vida y de economía local; y por otro lado, constituye una prueba de que sus actores habían entendido que para lograr la satisfacción de las reivindicaciones populares había que apoderarse del dispositivo del Estado (Escobar 301-2).

Por otro lado, debe anotarse que para derrotar ese movimiento subalterno que luchaba por una opción contrahegemónica, las élites de todos los partidos se unieron sin dudarle en un frente militar, que poco a poco derivó, a pesar de algunas vacilaciones del ala liberal, en un frente político bipartidista que pretendió cerrar definitivamente los coqueteos democráticos, de abajo y de arriba, de una opción más popular de Estado

nacional. La unión militar de las élites para derrotar por las armas al gobierno popular en diciembre de 1854 marcó materialmente la intención de crear este punto de cierre, de exclusión, que habría de intentar consolidarse simbólicamente un par de décadas más tarde con el régimen de Rafael Núñez. Considerando la cuestión desde la trayectoria del liberalismo radical, se observa que a consecuencia de los intereses económicos antagónicos con el sector artesanal, además de su falta de pragmatismo, y su miedo a seguir teniendo por aliado un movimiento popular que se podía salir en cualquier momento del control de los dirigentes ilustres, desde 1853, buscando recuperar el poder que perdían cada vez más, la élite liberal, campeona del librecambismo, giró gradualmente hacia la derecha, hacia prácticas menos democráticas y más violentas de disciplinización de los sectores populares, perdiendo cada vez más su apoyo (Sanders 153-184) hasta ver devaluado su capital político entre los sectores populares hacia 1876. Finalmente, en medio de su crisis, se dividieron en radicales e independientes, pactando estos últimos con el bloque conservador liderado por el ex-liberal Rafael Núñez para poder mantenerse en el poder.

Bajo el lema de que la defensa de la propiedad, de la familia y de la religión se lograría conservar los pilares del orden, a su vez, base para el progreso, los sucesivos gobiernos del bloque conservador conformado por Núñez se dieron a la tarea de clausurar las distintas formas de participación política logradas desde 1848, y que habían posibilitado la participación de los sectores populares en el campo político. La articulación jurídica de este cierre fue la Constitución de 1886, que habría de reemplazar la constitución liberal de 1863. Junto con el gramático ultraconservador Miguel Antonio Caro, Núñez redactó la Constitución de 1886, que gobernó con puño ultraconservador a

Colombia hasta 1991. Núñez reversa fundamentalmente todas las iniciativas democráticas y de participación popular que hasta esa fecha habían podido conquistar los partidarios del credo liberal, iniciando la configuración de un proyecto anti-moderno que reinaría cronológicamente hasta 1930.

El frente conservador de la Regeneración a través de la nueva Carta ya no se planteó el interrogante de cómo incorporar a los subalternos rebeldes al proyecto del Estado; su filosofía fue reprimir la anarquía y el bandidaje que desde abajo impedía la consolidación nacional y el progreso. De ahí la promulgación de leyes como el “Artículo 46”, “29” y “47”, diseñados pensando en prohibir la conformación de las organizaciones políticas populares, limitar el libre derecho a la asociación y reinstaurar, mediante el “Artículo 47” la pena de muerte para castigar los delitos graves, entre los cuales establecía el “asalto en cuadrilla de malhechores”. Era, pues, una sanción legal diseñada pensando en castigar las acciones de hecho a las que solían recurrir los desesperados sectores subalternos. Con los artículos 38 y 41, declara a la Religión Católica, Apostólica y Romana como la religión de la nación y le entrega la potestad de organizar y dirigir la educación pública. Este era el complemento simbólico de un proyecto regenerador que buscaba tanto en la tierra como en el cielo la imagen de un orden jerárquico, en donde el pueblo sirviese los ideales de una minoría privilegiada.

Si bien el proyecto de la Regeneración logró a corto plazo fortalecer el Estado y centralizar los recursos para monopolizar la violencia, sobre todo la ejercida por los subalternos, a largo plazo condenó la nación a una violencia endémica. Sanders lo explica acertadamente cuando observa que la violencia del siglo XX, y debe agregarse la del XXI, fue el precio que se pagó en Colombia por haber cerrado las avenidas de

participación política a la nación real, de carne y hueso, es decir, a los sectores subalternos que eran la población del país. Mientras que esas vías estuvieron abiertas antes de la Regeneración, los subalternos participaron en política a través de los partidos políticos, siendo las guerras de entonces uno de los tantos mecanismos a los que se recurría para dirimir las diferencias. Pero cuando las élites a través de la Regeneración cierran esa vía, ya no se creyó más en el Estado, en la posibilidad de acceder por las vías legales a un modo de vida menos desigual.

Los grupos violentos de “Pajaros” y “Chulavitas” que dominaron la violencia de mediados del XX eran sectores campesinos que se armaron primero con la ayuda de los caciques regionales de los partidos, pero terminaron practicando la violencia por fuera de los conductos partidistas, aunque ejercieran el robo, el saqueo y el asesinato a nombre de los mismos. Los grupos guerrilleros que surgen después, como las actuales Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, después de haber intentado incorporarse al sistema político mediante un partido político legalmente constituido, la Unión Patriótica, UP, terminaron ejerciendo la violencia tanto contra sectores de la élite terrateniente como contra gente del mismo pueblo luego de que la mayoría de los miembros de este partido fueran masacrados por los grupos de la extrema derecha, empleados por la élite y las oligarquías locales. Ni que decir de la mafia y de los grupos paramilitares que surgen en los 80s, 90s y en la presente década. Todos estos grupos violentos tienen en común algo: la renuncia en la práctica a los ideales de una utopía política llamada Estado-nación. En esto, su discurso es hueco y retórico por la contradicción que ejercen en la práctica, pareciéndose en todo a Tadeo, que predica defender el pueblo mientras atenta contra el bienestar del mismo. Así, el silencio fatal que

sucede al asesinato anónimo de Manuela, anunciaba con su muerte el sacrificio simbólico de la democracia, de la participación política de la nación: auguraba el devenir sin salida del que Colombia no ha salido.

TRABAJOS CITADOS

- Aguilera Peña, Mario y Renán Vega Cantor. *Ideal democrático y revuelta popular*. Bogotá: Cerec, 1998.
- Alacrán*. 1849. Bogotá.
- Alberdi, Juan B. *Bases*. Buenos Aires: Terramar, 2007.
- Altamirano, Ignacio M. *El Zarco*. México: Porrúa, 2000.
- Alzate, Carolina. "Mujeres, nación y escritura: no hablar ni dar de qué hablar". *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*. Ed. Santiago Castro-Gómez. Pittsburgh: U de Pittsburgh, 2004: 273-87.
- Ancízar, Manuel. *Peregrinación de Alpha*. 2 Tomos. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1970 [1850-1].
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. New York: Verso, 1983.
- Arboleda, Sergio. *La República en la América española*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951[1869].
- Ariete*. 1849. Cali.
- Bajtín, Mijaíl. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: F.C.E., 1986.
- - -. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- Barnhart, Donald S. "Auge y fracaso: la historia de la construcción de los ferrocarriles. El siglo XIX". *Colombia visto por historiadores norteamericanos*. Comp. Jesús Antonio Bejarano. Bogotá: La Carreta, 1977.
- Bethell, Leslie, ed. *Historia de América Latina. 6. América Latina independiente, 1820-1870*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Beverly, John. *Subalternity and Representation*. Durham: Duke UP, 1999.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

- Bourdieu, Pierre. *Razones Prácticas*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- . *Language & Symbolic Power*. Cambridge: Harvard UP, 1991.
- . *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal, 1985, 17-39.
- . *The Field of Cultural Production*. New York: Columbia UP, 1993.
- Burns E. Bradford. *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkely: U of California P, 1983
- Bushnell, David. "Las elecciones en Colombia: Siglo XIX. Para bien o para mal, han sido una característica nacional". *Revista Credencial Historia*. Edición 50, 1994: n. pag. Online. Internet, 4 Oct., 2006.
- Bocock, Robert. "The Cultural Formation of Modern Society". *An Introduction to Modern Society*. Ed. Stuar Hall and others. Massachusetts, 1996.
- Camacho Roldán, Salvador. *Memorias*. Bogotá: Tercer Mundo, 1948.
- Caro, Miguel Antonio. "Americanismo en el lenguaje". *Obras Completas de Don Manuel Antonio Caro*. V. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1928. 120-136.
- . "Fundación de la academia colombiana". *Ideario Hispánico*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1952. 81-96.
- Ceballos Gómez, Diana L. "Un balance sobre los problemas colombianos". *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia, 1840-1902*. Medellín: U. Nacional de Colombia, 2005: 29-46.
- Codazzi, Agustín. *Geografía física y política de las provincias de Nueva Granada, por la Comisión Corográfica, bajo la dirección de Agustín Codazzi*. 4 Vols. Bogotá: 1959.
- Colmenares, Germán. *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá: Áncora, 1980.
- . "Manuela, la novela de costumbres de Eugenio Díaz Castro". *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Procultura, 1988: 247-266.
- Collier, Simón. "Capítulo 7. Chile". *Historia de América Latina. 6. América Latina independiente, 1820-1870*. Ed. Leslie Bethell. Barcelona: Crítica, 2000.

- Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. *Literatura y otras artes en América Latina; Actas del XXXIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Iowa: 2002.
- Cuervo, Rufino J. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá: El gráfico, 1939[1867-72].
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, 1975.
- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in Latin America 1816-1829*. Pittsburgh: U. of Pittsburgh P., 2007
- Deas, Malcom. *Del Poder y la gramática*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.
- - -. "Las elecciones y la política en la vida cotidiana republicana". *Revista Credencial Historia*. Edición 55, 1994: n. pag. Online. Internet. 4 Oct. 2006.
- Díaz Castro, Eugenio. *Manuela*. Bogotá: Universal, 1998 [1867].
- - -. *Obras Completas*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Escobar Rodríguez, Carmen. *La revolución liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá: Suramericana, 1990.
- Escorcía, José. *Sociedad y economía en el Valle del Cauca. Desarrollo político, social y económico. 1800-1854*. Tomo III. Cali: U del Valle, 1983.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y Archivo*. México: FCE., 2000.
- González, Fernán. E. *Poderes enfrentados: iglesia y estado en Colombia*. Bogotá: Cinep, 1997.
- - -. *Para leer la política. Ensayos de Historia política colombiana*. Bogota: CINEP, 1997.
- González Stephan, Beatriz. "De fobias y compulsiones: la regulación de la barbarie". *Hispanérica*, 74, 1996: 3-20.
- - -. "Economías fundacionales". *Cultura y tercer mundo. 2. Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas: Nueva Sociedad, 1996.
- Gordillo Restrepo, Andrés. "El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, élites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX". *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*. Ed. Santiago Castro-Gómez. Pittsburgh: U de Pittsburgh, 2004:201-251.

- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. México: Era, 1984.
- Guha, Ranajit. *Las voces de la historia y otros ensayos*. Barcelona: Crítica 2002.
- - - . “Dominance without hegemony and its historiography”, en: *Subaltern Studies IV*. Delhi: Oxford UP, 1989: 210-309.
- - - . *Dominance without Hegemony. History and Power in Colonial India*. Cambridge: Harvard UP, 1997.
- - - . *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Durham: Duke UP, 1999.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. *Curso y discurso del movimiento plebeyo. 1849/1854*. Bogotá: Áncora, 1995.
- Halperin Donchi, Tulio. “Capítulo I. Economía y Sociedad”. Ed. Leslie Bethell. *Historia de América Latina. 6. América Latina independiente, 1820-1870*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Isaacs, Jorge. *María*. Mexico: Porrúa, 1994.
- Jara de Cobos, Rosa E. *Índice general del periódico de El Mosaico*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1993
- Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Áncora, 1994.
- - - . *La personalidad histórica de Colombia*. Bogotá: Áncora, 1994.
- - - . *Obras Completas. Historia, sociedad y cultural. Ensayos y conferencias*. Bogotá: Uniandes, 2002.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999.
- Konig, Hans-Joachim. *En el camino hacia la nación: Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación en la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá: Banco de la Republica, 1994.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: FCE, 2005.
- - - . *Emancipation(s)*. New York: Verso, 1996.
- - - . *Misticismo, retorica y política*. Buenos Aires: FCE, 2006

- - - . “Catacresis y metáfora en la construcción de la identidad colectiva”.
Phrónesis – Revista de filosofía y cultura democrática; año 3; número 9; verano 2003.
- Lander, Edgardo. ed. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2005.
- Lastarria, Victorino. *Discurso de incorporación*. Valparaíso: Sociedad de Literatura de Santiago, 1842.
- El Liberal*. 1852. Bogotá.
- Londoño-Vega, Patricia. *Religion, Culture, and Society in Colombia. Medellín, Antioquia, 1850-1930*. Oxford: Clarendon P, 2002.
- Loaiza Cano, Gilberto. “La búsqueda de autonomía del campo literario. El Mosaico, Bogotá, 1858-1872”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XLI, N° 67, 2004.
- López, Ambrosio. *El desengaño o confidencias de Ambrosio López. Primer Director de la Sociedad de Artesanos de Bogotá, denominada hoy “Sociedad Democrática”*. Escrito para conocimiento de sus consocios. Bogotá: Incunables, 1985 [1951].
- Lynch, John. “Las repúblicas del Río de la Plata”. *Historia de América Latina*. 6. *América Latina independiente 1820-1870*. Ed. Leslie Bethell. Barcelona. Crítica, 2000.
- Martínez, Frederic. “En los orígenes del nacionalismo colombiano: Europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 32.39, 1995: 26-59.
- - - . *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, 2001.
- Melo, Jorge O. “La evolución económica de Colombia 1830-1900”. *Manual de Historia de Colombia. Tomo II*. Bogotá: TM, 1999.
- Memmi, Albert. *The Colonizer and the Colonized*. New York: Orion, 1965.
- Menassa, Miguel Oscar. “Deseo de nada. Fobia y Fetiche. Instante de la Mirada. Capítulo IV. Sujeto y objeto de la historia del movimiento psicoanalítico II. *Escuela de psicoanálisis*. 12 Dic. 2008.
<http://www.grupocero.org/EscuelaPsicoanálisis/conferencias/deseodenada/conferencia27.htm>>.

- Menton, Seymour. *La novela colombiana. Planetas y satélites*. Bogotá: Plaza y Janes, 1978.
- Mercado, Ramón. *Memorias sobre los acontecimientos del Sur, especialmente en la provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849*. Cali: Gobernación del Valle, 1996 [1853].
- Mignolo, Walter Mignolo. "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad". Edgardo Lander, (ed). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2005, 55-85.
- . *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton UP, 2000.
- Mosaico*. 1858-1872, Bogotá.
- Mújica, Elisa. "Nota crítico-biográfica sobre Eugenio Díaz Castro". *Novelas y cuadros de costumbres* Bogotá: Procultura, 1985: 09-35.
- Ocampo, José A. *Colombia y la Economía Mundial: 1830-1910*. Bogotá: Siglo XXI, 1984.
- Ocampo López, J. *Colombia en sus ideas*. Bogotá: Fundación Universidad Central, 1998.
- Ortiz, María M. "De patrias chicas y grandes: la representación de la nación en *María* de Jorge Isaacs y *Manuela* de Eugenio Díaz Castro". *Literatura y otras artes en América Latina; Actas del XXXIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura*. Iowa: Iberoamericana, 2002: 141-149.
- Ortiz, Venancio. *Historia de la revolución del 17 de abril de 1854*. Bogotá: Biblioteca Banco de la República, 1972[1855].
- Ospina Rodríguez, Mariano. *Escritos sobre economía y política*. Bogotá: U nacional de Colombia, 1969.
- Pacheco, Margarita. *La fiesta liberal en Cali*. Cali: U del Valle, 1992.
- Palacios, Marcos and Frank Safford. *Colombia. Fragmented Land, Divided Society*. New York: Oxford UP, 2002.
- Pineda Botero, Alvaro. *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana. (1605-1931)*. Bogotá: Antorcha y Daga, 1999.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Del Norte, 1984.

- Renan, Ernest. "What is a Nation?". *Nation and Narration*. Ed. Homi k. Bhabha. New York: Routledge, 2002.
- Rimmon-Kenan, Shlomith. *Narrative Fiction: Contemporary Poetics*. London: Mathuen Co, 1982.
- Rojas, Cristina. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Norma, 2001.
- Safford, Frank. *Aspectos Polémicos de la Historia de Colombia del siglo XIX. Memorias de un seminario*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1983: 154-6.
- - -. "Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870". *Hispanic American Historical Review* 71 (February 1991): 1-33.
- - -. *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*. Austin: U of Texas P, 1976.
- Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de Las repúblicas colombianas (hispano-americanas) Con un apéndice sobre la orografía y La población de la Confederación Granadina*. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1985 [1861].
- - -. *Historia de un alma. 1834 a 1881*. T. 1. Bogotá: Kelly, 1946 [1886].
- Samper, Miguel. "La miseria en Bogotá". *Selección de escritos*. Bogotá: Biblioteca Básica de Colombia, 1977[1867].
- Sanjinés, Javier. *El espejismo del mestizaje*. La Paz: IFEA, 2005.
- Sentimiento Democrático*. 1949. Cali.
- Sanders, James. *Contentious Republicans. Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke UP, 2004.
- Sanín Cano, Baldomero. "Eugenio Díaz". *El oficio del lector*. Caracas: Ayacucho, 1978: 104-5.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. México: Porrúa, 1996.
- Sierra Mejía, Rubén, ed. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: U Nacional de Colombia, 2002.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*.

- Berkeley: U of California P, 1991.
- Sowell, David. *Artisanos y política en Bogotá*. Trad. Isidro Vanegas. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2006.
- Tiempo*. Número 33, 14 de agosto 1955, Bogotá.
- Tirado Mejía, Álvaro. *El estado y la política en el siglo XIX*. Bogotá: Ancora, 1978.
- Valencia, Alonso. *De los bandidos y políticos caucanos: el general Manuel María Victoria, "El Negro"*. Cali: U del Valle, 2006.
- Vargas Martínez, Gustavo. *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*. Bogotá: Oveja Negra, 1972.
- Vergara y Vergara, José M. "El señor Eugenio Díaz". *El Mosaico*. Bogotá, abril 13 de 1865.
- - - . "Prólogo a la novela /Manuela. *El Mosaico*. Bogotá, núm. 2, I de enero de 1859
- - - . *Historia de la literatura en Nueva Granada*. 2 Tomos. Bogotá: Banco Popular, 1974 [1872].
- Vidal, Hernán. *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del Boom)*. Buenos Aires: Hispamérica, 1976
- Von der Walde Uribe, Erna. "Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX". *Revista Iberoamericana*, LXIII, 178-179, Enero-Junio, 1997, 71-83.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1977.
- Williams, Raymond L. "Los orígenes de la novela colombiana. Desde «Igermina» (1844) hasta «Manuela» (1858)". *Thesaurus*. Bogotá, XLIV-3 (sep.-dic.), 1989: 581-605.
- - - . *Novela y poder en Colombia. 1844-1986*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992.
- Williamson, Edwin. *The Penguin History of Latin America*. London: Penguin Books, 1992